JOSE THIAGO CINTRA

LA MIGRACION JAPONESA EN BRASIL

(1908 - 1958)

308
J88
No. 70
ej. 3

JORNADAS 70

EL COLEGIO DE MEXICO

cb370570
308/J88/no.70/ej.2
Cintra, José Thiago
La migración...

jvo.

15

JORNADAS 70

EL COLEGIO DE MEXICO

3 905 0370570 U

EL COLEGIO DE MÉXICO

Centro de Estudios Orientales

JOSE THIAGO CINTRA

LA MIGRACION JAPONESA EN BRASIL

(1908 - 1958)

JORNADAS 70

EL COLEGIO DE MEXICO

93223

Primera edición, 1971

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:

https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/

Derechos reservados conforme a la ley
© 1971, El Colegio de México
Guanajuato 125, México 7, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Introducción 1

I. El Japón 4
Observación preliminar 4
Pax Tokugawa: el feudalismo centralizado 5
El trasfondo infraestructural 7
Las superestructuras 13
Elementos de la estructura social 17
Los cambios estructurales 21
Hacia la revolución burguesa 25
El proceso capitalista en marcha 33
Conclusión 39

II. El Brasil 41
Introducción 41
El ciclo del café 42
Las inmigraciones extranjeras 48

III. La inmigración japonesa al Brasil 56
Introducción 56
Orígenes históricos de la inmigración japonesa a Brasil 58
Los tres períodos de la inmigración japonesa 60

La movilidad espacial y el establecimiento de los inmigrantes japoneses 66
El estado de São Paulo: principial escenario 68

IV. Los agricultores japoneses en Brasil 84
Introducción 84
Estructura del sector agrario en São Paulo 86
Los agricultores japoneses en la estructura agraria de São Paulo 93
Los agricultores japoneses en el marco del proceso global de la sociedad paulista 95
El desarrollo político del sector rural y la participación del inmigrante japonés 98

Mapas 117

INTRODUCCIÓN

En tanto que desempeñaron un papel importante en la vida del país, ya sea como elementos integrantes de su desarrollo estructural, ya sea como expresiones del contenido cultural brasileño, las inmigraciones extranjeras al Brasil fueron y continúan siendo objeto de estudio e investigación.

Intentaremos detenernos en el análisis de la *inmigración japonesa* la cual, iniciada en 1908, ocupa hoy en el Brasil fundamental posición en el cuadro de las inmigraciones, principalmente en el estado de São Paulo.

Trátase de una inmigración eminentemente oriental que se dirige hacia un país occidental; de un pueblo cuyo contenido cultural, acumulado a lo largo de una tradición que se remonta al pasado legendario, difiere totalmente de los cauces de la cultura occidental dentro del Brasil.

Entendemos que uno de los elementos que de manera más decisiva determinan el bagaje cultural de un grupo inmigrado es la proyección del *status* económico de su país de origen. No se puede comprender la actuación de un grupo inmigrante sin que se analice y defina la estructura económica del país del cual procede.

Al considerar estos importantes factores del trasfondo económico, social y político del país del inmigrante, necesitamos aplicar el mismo procedimiento con relación al país receptor. Se hace necesario presentar, aun someramente, el cuadro socioeconómico y político de éste, para así analizar mejor las interrelaciones entre los inmigrantes y el país receptor.

Con esta perspectiva, elaboramos una primera parte con los datos fundamentales del trasfondo japonés, centrando nuestra atención en el paso del Japón Tokugawa al Japón Meiji, ya que ésta ha sido la transformación más radical experimentada por la sociedad japonesa hasta nuestros días.

En la segunda parte aplicamos idéntico procedimiento con respecto al cuadro brasileño, indicando los cambios fundamentales sufridos en la vida económico-política del país, pues el eje del poder político y económico del Brasil se traslada al estado de São Paulo durante la segunda mitad del siglo pasado. En este tema nos hemos restringido a la historia del café, dado que este producto de exportación es, prácticamente, el que engendra y condiciona al desarrollo brasileño de 1850 a 1930.

En la tercera parte entramos de lleno en el problema de la inmigración japonesa mediante un breve esbozo de sus antecedentes históricos. En seguida abordamos la movilidad espacial de esa inmigración en el territorio brasileño, dejando de lado un análisis exhaustivo de la adaptación del inmigrante japonés al "habitat brasileño", puesto que es nuestra intención enfocar la inmigración japonesa según el aspecto económico-político de su actuación en el Brasil.

En la cuarta parte situamos a la inmigración japonesa dentro del proceso político brasileño. Referido a la dinámica de los países subdesarrollados intentamos analizar su grado de participación en el desarrollo de la política brasileña. Los inmigrantes japoneses son, casi en su totalidad, de origen campesino y se han concentrado en uno de los más importantes estados del Brasil: São Paulo. Deseamos inferir, en la parte final de este estudio, si los campesinos japoneses en Brasil son una expresión integrada, paralela u opuesta al proceso de cambio de la sociedad brasileña. Con este fin, analizamos el cuadro

de las relaciones de producción en la explotación de la tierra, principalmente en São Paulo, haciendo hincapié en los factores que actualmente aceleran un determinado proceso de radicalización política en el país. Dentro de esa dinámica de la vida rural, intentamos situar a los inmigrantes campesinos japoneses en Brasil.

I. EL JAPÓN

Observación preliminar

En el presente capítulo se señalan las características más sobresalientes del desarrollo histórico del Japón con objeto de enmarcar y definir los principales rasgos del inmigrante japonés.

Una presentación del Japón a partir del principio de este siglo será suficiente para alcanzar el objetivo propuesto: entender las directrices que determinaron los rasgos más importantes del inmigrante y de la inmigración japonesa al Brasil.

Sin embargo, a medida en que se profundiza en la historia del Japón se observa que los datos suministrados por el estudio de la época señalada resultan insuficientes para delinear su estructura fundamental. Aparece, pues, una necesidad ineludible de retroceder hasta el período en que es posible localizar históricamente los elementos clave para la comprensión de la modernización del Japón.

Señalar épocas o períodos cuyos puntos de referencia fueran exclusivamente incidentes y acontecimientos políticos, significaría sobrevalorar datos (a veces parciales) en detrimento de la dinámica y del desarrollo de elementos que actúan con anterioridad y que, en última instancia, son los responsables de los cambios en la historia de las civilizaciones. Por consiguiente, definir el fenómeno de la modernización del Japón como el salto brusco que se produjo en 1868, al pasar el país del período feudal a la revolución industrial, equivaldría a aceptar una distorsión histórica originada en la sobre-

valoración de un incidente político: la caída del poder de los shogunes.

Así pues, puede afirmarse que la modernización del Japón comenzó en el momento en que los factores de sustentación económica y social de su base feudal de producción perdieron su capacidad inicial de estabilizadores del sistema y, a la vez, se convirtieran en presiones propiciatorias de un cambio de tipo estructural.

La expansión demográfica, el crecimiento de las ciudades, el aumento del área de cultivo y de la productividad agrícola, la alteración del sistema de tenencia de la tierra, el mejoramiento de los sistemas de intercomunicación produjeron innumerables cambios en el orden social, político, cultural y, principalmente, en el aspecto económico del Japón. Estos acontecimientos se llevaron a cabo, desde el punto de vista histórico, durante la época Tokugawa. Por tanto, aunque de manera somera, examinaremos la trayectoria general de esos fenómenos, sus interferencias en el orden social, sus implicaciones políticas y las interrelaciones que guardan entre sí.

Pax Tokugawa: el feudalismo centralizado

El Japón Tokugawa (1603-1868), al decir de Linebarger, es una de las grandes creaciones políticas de la humanidad. En esta época se inicia el régimen feudal centralizado. Según Eijiro Honjo, la historia socioeconómica del Japón se divide, dentro de este gran período, en dos fases distintas de feudalismo: el *descentralizado* y el *centralizado*. Esta última fase se inicia con la victoria de Ieyasu en la batalla de Sekigahara (1600). La clasificación propuesta por Honjo ayuda a comprender la diferencia entre el régimen feudal europeo y el japonés. Mientras que en el siglo XVII Europa transitaba del feuda-

lismo hacia el sistema nacional, el Japón experimentaba una primera etapa en la cual el poder pasaba a las fuerzas representativas de un sistema feudal centralizado.[1]

Edwin Reischauer, al señalar las características del feudalismo japonés, intenta explicar las causas de una fácil transición al estado moderno enunciando los siguientes factores: fuerte conciencia nacional, desarrollo independiente de la empresa capitalista y desarrollo de instituciones antifeudales. Sin embargo, los factores que anota Reischauer no constituyen la esencia misma del feudalismo, pues son elementos extraños que ya están presentes de antemano y que preparan la destrucción de la estructura feudal.

Precisamente en la centralización del poder feudal, buscada con insistencia por los Tokugawa, se encuentra el origen de su caída. La centralización feudal implica, sobre todo, la limitación económica, política y social del "feudo" *(han)*. El centralismo nacional resulta incompatible con las normas estrechas que rigen el feudalismo. Con su adopción, los Tokugawa contribuyeron a minar los valores y métodos propiamente feudales de esa época de la historia del Japón y ayudaron a acelerar las transformaciones económico-políticas que alcanzaron su primera etapa en 1868.

La época Tokugawa, como estado centralizado, reflejó una economía de estilo feudal, de relaciones feudales poseedoras de sus propias proyecciones políticas, jurídicas, filosóficas y administrativas. No obstante, el dinamismo de las relaciones económicas provocó una serie de cambios esenciales que, gradualmente, dejaron de corresponder a las formas políticas, jurídicas, ad-

[1] Paul M. Linebarger, *Far Eastern Governments and Politics*. Princeton: New Jersey, 1956, pp. 311-313. G. B. Sansom, *The Western World and Japan*. New York: A. A. Knopf, 1958, p. 182.

ministrativas y filosóficas vigentes. Estas estructuras, penetradas y minadas por la fuerza de los cambios que ya se hallaban en proceso de evolución, adquirieron valores nuevos y con ellos, aceleraron el desarrollo de los factores económicos. Al completarse la primera fase del proceso, sobreviene la revolución social que marca el inicio de la era Meiji en 1868.

El trasfondo infraestructural

A fines del siglo XVIII, los sucesores de Nobunaga, Hideyoshi e Ieyasu, completaron la pacificación del país e iniciaron las tareas de consolidación del poder político. Como la economía agrícola representaba la base de sustentación del sistema, la atención de estos gobernantes se dirigió hacia la reestructuración de la política agraria con el objeto de mejorar el ingreso proveniente de los impuestos sobre la tierra y la producción agrícola.[2] En la búsqueda de un instrumento de esa política, se actualizó y centralizó, a través de los *kenchicho,* el inventario de los datos sobre la propiedad de las tierras que se iban añadiendo a la ya originalmente extensa propiedad de la familia Tokugawa.[3] Al instalarse en el poder, la familia Tokugawa controlaba una cuarta parte del área del país distribuida en 47 feudos *(han)* y 68 provincias. Sus feudos abarcaban la tota-

[2] Hideyoshi implantó, simultáneamente a sus campañas militares, una política de reformas de carácter civil y administrativo. La más importante ha sido la revisión del sistema de la tierra que se emprendió bajo el nombre de *Taiko kenchi.* Véase Mitsusada Inoue, *Introduction to Japanese History: before the Meiji Restoration.* Tokyo: Kokusai Bunka Shinkokai, 1962, p. 77.

[3] Thomas C. Smith, *Los Orígenes Agrarios en el Japón Moderno.* (Trad.). Editorial Pax-México, 1964, p. 15.

lidad de las provincias de Kii, Owari y Mito. Al consolidarse militar y políticamente, los Tokugawa detentaban además el control de los feudos de los *Fudai-daimyo* y de los *Tozama-daimyo*.

Los *kenchicho* revelan un sistema homogéneo de tenencia de la tierra cultivable en el Japón y muestran en cada aldea la presencia de algunas propiedades grandes, buen número de propiedades medianas y gran cantidad de pequeñas propiedades.[4]

En lo que respecta a su papel social, puede afirmarse que el individuo de aquella época no poseía otra perspectiva de valor que la desarrollada en función de la familia, núcleo que desempeñaba uno de los papeles más importantes en la vida japonesa. Esta concepción del individuo fue alimentada por un "código samurai", por una "visión confuciana", y su caracterología se sustentaba en la ley de la primogenitura. La familia japonesa tenía al patriarca como jefe; el hijo mayor le sucedía en la dirección familiar. En consecuencia, los hijos menores debían, tarde o temprano, abandonar la casa familiar. La máxima "por amor a la familia" regía a todos en el hogar, la aldea y la vida comunal. El fundamento ético básico era la obediencia ciega al jefe de la familia, actitud que al mismo tiempo tenía la importante función de preservar la unidad de este núcleo de organización patriarcal. A su vez, la familia se apoyaba firmemente en la comunidad. En el pasado, los japoneses crecieron en un ambiente social que, fundado con base en el *shizoku*, los obligaba desde su nacimiento a mantener y preservar su propia categoría y su *status*, así como a respetar la categoría y el *status* de los

[4] El *kenchicho* tiene su origen en la reforma conocida como *Taiko kenchi*, implantada por Hideyoshi. Mitsusada Inoue, *op. cit.*, p. 78.

otros.[5] La familia, en la sociedad japonesa, sirvió para forjar a los hombres de tal manera que el sistema familiar y el tipo de hombres que produjo parecen perpetuarse.[6]

Es fácil, pues, deducir que el sistema de relaciones de trabajo vigente en esa sociedad estaba situado en el punto más elevado del núcleo familiar y era regido por una ética que generación tras generación consideró al trabajo, fuera éste actividad de producción o ritual religioso, como una y la misma cosa.

Tanto la pequeña como la gran propiedad disponían de la mano de obra familiar. La gran propiedad, por su posición económica superior, utilizaba también mano de obra que no provenía de la familia. El trabajo sistematizado se localizaba, en Japón, principalmente, en las grandes propiedades (el *myoden-kosaku)*, las cuales se organizaban alrededor de los *tezukuri*. El *tezukuri* era la unidad agrícola que tenía como centro, base y punto de sostenimiento la familia del propietario de la tierra.

Los *tezukuri* desempeñan un papel central en la vida económica del Japón durante gran parte del período que precedió a la revolución social de 1868. A partir de esa institución se ha de observar la evolución en las relaciones de producción *señor-arrendatario*. Esta uni-

[5] El *shizoku* congregaba aquellos que de alguna forma se consideraban descendientes de un mismo ancestro o que tenían la misma creencia religiosa. La categoría o el *status* correspondía al *uji* o al *kami*. Los que carecían de *uji* o *kami* debían resignarse con la suerte de los *yakko* o esclavos.

[6] Barrington Moore considera que una de las principales diferencias entre el sistema feudal europeo y el japonés se encuentra en ese punto. Dice que "en el Japón el elemento contractual que servía de enlace o vínculo en la relación feudal señor-vasallo era muy débil; no obstante, los valores que encerraban las nociones de lealtad y sumisión a los superiores recibían un gran énfasis". Ver en *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, p. 233.

dad agrícola estaba compuesta de tres círculos concéntricos. Al primer círculo correspondía el *núcleo familiar* del dueño de la tierra; al segundo, los parientes políticos de la familia principal y, finalmente, el tercer círculo, el externo, se integraba por las personas o familias que no guardaban relación sanguínea o política con el dueño de la tierra.[7]

Al centrar nuestra atención sobre las relaciones de trabajo y su evolución, nos interesa especialmente verificar la génesis de este tercer grupo, el más numeroso, que corresponde al círculo exterior del *tezukuri*. Es claro que en la jerarquía de valores propia del *tezukuri*, este grupo desempeñaba una función social inferior a la de los otros círculos de la gran familia. No obstante, sin ser miembros del núcleo familiar, eran considerados por los censos periódicos como integrantes de la unidad familiar agrícola en cuestión.

Este círculo exterior estaba constituido por los *genin*, *nago* y por un grupo especial denominado *fudai*. Los *genin* se diferenciaban de los *nago* por la calidad de su contrato de trabajo. Mientras aquéllos prestaban servicios de acuerdo a un sistema hereditario, es decir, de padre a hijo, los *nago* se vinculaban al núcleo familiar por medio de un contrato temporal.[8]

Este grupo social que permanecía en la periferia del *tezukuri* estaba constituido, en consecuencia, por los campesinos sin tierra, conglomerado al que se le hacía difícil la vida en las aldeas, ya fuera por la insuficiencia de las cosechas o por el excedente de población. Aquellos cuyas familias no podían aprovechar su trabajo se encontraban frente a una inminente degradación de su *status*. Así, debían optar por abandonar el campo e irse a la ciudad o quedarse en la aldea y resignarse con

[7] Thomas C. Smith, *op. cit.*, p. 20.
[8] *Ibid.*, p. 26.

la suerte de los *genin*. En estas circunstancias, como el derecho a la primogenitura era una ley intocable, las familias de pocos recursos económicos, se veían obligadas a enviar al segundo hijo y los que le seguían a los *genin*. A consecuencia de las presiones económicas y de la falta de elasticidad del sistema social resultaba una familia pobre disminuida en su *status* y una familia de buena posición, incrementada con la admisión de nuevos miembros, los cuales pasarían a integrar el círculo exterior. Además, los *genin* solamente podían pasar a formar parte de la familia que los adoptara y en caso de que su relación de trabajo adquiriera carácter hereditario, recibían el nombre de *fudai*. Los *fudai* constituyen en la comunidad rural japonesa de la época Tokugawa, uno de los grupos más característicos, más *sui generis*, comparable tal vez con el sistema de adopción regulado jurídicamente en Occidente. Este sistema o costumbre de adopción por "compra o por donación" de hijos de familias pobres tuvo, dentro del panorama de la vida social del Japón, entre otras consecuencias la de evitar, en parte, el infanticidio (*mabiku, kaesu* o *modosu*), práctica bastante generalizada entre familias de bajo ingreso. Sato Nobuhiro, uno de los precursores intelectuales de la restauración Meiji, en su obra *Keizai Yoroku* (Principios de la Economía), al referirse al problema demográfico, afirma que, dadas las grandes dificultades económicas del medio rural en la época Tokugawa, se adoptaban tres medidas con respecto al crecimiento de la población: el aborto, cuya técnica era poco conocida, practicado en la región de Shikoku y Kyushu; la venta de niñas de 7 y 8 años de edad, destinadas a la prostitución, especialidad de la región de Echigo; y el infanticidio, practicado en gran escala en Mutsu y Dewa,

donde el número de niños muertos anualmente sobrepasaba los 17 mil.[9]

Por consiguiente, en el marco de esa relación social y económica, el grupo *nago,* que constituye una parte importante de la población campesina sin tierra, tuvo acceso a parcelas para el cultivo cedidas por los señores. Sin embargo, por el insuficiente potencial de productividad de esas tierras, se acentuaba aún más el proceso de dependencia económica y social de los *nago* con relación a los señores.

En realidad, los *nago,* gente pobre y sin recursos, debían retribuir con "jornadas de trabajo anuales", el lote de tierra, los animales, herramientas y habitación que les eran cedidos. El criterio regulador de estas jornadas de trabajo se basaba, por una parte, en el mayor o menor desarrollo de la economía del señor y, por otra, en los vínculos de lealtad y sumisión. Sin embargo, con la introducción del sistema de arrendamiento de la tierra se observa un descenso en la demanda de trabajo extra o jornadas voluntarias para los señores. Esto se explica por el hecho de que las tierras arrendadas representaban una disminución del territorio del señor y del número de campesinos directamente dependientes de éste.

A consecuencia de estas fuerzas que, de manera creciente presionaban al núcleo familiar, se restringieron cada vez más las condiciones de viabilidad del *tezukuri* como sistema monolítico y cerrado. Los miembros de la familia principal recibían sus parcelas y se convertían en propietarios autónomos. Los *fudai,* una vez incorporados a la familia, también recibían su lote al constituir una familia. Finalmente, los *nago,* una vez superado

[9] William Theodore de Bary (ed.), *Introduction to Oriental Civilizations.* Vol. I, New York: Columbia University Press, 1958, p. 571.

el proceso inicial de dependencia económica, llegarían a ser autosuficientes y alcanzarían su independencia económica con respecto a los señores gracias a la implantación del arrendamiento de tierras. Esto ocurriría a principios del siglo XVIII.

LAS SUPERESTRUCTURAS

Al analizar la estructura agraria del Japón Tokugawa durante esa primera etapa de su desarrollo, consideramos sus factores intrínsecos sin incluir otros elementos que intervinieron en el proceso de cambio de esa sociedad. A pesar del criterio metodológico adoptado —es decir, considerar exclusivamente elementos internos—, pudimos llegar a la conclusión de que sí ocurrió un cambio notable en la estructura agraria japonesa al fragmentarse el núcleo fundamental de esa economía: el *tezukuri*. Señaladas las características de la infraestructura, describamos ahora sus consecuencias sobre los sectores político, filosófico, jurídico y social de la época Tokugawa.

El sector político-administrativo del período Tokugawa, dentro del marco de feudalismo centralizado, se encontraba en el shogunato, cuyo objetivo era el de controlar *de facto* al Imperio, a pesar de que *de jure* esto constituyera una prerrogativa del emperador. El *Consejo de Estado* (Goruju) tenía como función asesorar al *shogun* y colaborar con él en el control de los negocios de la alta administración del imperio. Asimismo, intervenía en las relaciones con los *daimyo*. Le seguían los *wakadoshiyori*, que tenían como función supervisar la administración de los señores feudales menos importantes y de los funcionarios subalternos que prestaban sus servicios en los diversos departamentos oficia-

les en Yedo. Además, tenían bajo su dirección los ministerios del Interior, de Asuntos Militares, de Educación y de Finanzas.

A nivel local, la administración se ejercía a través de los *daimyo* o *hatamoto*. La condición para que recibiesen su nombramiento dentro de la Administración Central de Edo, como miembros del Consejo, era solamente que garantizaban su lealtad para con la familia Tokugawa. Los *daimyo,* sin embargo, se dividían políticamente en dos grupos: los *fudai-daimyo,* cuyos ancestros fueron aliados de la familia de los Tokugawa desde el principio, y los *tozama-daimyo,* que constituían el grupo de los señores feudales sometidos por la familia Tokugawa después de la batalla de Sekigahara, en 1600. Así, la dirección político-administrativa de las provincias estaba dividida entre el *shogun* y los *daimyo fudai* y *tozama.* Bajo el control que se ejercía a través de los *bugyo* y los *daikan* estaban las provincias que incluían ciudades consideradas "clave" para el sistema, tales como Edo, Kyoto, Osaka, Sakai y Nagasaki. Los *fudai-daimyo* eran 176 y los *tozama-daimyo,* 86. Estos últimos, si bien excluidos de la administración central, guardaban relativa autonomía en los negocios locales y entre ellos se destacaban los nombres de las familias más ricas del sistema feudal: los Mori de Choshu, los Shimaku de Satsuma, los Date de Sendai y la familia Maeda de Kaga. De entre ellas habría de surgir más tarde el nuevo poder político de la restauración, no solamente en la cúspide administrativa, sino también en el control económico de la industria, el comercio y las finanzas.

No obstante, los Tokugawa sabían que para sustentar un poder centralizado no bastaba con mantener un aparato administrativo-burocrático a nivel nacional. Para el control y la seguridad del régimen crearon un sistema

policial y de espionaje sin precedentes en ningún otro estado feudal. Este estaba constituido por los *ometsuke* o "grandes inspectores", vulgarmente conocidos como los "ojos y oídos del shogun", quienes tenían encomendada la tarea de vigilar y oír lo que pasaba entre los *daimyo,* sobre todo en lo referente al descontento con el poder central. A su vez, los *metsuke* se encargaban de vigilar a los señores de rango inferior, a los *samurai* y su gente. El aparato de seguridad se completó con el decreto del *Sankin-kotai,* en 1634. Según esta reglamentación, todos los señores deberían residir alternadamente en sus dominios feudales y en la capital, Edo. Sus esposas permanecían en la capital durante la ausencia del *daimyo.* Esta obligación implicaba una "fianza por el buen comportamiento". Bastaba al poder de los *shogun* mantener el control sobre dos tipos de contrabando que significaban peligro para el poder de Edo. A este doble contrabando se llamó *deonna irideppo,* es decir, contrabando de mujeres fuera de Edo y contrabando de armas destinadas a la capital.

El poder Tokugawa no se satisfizo con la creación de una estructura que hoy llamaríamos periférica, la cual lograba salvaguardar un aspecto exclusivamente militar del sistema político. Para consolidar el poder se hizo necesaria una orientación ideológica. El Japón permanecía totalmente aislado del resto de las naciones, y se vio obligado a resumir todas sus tendencias culturales, principalmente las filosóficas y religiosas. Así, se configuró una síntesis que sirvió de guía ideológica y de justificación de los métodos, instrumentos y fines perseguidos por el shogunato. En la elaboración de estos principios intervinieron el sentido común feudal y la síntesis del Código *Joei* —compendio de los primeros textos éticos del feudalismo japonés—, cuya fusión fue acelerada por el neo-confucianismo japonés. En esa co-

rriente de ideas surgió la obra de Honda Masanobu bajo el título de *Hansa Roku* (La Guía Básica). En resumen, esa obra consigna dos puntos fundamentales del pensamiento político: no se puede gobernar con benevolencia para conquistar y establecer el poder, es necesaria la vigilancia continua. De acuerdo con las afirmaciones de Linebarger, esta obra de Masanobu surgió como la primera Biblia de los administradores Tokugawa y se convirtió en guía teórica e intelectual del nuevo régimen.[10]

No obstante, el empirismo de Honda no ofreció una base suficientemente estable; más aún, sus resultados prácticos no fueron satisfactorios, pues carecía de los elementos que fundamentaran éticamente al sistema que defendía y justificaba. Esta fundamentación la preparó el neo-confucianismo, doctrina en la que los principios casi dogmáticos de Confucio, elaborados de manera más sistemática, se referían a la lealtad como punto central de la ética. Se puede identificar a Chu Shi (1130-1200) y su obra *Shisho Shinchu* (Nueva exégesis sobre los cuatro clásicos), a su sucesor y heredero intelectual, Fujiwara Seiki (1561-1619), y a Hayashi Razan (1583-1687) como los pilares de esa corriente de pensamiento que hiciera operativo al poder Tokugawa. Abasteciendo a la intelectualidad con el neoconfucianismo japonés, y al pueblo con el budismo —adecuado por su contenido fraseológico para la enseñanza de una disciplina moral—, el poder Tokugawa vio con satisfacción cómo se erigía un gobierno centralizado, policíaco y autojustificado. Esa misma ideología política tuvo su corolario jurídico en la sustancia del principio confucianista del *tami o shite yorashimu-beshi shirashimu-bekarazu;* es decir, hacer que el pueblo obedezca, nunca permitir que

[10] Paul M. Linebarger, *op. cit.*, pp. 312-313.

conozca. De ese modo, la práctica de la justicia en la época Tokugawa no era sino una extensión de la ley marcial en tiempos de paz.

Hasta ahora hemos presentado las líneas básicas del armazón político-administrativo, filosófico y jurídico del plan de acción ideado y puesto en marcha por los Tokugawa durante casi dos siglos y medio. La originalidad y el talento de este grupo gobernante se sintetiza en esa capacidad para planear un sistema nacional único que a la postre se impusiera a la orientación regionalista de una nación compuesta de muchos feudos.

Elementos de la estructura social

Corresponde ahora indicar algunos de los elementos de la estructura social, desde una perspectiva similar a la aceptada y aplicada por los gobernantes en una situación legitimada por el consenso de los gobernados durante el régimen del *bakufu*. Esta perspectiva aceptada por gobernantes y legitimada por gobernados sería similar a la de los científicos sociales que construyen arquetipos basados en la observación de una realidad, pero apartados de las influencias de elementos o factores extraños al proceso. En esa sociedad que estudiamos, basada en el poder y en la propiedad se ha generado un sistema de valores que actuaba como principal condicionador de las diferencias en la estructura de ocupaciones y de prestigio en el seno de la sociedad japonesa.

Bien sea valido para el concepto de clase social la consideración de una misma relación que pueda guardarse con los medios de producción, nos parece necesario indicar otros elementos que, aunados a esa consideración básica, puedan concurrir para una mejor explicitación del cuadro de estratificación social del Japón

Tokugawa. Estos elementos se encuentran en la línea de orientación hacia los aspectos de la propia superestructura social y, en la dirección establecida por la sociología empírica más reciente a través de determinadas variables que puedan formar un esquema conceptual descriptivo de las realidades sociales de la estratificación.

En Japón, en el campo y en la ciudad se distribuían hombres libres y con derecho: los militares, los agricultores, los artesanos y los comerciantes; los *eta* o los *hinin* eran esclavos y se ocupaban de desempeñar los oficios de actor, verdugo, carnicero, etc. Sheldon considera que el sistema de las cuatro clases *(shinokosho)* se inspiró en la organización militar de la sociedad de los Tokugawa y que, por consiguiente, estaba mejor adaptado para los tiempos de guerra que para los de paz.[11] Sin embargo, la adopción e institucionalización rígidas del *shinokosho,* significaron la mejor vía para que Hideyoshi y sus sucesores alcanzaran el objetivo que se habían propuesto: la centralización del régimen feudal.

La *élite* del sistema estaba controlada por los militares *(samurai)* que, como clase, se consideraban destinados a gobernar el imperio.[12] El más alto represen-

[11] Charles D. Sheldon, *The Rise of the Merchant Class in Tokugawa Japan.* New York: J. J. Augustin Inc. Publ., 1958, p. 25.

[12] Esa creencia era común en el pensamiento y textos de la tradición neoconfuciana. Yamaga Soko (1622-1685), uno de sus portavoces, consideraba que se justificaba la existencia de las cuatro clases *(shinokosho),* por la necesidad de una división del trabajo entre agricultores, artesanos y mercaderes, además de la necesidad de que existiera una clase gobernante que pudiera preservar constantemente la tranquilidad pública del peligro del bandidaje y de las guerras. (Citado por Sheldon, *op. cit.,* p. 25, nota 2.)

tante de la clase militar y gobernante era el shogun, procedente de una de las familias de los Tokugawa. Los demás guardaban una posición bien definida según el rango social que ocuparan dentro de la administración oficial; según su dependencia en relación a los Tokugawa; según el origen o la estirpe familiar o según la extensión de sus propiedades. De la misma manera, cuando esa posición se refería a la administración oficial, se denominaban *fudai* y *okakae;* en relación con el grado de dependencia con los Tokugawa, los *hatamoto* y los *gokenin;* según el origen de la familia, los *Gosanke* (de Kii, Owari y Mito), los *Gokamon* de la familia Matsuidara en Echizen, Matsue y Tsuyama y, finalmente, según la extensión de sus propiedades, los *Kokushu, Jun-kokusho, Joshu* e *Yushu.*[13]

A un nivel intermedio quedaban situados los agricultores que, desde un punto de vista fisiocrático —común a la sociedad agraria de Asia— eran considerados los pilares del estado.[14] Los agricultores se dividían según la posición que ocupaban en el sistema administrativo, en *shoya* (los jefes del poblado), los *kumigashira* (con funciones oficiales en el poblado) y los agricultores sin funciones administrativas, que eran los *hyakusho-dai.*[15]

Hay por lo menos seis opiniones diferentes sobre la posición real del agricultor en la sociedad Tokugawa.[16]

[13] Los *kokushu* ocupaban más de una provincia; los *jun-kokushu* les seguían en la extensión de su territorio; los *Joshu* poseían castillos dentro de sus propiedades y los *Yoshu* tenían, además, campamentos militares. Ver Eijiro Honjo, *op. cit.,* pp. 191-192.

[14] Charles D. Sheldon, *op. cit.,* p. 26.

[15] Eijiro Honjo, *op. cit.,* p. 193.

[16] Ver Endo Masao, *Nihon Kinsei Shogyo Shihon Hattatsu Shi Ron* (An Essay on the History of the Development of Commercial Capital in Japan in the Early Modern Period).

Esta multiplicidad de opiniones se debe fundamentalmente a la metodología aplicada en el análisis de la posición del agricultor en esa sociedad: unos lo consideran desde un punto de vista estrictamente estático y otros buscan una definición de tipo operacional que puede alterarse de acuerdo al proceso de desarrollo económico del propio sistema feudal del *bakufu*.

En este estudio adoptamos ambos enfoques: el estático y el dinámico. Por ahora, nos limitamos a aplicar el primero, es decir, a observar el cuadro social desde la perspectiva del régimen Tokugawa. Posteriormente, al tratar los cambios de estructuras y su reflejo en las superestructuras, aplicaremos la definición operacional que nos permita verificar el cambio social en la clase de los agricultores.

En el nivel más bajo estaban los artesanos y comerciantes (los *chonin)*. Los artesanos se consideraban inferiores a los agricultores. No obstante, el artesano, al transformar las materias primas para beneficio y consumo de la clase militar, se situaba en un nivel superior al que ocupaba el comerciante *(chonin)*, el cual estaba considerado como miembro de una clase enteramente improductiva y prescindible.

Tokyo: Nihon Nyoronsha, 1936, pp. 145-146; George B. Sansom, *A Short Cultural History*. New York: 1943, p. 554; Kannetaro Nomura, "Tokugawa Hoken Sei to Shogyo" (The Tokugawa Feudal System and Commerce), *Shakai Keizai Shi Gaku*, VI, 10 (enero 1937), p. 118; A. Asakawa, "Notas on Village Government in Japan after 1600", *Journal of the American Oriental Society* (1910), Parte II, pp. 151-216; Yasuzo Horie, "Bakumatsu ni Okeru Shidon Shugi Keizai no Hoga" (The Germination of Capitalist Economy in the Last Years of the Bakufu), *Keizai Shi Kenkyu*, XIX, 2 (Feb. 1928), p. 43 y Thomas C. Smith, "The Japanese Village in the Seventeenth Century", Journal of Economic History, 12, 1 (Invierno 1952), pp. 1-20).

Sin embargo, los *chonin*, aunque en esa estratificación social se situaban en una posición relativamente inferior, iban a desempeñar un preponderante papel durante la época Tokugawa, interviniendo en el proceso de cambio de esa sociedad, principalmente desde el momento en que la economía agrícola pierde su lugar e importancia frente a la penetración de la economía monetaria. La intervención de los *chonin* es, en mucho, el elemento de cambio más evidente en el proceso de modernización del estado japonés.

Los cambios estructurales

Para subsistir, los sistemas político-administrativos y las superestructuras que de ellos emanan deben reflejar la naturaleza cambiante del desarrollo económico y social de la época y de la sociedad en que surgen. El grado de viabilidad de un sistema político se mide por su capacidad de realizar, con cierto margen de seguridad, las exigencias del orden económico y social en un momento de la historia. En ese sentido, puede aceptarse la idea de que el plan de acción política y administrativa del régimen Tokugawa alcanzó su viabilidad histórica gracias a que pudo subsistir sin notables cambios durante varias décadas durante el siglo XVII.

No obstante, la durabilidad de un sistema político es directamente proporcional a su capacidad para asimilar y adecuarse flexiblemente en función de las alteraciones que se dan al nivel del propio desarrollo económico y social del territorio en que ejerce su influencia. Al conceder al desarrollo económico y social una naturaleza esencialmente dinámica, el sistema político-administrativo podrá absorber nuevos elementos y con esto determinar cuál es su margen de "posibilidad his-

tórica". Es decir: se pertrecha de procedimientos e implementos que le permiten adaptarse a una nueva situación. En caso contrario, al apartarse de las necesidades del desarrollo, agota su margen de posibilidad y cede el paso a un sistema político-administrativo más viable.

Al terminar la campaña militar y al conseguir la pacificación del imperio, los Tokugawa emprendieron la consolidación política del país. Implantaron un sistema nacional que coexistiera con la forma de organización feudal aún vigente. El plan de acción se configuró fundado en una doble perspectiva: la de una estructura económica que partiera de su núcleo básico: el *tezukuri;* y la de una estructura social observada a partir de una concepción tradicional: la rígida estratificación de clases basada en el *shinokosho*.

Bajo el supuesto de que esos dos aspectos de la realidad permanecerían indefinidamente estáticos y ajenos al influjo del proceso de cambio que experimentan las sociedades, el régimen del *bakufu* intentó construir y consolidar el centralismo feudal. Así, aparecían ante su vista una perspectiva y una orientación gubernamental nuevas. El régimen del shogunato, respetuoso de las antiguas formas administrativas, políticas, filosóficas y jurídicas, no logró encontrar la debida solución a problemas que exigían una mayor flexibilidad dentro del sistema vigente: la expansión demográfica, el crecimiento de las ciudades, la fuga del hombre del campo a los sectores urbanos, la invasión de las aldeas y los campos por el mercantilismo, etc.

En realidad luchaban contra la historia. No entendían los nuevos factores que iban surgiendo dentro de la sociedad feudal. Para preservar la comunidad aldeana de la influencia del mercantilismo y de la industrialización manufacturera de las ciudades, dictaron normas y promulgaron decretos que prohibían las industrias

en el medio rural. Como tales medidas no fueran acatadas, prohibieron que los comerciantes se desplazaran hacia el campo para comprar los productos que ofrecían las industrias caseras instaladas en las aldeas agrícolas. Al detectar el éxodo de los campesinos hacia los centros urbanos, prohibieron las migraciones internas de feudo a feudo y obligaron a muchos a regresar al campo. No comprendían la crisis de mano de obra en las zonas agrícolas y aconsejaban al pueblo que aumentara la natalidad y a los propietarios y terratenientes que aumentaran los sueldos.

En el seno del propio sistema agrario, el cual se fundamentaba en la gran familia, surgen cambios radicales; ya hemos señalado el fraccionamiento de la propiedad de la tierra. No obstante, el surgimiento del mercantilismo y de la industria manufacturera en las ciudades y, más tarde, su establecimiento en el campo, alteraron aún más el panorama agrario del Japón Tokugawa.

Mientras la familia del campesino pobre, en medio de crisis económicas y oprimida por el hambre, no tenía otro recurso que entregarse al gran propietario en calidad de *genin,* o bien vender a sus hijos menores como *fudai,* el ritmo de la vida económica de las aldeas japonesas pudo ser dirigido en su totalidad por los jefes del *tezukuri.* Precisamente bajo ese proceso paternalista nació el arrendamiento. Lotes de tierra eran cedidos a los *fudai* cuando se casaban; a los *genin* y *nago,* en un gesto inconsciente y sin prever sus consecuencias, cuando así lo requerían las circunstancias. Pero, al surgir un nuevo mercado de trabajo dentro de las ciudades y de las aldeas mismas, la familia del campesino pobre ya no tenía necesidad de vender a sus miembros o donarlos a los propietarios terratenientes. Esta nueva perspectiva ofreció una alternativa incomparablemente

93223

superior a las implicaciones económicas del simple acto de vender. Aparecían procedimientos más complejos, más complicados. El cambio económico *per se* impedía que a los terratenientes les interesara el uso de una "fuerza de trabajo hereditaria" que resultaba antieconómica comparada con el tipo de agricultura comercial que se iniciaba en el campo.

En la dinámica de los cambios de la época Tokugawa surge, por tanto, un nuevo tipo de trabajador rural: el *hokonin* (asalariado agrícola). Los *hokonin* aparecieron como resultado de la escasez de mano de obra en el campo. No surgieron abruptamente ni representando una forma de trabajo asalariado. Inicialmente eran individuos de libertad limitada, atados a un trabajo que desempeñaban en términos de una deuda permanente con el señor de la tierra.[17] Más tarde adquieren un *status* más evolucionado: sus relaciones con el señor se especifican en términos de contratos pagados por adelantado.

Observa T. C. Smith que en la medida en que el trabajo se aleja de determinadas relaciones éticas y adquiere un encuadramiento en la vida económica, la institución del *hokonin* va perdiendo vigencia hasta que, en 1800, se encuentra prácticamente abolida. Es el momento en que surgen los asalariados agrícolas.[18] El fenómeno constituye una clara demostración de la influencia del proceso de la urbanización. Ante dificultades cada vez mayores para conseguir mano de obra, el asalariado agrícola alcanza una posición favorable en el sector rural, llegando incluso a provocar sensibles transformaciones en el sistema de la tenencia y del cultivo de la tierra. Los asalariados agrícolas recibían suel-

[17] Thomas C. Smith, *op. cit.*, pp. 152-153.
[18] *Ibid.*, pp. 146 ss.

dos relativamente altos: de 2.5 a 4 *ryo* anuales, cantidad suficiente, según T. C. Smith, para alimentar durante un año a tres personas. Consecuentemente, surgieron dificultades en la organización de las grandes propiedades, reconociéndose incluso el déficit, ya que los costos de producción se elevaban notablemente. El sistema de arrendamiento de la tierra ha de tomar forma justamente en este estado de la vida económica del medio rural japonés.

Aunque no era nueva en el Japón, surgió como clase fuerte un tipo de agiotista o usurero que, adelantándose al sistema bancario, tuvo una influencia tan fuerte en el sector rural, que estuvo a punto de provocar la aparición de un nuevo grupo social. Los pequeños propietarios, oprimidos por su adversa situación económica, se veían obligados a pedir dinero a los prestamistas. Se aplicaba entonces el sistema de hipotecas. En caso de no pagar la deuda, una vez terminado el plazo perdían sus propiedades. Eran estos campesinos arruinados, los *mutaka*, los que al no obtener rendimientos de la tierra se dirigían a los centros industriales y de comercio de las ciudades y aldeas. El número de los *mutaka* establecidos en la región de Kinai, llegó a representar el 70% de la población campesina. En consecuencia, la propiedad de la tierra volvió a concentrarse en manos de los agiotistas y usureros a fines de la época Tokugawa.[19]

Hacia la revolución burguesa

Tenemos, pues, un Japón Tokugawa basado en el poder político de un sistema feudal centralizado, originado

[19] *Ibid.*, p. 218.

en las relaciones económicas feudales, y con el *tezukuri* como unidad modelo. Se suceden, durante el mismo período, una serie de transformaciones que lentamente van modificando el cuadro de relaciones de producción en el campo. El sistema pasa del servilismo puro al de asalariados agrícolas y de arrendamiento de la tierra. Intervienen, en seguida, las influencias del mercantilismo y de la industria manufacturera, además de la influencia directa de una clase de capital comercial que, mediante la usura, se hace de grandes extensiones de tierra.

La estructura del poder político Tokugawa, así como su aparato administrativo, jurídico, político, ideológico, religioso y social eran totalmente inadecuados para poder mantener el *status* original. Se repetía una vez más lo que Strayer ha observado en su análisis del feudalismo: "hay una dramática ironía en el hecho de que el feudalismo se desarrolla en su forma óptima para generar una estructura política que ya no es feudal".[20]

La estructura política va siendo minada a través del intercambio de relaciones e influencias. Si por una parte el conjunto de ideas políticas o de formas de organización político-jurídicas, constituyen el reflejo pasivo de una estructura económica, por la otra desempeñan también una función eminentemente positiva al acelerar los cambios dentro de la estructura económica japonesa. Es así como el edificio administrativo, filosófico-religioso, social y jurídico construido durante la época Tokugawa, engendra, bajo el influjo de las transformaciones económicas, una serie de nuevos valores, de nuevas fuerzas, que desembocan en la Restauración Mei-

[20] Joseph R. Strayer y Rushton Coulborn. "The Idea of Feudalism", en *Feudalism in History*, Rushton Coulborn (ed.). Princeton, 1956, p. 9.

ji de 1868 al caer el último Shogun Tokugawa, Keiki, asume el poder imperial el príncipe Mutsuhito.

Durante el período Tokugawa, muchos factores de carácter social, jurídico y filosófico contribuyen a dar al sistema de estratificación de clases una gran inmovilidad. La propia estructura del feudalismo Tokugawa, y en general de toda la historia del Japón hasta entonces, estaba impregnada de elementos que constituían verdaderos obstáculos para la aparición de una mayor movilidad dentro de la pirámide de clases. Ese era el papel del *on* y del *giri* (fórmulas alimentadoras de una jerarquía bien definida en el seno de la familia, de la aldea y del estado).[21] Bajo la inspiración, orientadora y a la vez coercitiva del sentido de "obligación", el Japón consiguió frenar una revolución radical e imprevisible que se avecinaba de manera inminente.

Así, a partir del siglo XIX, todo el instrumental de la superestructura del régimen feudal Tokugawa fue puesto en jaque ininterrumpida y progresivamente a pesar de la existencia de catalizadores profeudales como el *on* y el *giri*.

La familia, unidad celular y modelo de esa sociedad, se ve alterada por las transformaciones de orden económico. La movilidad hacia las ciudades y el ingreso en actividades para-agrícolas por parte de un número bastante considerable de la población rural vinieron a romper la jerarquía social y tradicional, dando paso a un nuevo tipo de jerarquía económica. No es posible menospreciar la importancia de este hecho, ya que una vez desaparecida la rigidez jerárquica del núcleo familiar, se

[21] Nobutaka Ike, *Japanese Politics*. Alfred A. Knopf, N. Y., 1957, pp. 30 *ss*. Sobre las implicaciones políticas y sociales de los términos japoneses que significan "obligación", véase también Ruth Benedict, *The Chrysanthemum and the Sword*. Boston: Houghton Mifflin Co., 1946, pp. 99-100.

abría la puerta a otros factores que iban a afectar profundamente el propio sistema de relaciones de clase en la sociedad japonesa. Si con anterioridad el poder Tokugawa, al aplicar técnicas tradicionales y al introducir nuevos procedimientos en la organización social, había conseguido crear una fuerza centrípeta (burocracia militar, Sankin Kotai, etc.) para alcanzar el equilibrio con la fuerza centrífuga propia del feudalismo, ahora se hacía evidente con mayor energía el rompimiento de la balanza del poder: otros factores, no tradicionales, interferían el proceso normal de las relaciones de clase en dicha sociedad.

Veamos, aunque sólo en forma somera, las transformaciones sufridas por la estructura de clase y de poder de la sociedad Tokugawa, con el objeto de describir y clasificar las fuerzas que intervinieron preponderantemente en la revolución burguesa de 1868.

La clase guerrera, que hasta entonces había guardado una actitud pasiva al amparo de las normas rígidas del *Joei Shikimoku*,[22] se vio obligada a hacer caso omiso de ellas ante el peligro que la acechaba. La supervivencia era mucho más fuerte que el sentido de dignidad y nobleza abstracta inspirado por el código guerrero. El período de paz, asegurado por los Tokugawa, había conducido a la mayoría de los samurai al ocio de la caserna, a un tipo de vida parasitaria alrededor de los castillos feudales. A excepción de aquellos que vivían bajo las órdenes del *shogun* o que servían a los *daimyo* aliados del poder Tokugawa, los samurai (principalmente los miembros de la nueva generación) se enfrentaban a un dilema: o guardaban lealtad a los principios tra-

[22] El *Joei Shikimoku* era el código samurai publicado en 1232 por Miyoshi Yoshitsura, por orden de Hojo Yasutoki. Se dividía en 51 capítulos conteniendo todas las leyes a partir de Yoritomo.

dicionales expresados en el código guerrero y, consecuentemente, se apartaban de una sociedad en evolución o se adaptaban a las nuevas circunstancias sociales alejándose de la rigidez del código *Joei*. La alternativa era: caer en la pobreza o integrarse a la nueva organización social.

Un sector de ellos, principalmente los *ronin*,[23] optaron por esta segunda fórmula. Sobrevino una intensa movilización, sobre todo en las provincias del suroeste. En compañía de algunos intelectuales organizaron grupos de estudio y con el pretexto de la asociación voluntaria, se entregaron al examen de la situación y a la conspiración. Interesados en la literatura científica alemana, tradujeron obras técnicas, casi simultáneamente pusieron en marcha los planes de construcción de las primeras fábricas de materiál bélico y de los primeros astilleros.[24] En el estudio de las raíces mismas de una filosofía netamente japonesa, buscaban el resurgimiento del shintoísmo, que aparecía en aquel escenario como el *leitmotiv* capaz de movilizar a gran parte de ellos en una conspiración general contra el régimen Tokugawa que, en su opinión, era un usurpador del poder imperial. Esta actitud renovadora y, hasta cierto punto rebelde, se hizo mucho más intensa a partir de la llegada del comandante Perry al Japón (1853). La presencia de Perry y de sus *black-ships* se convertía en el símbolo de un grave peligro para la sociedad y la nación japonesas: la inminente dominación del Japón por una

[23] Los *ronin* eran samurais que, libre o forzosamente, abandonaban el servicio de su señor y pasaban a sostenerse por cuenta propia u ofreciendo servicios temporales a algún señor que los contratara.

[24] Thomas C. Smith: *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880*. Stanford University Press, California, 1955, capítulos I y II.

o muchas potencias extranjeras. El ejemplo de China estaba muy vivo y muy cercano.

Los agricultores *(nomin)*, inferiores a los *samurai* en la pirámide social Tokugawa, no tuvieron que enfrentarse a ningún dilema; continuaron inmersos en el proceso de diferenciación económica, ayudados en gran parte por la mística del *on* y del *giri* que regía sus relaciones sociales. Como hemos visto, la sencillez de la unidad familiar-agrícola *(tezukuri)* se vio afectada sólo por los cambios en las relaciones de producción. Los *oyakata,* que habían conseguido salvaguardar su estado de prosperidad, pudieron concentrar en sus manos enormes riquezas, ya sea por medio de la diversificación de sus fuentes de ingreso (agricultura e industria manufacturera rural) o a través de la concentración de la propiedad de la tierra. Sumando a su prestigio social el poder económico, pasaban a actuar aún con mayor fuerza en el escenario político. Los demás agricultores *(hokonin* y *mutaka)* formaban el gran contingente de los campesinos sin tierra que vivían de la agricultura trabajando como aparceros o como asalariados.

Los comerciantes *(chonin)*, si bien permanecían situados en el último estrato de la pirámide, comenzaron a disfrutar de una alta posición en la escala económica. Las transformaciones inherentes al mismo proceso de evolución económica del último siglo Tokugawa y los propios mecanismos creados por el poder de los *shogun,* condicionaron el surgimiento de esta nueva y poderosa clase; una burguesía comercial cuya aparición anticipaba y apoyaba muy de cerca el origen de una burguesía industrial.

En la esfera del poder político propiamente dicho, se anunciaba el rompimiento del estado de equilibrio forjado y salvaguardado por los Tokugawa a lo largo de dos siglos y medio. Los *tozaima-daimyo,* no obstante

su tributo de vasallaje al poder central (a raíz de que fueron derrotados por éste en 1603), buscaron desde entonces el momento propicio para actuar decisivamente en contra de los *shogun*.[25] Tanto los cambios en las relaciones de clase y de producción, que proporcionaban elementos intrínsecos, como la presencia cada vez más frecuente de barcos extranjeros, que significaban elementos exteriores, prepararon el terreno para una acción afortunada.

Las fuerzas actuantes eran, en síntesis, las siguientes: 1) jóvenes *samurai* que desean sustituir la espada por el cañón occidental, buscando con esto la preparación defensiva de un Japón vulnerable al ataque extranjero; 2) agricultores ricos, insatisfechos ante el peso creciente de los impuestos agrícolas; una burguesía comercial, insegura de su posición y de su futuro; *tozaima-daimyo*, buscando el momento de poner en jaque al poder Tokugawa y, finalmente, una intelectualidad interesada en la evolución de las ideas, intentando la fundamentación ideológica de los cambios que pronosticaban.[26]

[25] Albert M. Craig, *Choshu in the Meiji Restoration*. Harvard University Press, 1961, pp. 350-374.

[26] Hirata Atsutane, uno de los precursores del resurgimiento shintoísta, escribió una obra (usando argumentos del jesuita Matteo Ricci) contra el confucianismo, con el objeto de lograr la restauración del shintoísmo; Honda Toshiashi en su obra *Plan para gobernar el país* presenta los cuatro imperativos necesarios al Japón: la pólvora, los metales, la navegación y el expansionismo en ultramar. Sato Nobuhiro, insistiendo en la rehabilitación económica del país y en el surgimiento del poder militar de Japón, frente a las frecuentes visitas de los *black-ships* de occidente, se basaba en la tradición del pensamiento japonés, elaborando la filosofía de los tres principios: *amenominakanushi* (Dios soberano y centro del Cielo), *takami-musubi* (Espíritu augusto de vitalidad) y *kami-musubi* (Espíritu augusto de fertilidad). Esta teoría tendrá gran importancia en el futuro político japonés, pues

Aunque con motivaciones diferentes, el complejo de fuerzas militares, económicas, políticas e ideológicas prácticamente se configuraba en torno de un objetivo común: la caída del poder Tokugawa.

A pesar de sus antagonismos internos, y en base a la cooperación y a la comunidad de intereses, surgía así una nueva clase dominante, clase en la que se aliaban y quedaban representados el poder militar y político, el capital financiero y comercial y el pensamiento shintoísta. Mediante una leve presión política, bajo los efectos de una victoria militar, el debilitado shogunato tuvo que rendirse ante los que propugnaban por la instauración de un nuevo orden. Sobrevenía el fin del período Tokugawa: dos siglos y medio de "feudalismo centralizado".[27]

El nuevo estado de cosas no inició su desarrollo sin dificultades. Jóvenes samurais, algunos *tozaima-daimyo*, agricultores ricos, comerciantes adinerados e intelectuales de clase media tenían ante sí los grandes problemas de la institucionalización de una nueva era: la época Meiji. La gran masa de campesinos asalariados o aparceros y el incipiente proletariado urbano no tenían otro papel por desempeñar que servir de material manipulable al servicio de los intereses y objetivos bien definidos de la nueva clase, pues hasta entonces no poseían más nivel de conciencia que sus firmes convicciones en los principios de obligación y piedad filial que expresaban el *on* y el *giri*.

La revolución Meiji fue híbrida en su orientación. Trajo consigo una paradoja: renovación simultánea a la

de estos principios deduce Sato, una teoría en que el Japón es el Centro del Universo y tiene por destino procrear y producir. Esta doctrina ofreció una mística del imperialismo a la clase dirigente japonesa.

[27] Albert M. Craig, *op. cit.*, pp. 329-340.

restauración. Con la restauración del culto shintoísta introdujo un "nacionalismo local" basado en la "virtud de los ancestros", en "el espíritu tradicional del hombre japonés" y en la "instauración de un poder imperial en toda su plenitud". Con la apertura del país hacia los avances científicos de Europa (ciencias exactas aplicadas a la tecnología o ciencias liberales aplicadas al derecho constitucional y administrativo) se hacía que el Japón volviese los ojos hacia la "renovación".

El proceso capitalista en marcha

No debe olvidarse que la nueva clase dirigente que inaugurara la era Meiji constituía un producto del viejo orden y asimismo formaba una alianza en que, a pesar de un objetivo único y cercano —la caída del poder feudal Tokugawa— contenía en su seno ciertos antagonismos y diferencias. Una vez asegurado su poder, la nueva clase comenzó a enfrentarse a una serie de problemas que paulatinamente se hacían evidentes a través de las variadas tendencias surgidas dentro del mismo sistema instaurado. Por una parte, las fuerzas económicas conducían a la nación hacia el desarrollo del incipiente capitalismo; por otra, las fuerzas políticas (resultado de una alianza en la que se planteaban amplias concesiones) se desenvolvían todavía atadas al carro feudal. Esta confrontación de tendencias opuestas (tanto en el campo político como en el económico) haría que transcurrieran por lo menos dos décadas antes de que los nuevos dirigentes consiguieran abrir definitivamente las puertas del Japón al pleno desarrollo capitalista. Todavía era muy fuerte dentro del país la injerencia de las superestructuras feudales en el proceso de consolidación de la economía capitalista. Por más de diez años,

la formación de una infraestructura económica tuvo que pagar un fuerte tributo a la herencia feudal. Baste mencionar que al decretarse la abolición del feudalismo (1873), el tesoro del Estado ocupaba el 50% del presupuesto anual en pagos de pensiones a los *daimyo* —desprovistos de sus *han* y de sus ingresos fijos provenientes del arroz— y a los *samurai* que habían dejado de prestar sus servicios en las guarniciones feudales.[28] Por falta de tradición de un comercio exterior consolidado, el desarrollo capitalista del Japón siguió dependiendo exclusivamente de los ingresos agrícolas. La renta de la tierra, que antes se entregaba a los *daimyo*, pasó a ser recaudada en efectivo por el gobierno central.[29] Los compromisos políticos impidieron que los impuestos gravados sobre el valor de las propiedades (3% al principio y 2.5% más tarde) pudieran incrementarse. La infraestructura cargaba el peso de fuertes inversiones (construcción de ferrocarriles, líneas telegráficas, puertos, astilleros e industria pesada),[30] que a su vez aceleraban el déficit de la balanza exterior.[31]

[28] Para tener una idea, basta decir que del ingreso ordinario de 282 870 871 yens (diciembre de 1867-junio de 1875) el gobierno empleó en gastos fijos (estipendios de arroz, indemnizaciones de los *han*, supresión de rebeliones, etc.) la cantidad de 134 841 148 yens. Ver T. C. Smith, *op. cit.*, p. 71, cuadro XIII.

[29] En el período comprendido entre 1868 y 1881, el gobierno recaudó 628 417 275 yens, de los que 489 943 380 correspondieron a impuestos sobre la tenencia de la tierra. Ver T. C. Smith, *op. cit.*, p. 74, cuadro XV.

[30] El gobierno Meiji, debido a compromisos con el antiguo régimen, tuvo que dedicar 134 millones de yens a los gastos fijos y tan sólo 18 millones en inversiones de infraestructura esencial. Datos tomados de T. C. Smith, *op. cit.*, p. 69, cuadro XII.

[31] El déficit de la balanza exterior en el período 1868-1880 fue de 73 887 000 yens. Datos de T. C. Smith, *op. cit.*, p. 24.

El nuevo gobierno no halló más solución que utilizar recursos provenientes de la agricultura; asimismo recurrió a fuertes emisiones de títulos del Tesoro pagaderos en 15 y 20 años y, a la vez, abolió el pago de pensiones en efectivo.[32] El recurso de la emisión inflacionaria de títulos fue adoptado como única salida para la implantación del capitalismo. Con ello, el gobierno no pudo desarrollar (aunque incipientemente) el complejo infraestructural más importante y, al mismo tiempo, contrarrestar los efectos negativos del impuesto de 5% *ad valorem* a los productos de importación, en base a dos tratados firmados por el Japón en 1858 y 1866.[33]

Por medio de una política inflacionista, el gobierno consiguió atenuar el peso que implicaban las contribuciones del sector agrario para bien del mercado interno; también salvaguardó los intereses de la incipiente industria manufacturera frente a las tarifas antiproteccionistas creadas a raíz de los primeros acuerdos internacionales y, finalmente, organizó medios y recursos para que fuese implantada la infraestructura que serviría al aparato capitalista ya configurado.

Con todo, a partir de 1880, la política económica y financiera del gobierno tuvo efectos inversos. La emisión inflacionista de títulos comprometía seriamente el desarrollo industrial, dado que en la década transcurrida no se había conseguido crear nuevos mecanismos de ingreso que pudieran de algún modo atenuar el déficit crónico de las balanzas interna y externa. El crecimiento

[32] Del ingreso extraordinario (1868-1881) que alcanzó un total de 200 298 169 yens, 100 525 444 yens correspondían a títulos no convertibles emitidos por el gobierno. Datos de T. C. Smith, *op. cit.*, p. 75, cuadro XVI.

[33] El medio circulante creció de 24 millones de yens en 1868 a 79.7 millones en 1873. En 1878 el total de emisiones había alcanzado 165.7 millones. Ver W. W. Lockwood, *The Economic Development of Japan*, p. 13, nota 11.

agrícola no superaba el crecimiento de la demanda interna —fruto del mejoramiento de las condiciones de vida y de una creciente expansión demográfica—; la industria manufacturera, por falta de una política proteccionista, en la imposibilidad de competir con los productos importados, se volcaba hacia la artesanía rural; los inversionistas privados se mostraban tímidos y no arriesgaban sus capitales en inversiones productivas, prefiriendo la especulación con inmuebles o la banca privada. El gobierno, por su parte, se sentía incapaz de llevar a cabo el plan de industrialización del país.

La inquietud política empezaba a tomar forma y ya adquiría aspecto de crisis. En el campo, los levantamientos de agricultores y campesinos indicaban el descontento ante una política fiscal sumamente onerosa; en la ciudad se hacía sentir la influencia del liberalismo económico y filosófico entre intelectuales, políticos y financieros. Se discutía sobre el acierto o desacierto de una política inflacionista, o si era mejor adoptar una política de deflación. Algunos llegaban incluso a abogar por el recurso de los préstamos externos. Las masas citadinas planteaban derechos civiles: derechos para la mujer, reforma del idioma, una constitución escrita, la participación del pueblo en la vida política a través del parlamento, etc.

Se enfrentaba el gobierno Meiji a una crisis que se generalizaba en la medida en que no se redefinía la orientación de la nueva política económico-financiera. Pero gracias a la acción de Ito Hirobumi en el campo político y de Matsukata Masayoshi al frente del Ministerio de Finanzas, pudo el Japón salir definitivamente de la crisis coyuntural que originaba la consolidación del capitalismo. Por el edicto imperial de 1881, el príncipe Ito Hirobumi hizo pública la promesa de una constitución, al mismo tiempo que, al inaugurar su

política deflacionaria, el *Dajokan* ordenaba a los departamentos y dependencias gubernamentales la venta de las empresas y organizaciones industriales hasta entonces en manos del poder público. A partir de 1884, las empresas del gobierno en el campo de la minería, de los astilleros, de la industria textil, del cemento, etc., fueron pasando, para su administración y control, a manos del sector privado. Más que una concesión a las doctrinas vigentes del *laisser faire*, tal determinación gubernamental seguía las nuevas directivas deflacionistas, atacando todas las fuentes del gasto público y buscando, a través de otras medidas fiscales, superar los niveles de depreciación de la moneda japonesa. Por lo general, la coincidencia o superposición de crisis en un sistema dado acostumbra conducir al régimen a una salida imprevisible, ya sea revolucionaria o contrarrevolucionaria. La coyuntura que presenta el Japón de los 80 plantea una superposición de crisis en el campo político y en el campo económico. Gracias a que, por una parte, la política general del gobierno fue flexible y conciliadora y, por la otra, el proletariado urbano y rural, cuantitativa y cualitativamente no era bastante maduro para ejercer presiones sobre el proceso político, el régimen japonés pudo salvar y consolidar la revolución Meiji.

De ahí en adelante, el Japón se incorpora al proceso cíclico del desarrollo capitalista mundial, con sus períodos de depresión y de prosperidad. Los síntomas internacionales de crisis actuaban directamente sobre la economía interna del país, al igual que los momentos de prosperidad mundial. Las dos guerras sostenidas por el Japón (la sino-japonesa en 1895 y la ruso-japonesa en 1905) desempeñaron un papel decisivo en la solución de las crisis políticas internas y en el robustecimiento de la economía nacional. El Japón Meiji legaba a la era Taisho una revolución burguesa consolidada,

lista para penetrar en las vías del capitalismo monopolista y pertrechada de un poder político adecuado para aplicar las reglas del juego democrático. Dicho poder se apoyaba en una burocracia tecnócrata poseedora de la preparación y la actitud necesarias para sortear tanto los momentos de crisis como los de prosperidad económica; se apoyaba también en un grupo militar tenaz e interesado en conquistas territoriales que pudieran servir como respaldo a los intereses de los inversionistas japoneses del *zaibatsu*.

El Japón Taisho, a su vez, dentro del mismo ciclo de variaciones internas y externas, aprovechó los fructíferos resultados económicos y políticos de la primera Guerra Mundial, al mismo tiempo que hubo de enfrentarse a la crisis de la posguerra: los mercados europeos reiniciaban libremente sus exportaciones hacia el área asiática.

Por otra parte, el Japón Taisho dejaba como herencia a la era Showa una doble crisis: en el campo económico y en el político. En la imposibilidad de jugar con factores externos —la apertura de un nuevo frente colonial—, la clase dirigente se vio obligada a hacer grandes concesiones en el campo de la política interna. Un tipo de representación civil y democrática pasó a actuar con mucho más vigor en el control de la vida política, económica y militar del país. La clase militar —hasta entonces muy fuerte— entra en receso, permitiendo que el país asimile y amplíe la experiencia de un gobierno civil hasta 1930. Sin embargo, al sobrevenir la crisis de 1929-30, llega el momento propicio para que los militares, aprovechando la fuerte depresión económica mundial y nacional, reanuden sus actividades hasta controlar los destinos del Japón. La campaña de Manchuria abría de nueva cuenta el camino del expansionismo militar japonés, el cual de ahí en ade-

lante, apoyado por una ideología de tipo nazifascista, iba a desembocar en la experiencia desastrosa de la segunda Guerra Mundial.

Conclusión

Se aparta de nuestra intención fundamental la elaboración de una historia del Japón. Al señalar las características más sobresalientes de su desarrollo histórico nos hemos limitado a exponer los hechos que proporcionen los instrumentos de trabajo adecuados. No debemos perder de vista que el presente estudio tiene por objeto proporcionar una información útil para la comprensión de los principales rasgos de la inmigración japonesa hacia el Brasil.

No obstante, hemos buscado describir los acontecimientos dentro de un marco cronológico relacionado a una serie de conceptos y de observaciones analíticas, método que ha garantizado una continuidad histórica bien definida.

En este capítulo hicimos hincapié más en el aspecto económico que en el cultural y en él centramos el desarrollo histórico del Japón. Lo hicimos con la clara intención de demostrar que las fuerzas productivas de una sociedad son las que, en última instancia, controlan y generan los diversos mecanismos de la cultura y sus diversas formas de expresión. No importa cuán asentados estén en la tradición y cuán institucionalizadas parezcan sus formas de ejercicio, esos mecanismos se revelan incapaces de hacer frente al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. El caso japonés es un ejemplo típico. En la sociedad japonesa se daban todas las condiciones para la preservación de las superestructuras culturales frente a los posibles cambios en la base

económica. El estado Tokugawa aceptó el contenido cultural de la tradición y le imprimió un sofisticado impulso en las más variadas direcciones: en la administración, en la actuación política, en el campo de las ideas filosófico-jurídicas y religiosas, en los mecanismos de control social, etc. No obstante, la estructura feudal Tokugawa no resistió la dinámica irreversible que se desarrollaba en el seno de las fuerzas productivas de la sociedad japonesa. Su incapacidad para adaptarse al nuevo estado de cosas y para hacer más flexibles sus procedimientos la obligó a ceder el paso a un sistema más apto para el desarrollo de las fuerzas sociales.

Bajo el influjo cultural y, principalmente, económico del nuevo sistema, nacieron y crecieron aquellos japoneses que, por varias generaciones, se encargarían de formar los grupos de inmigrantes durante las eras Meiji, Taisho y Showa.

II. EL BRASIL

Introducción

En el presente capítulo se describen aquellos elementos que se consideran necesarios para la tipificación del Brasil como país receptor de inmigrantes japoneses. Si bien muchos de esos elementos constituyen factores integrantes básicos para estudios más amplios sobre el Brasil, no intentamos aquí elaborar una historia económica, política, social o cultural de ese país. Tan sólo nos interesa destacar aspectos esenciales de la evolución histórica del Brasil para configurar el escenario que dio cabida al primer núcleo de las corrientes inmigratorias japonesas y que en la actualidad aún conserva sus características fundamentales. Tampoco se intenta discurrir sobre la teoría de la inmigración, mas sí abordar los principales rasgos de una política particular, referente a la inmigración extranjera, que es consecuencia práctica e inmediata de la coyuntura económica brasileña que se plantea a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

En ese marco, consideramos que el traslado de la corte portuguesa al Brasil, en 1808, inaugura una fase decisiva en el proceso de formación de la nación-estado en sus más diversos aspectos: económico, político, social y cultural. El desplazamiento del centro de control y decisiones de la metrópoli a la colonia produjo una serie de alteraciones que, sin duda, aceleraron la entrada del Brasil a su propio proceso de modernización. Las reformas político-administrativas y culturales implantadas por el rey Juan VI tuvieron consecuencias muy

positivas: se abrieron los puertos brasileños y se estableció el comercio directo con las naciones aliadas de Portugal; se importaron técnicas que beneficiaban a una industria nacional en formación y al desarrollo de una infraestructura de comunicaciones: sistema de ferrocarriles y construcción de astilleros. Finalmente, se crearon universidades y sobrevino un notable incremento de la investigación científica. Se amplió el sistema administrativo y muchos ciudadanos brasileños, reclutados en todo el país, se convertirían en cuadros de la burocracia nacional, cuya sede era Río de Janeiro.

Al nivel del poder político, la independencia alcanzada en 1822, aunada al clima de innovaciones, proporcionó a las clases dominantes las funciones de gerentes directos del estado nacional: *barões feudais* y aristócratas abandonan las haciendas-feudo, se instalan en la Corte Imperial, actúan en el Parlamento y ocupan los puestos de secretarios de estado, de consejeros del Imperio y de diputados en la corte.[1]

El ciclo del café

Sin embargo, en lo que se refiere al desarrollo interno también sobreviene un desplazamiento. El centro de la vida económica, establecido hasta entonces en el nordeste azucarero, pierde su hegemonía económico-política y se traslada hacia la región centro-sur del país (Río de Janeiro y São Paulo) donde comenzaba a extenderse el cultivo del café. Con ese desplazamiento, la historia económica del Brasil, a partir de 1850, se identifica con la historia del café.[2]

[1] Pierre Monbeig, *Pionniers et Planteurs de São Paulo.* Lib. Armand Colin, Paris, 1952, p. 84.

[2] Caio Prado Junior, *História Economica do Brasil.* Ed. Brasiliense, São Paulo, 1959, p. 171.

Como consecuencia natural, este cambio de la primacía económica, efectuado dentro del sector agrario brasileño, produce un dislocamiento en el centro de decisiones políticas. Los *senhores de engenho* del nordeste ceden su lugar a una nueva clase dominante la cual se establece en las haciendas de café en los estados de Río de Janeiro y, posteriormente, en São Paulo. Esa clase, una vez consolidada como oligarquía rural, pasa a dirigir los destinos del país durante varias décadas, hasta la Revolución de 1930.

En términos de expansión geográfica, el cultivo del café predominó al principio en el Valle del río Paraiba (estado de Río de Janeiro), donde, de manera poco consistente y pasajera, consiguió que la región alcanzara una relativa prosperidad económica que por 1875 entraba en decadencia. No obstante, al penetrar en la región del este del estado de São Paulo, dominando la vasta zona de *terra roxa* desde Campinas hasta Ribeirão Preto, la cultura del café pasa a figurar como uno de los elementos más dinámicos de la economía brasileña. A principios del siglo XX ya se había extendido hasta el río Paraná y dominaba toda la región del centro y extremo oeste de São Paulo.

En un primer momento, el cultivo del café respetó los procedimientos tradicionales y clásicos aún vigentes en la agricultura brasileña, la cual estaba basada en la explotación a gran escala de la propiedad de monocultivo. La fuerza de trabajo la aportaban los esclavos. Sin embargo, la naturaleza misma del café (de ciclo productivo lento), al exigir grandes inversiones de capital y un progresivo desarrollo tecnológico, produjo sensibles cambios en las relaciones económicas y sociales del Brasil: el trabajo del esclavo fue desplazado por el del asalariado y la pequeña propiedad se mantuvo apartada del nuevo escenario que se configuraba, en donde co-

menzaba a circular la pujante riqueza nacional. Surgía, pues, un inusitado tercer protagonista de la historia social y política del Brasil: una oligarquía rural bajo cuyo control se hallaba toda la región cafetalera; la aristocracia del café.

Esa clase social, representativa de lo que podría calificarse como el núcleo de una burguesía nacional, acometía la tarea de conducir al Brasil a importantes cambios que pudieran permitirle, en el plan interno, una apertura mayor hacia el desarrollo capitalista y, en el externo, una vinculación más definida con el mercado internacional.

El aparato político-administrativo del estado prerrepublicano, dominado aún por los miembros del viejo sistema, no podía, por tanto, responder satisfactoriamente a las exigencias de una planificación más en armonía con los intereses de ese nuevo grupo paulista. La misma aristocracia rural se encargó de sentar las bases de una infraestructura económica que fuera capaz de promover los instrumentos y técnicas indispensables para el desarrollo de la cultura del café. De hecho, fue esta clase social la que, por su propia iniciativa, emprendió la construcción de los dos primeros sistemas de ferrocarril que vincularan entre sí a las grandes haciendas. Para el efecto, se organizaron las compañías Sorocabana y Paulista. Estas empresas, naturalmente, acercaron los centros productores del más importante mercado interno (la capital paulista) y de la principal salida para el mercado externo (el puerto de Santos). La estructura portuaria, a su vez, recibió el aliciente de la iniciativa privada patrocinada por los *fazendeiros do café* que, asociándose a través de la Compañía "Docas de Santos", se encargaron de realizar las obras de ampliación y reacondicionamiento del puerto de Santos para que respon-

diera en mejor forma a las necesidades que planteaba la exportación del producto.

Mejorados el método y la técnica del cultivo en las haciendas; implantado un nuevo sistema de transporte; reacondicionado el puerto de Santos, la comercialización misma del producto se vio afectada en sus raíces: el sistema de "comisarios", es decir, de intermediarios en la compra y venta del café, fue sustituido por sólidas organizaciones que contaban con el apoyo financiero de la banca europea (principalmente la inglesa). Además de ser el único aparato capaz de operar adecuadamente el volumen de las transacciones, esas organizaciones se comprometían a sostener y a defender los intereses del mercado frente a posibles crisis internas o externas (crisis debidas a las malas condiciones del clima o a bajas imprevistas de bolsa mundial del producto).

Como es natural, estas medidas favorecieron el rápido aumento de la producción, y aceleraron, por otra parte, el *frente pioneiro,* que seguía extendiéndose hacia el interior de São Paulo en busca de la *terra roxa.*

Los *fazendeiros* obtuvieron mayores ganancias con la implantación de una serie de transformaciones técnicas. El cultivo del café abrió camino a la aparición y consolidación del capitalismo agrario en esta vasta región paulista. Naturalmente, estas innovaciones produjeron sustanciales alteraciones en lo que se refiere a relaciones de trabajo. Es decir, si por una parte la conciencia empresarial del *fazendeiro* habíase objetivado, no sin riesgos, en formidables inversiones en las infraestructuras, por otra parte esa misma conciencia empresarial debería, necesaria y consecuentemente, entrar en choque con el sistema de relaciones de trabajo esclavista aún vigente en el país. De hecho, el esclavo comprado significaba una mayor inversión de capital que la necesaria para alquilar mano de obra. Si la mano de obra podía

ser adquirida con desembolsos más reducidos, no había razón para aplicar e inmovilizar un determinado capital en la compra de esclavos. Además, esa compra traía consigo riesgos peligrosos: inevitables enfermedades: aumento de una prole económicamente improductiva, fallecimientos prematuros, fugas, etc. Como imperativo del propio sistema en evolución se hacía necesaria la adopción de una nueva forma organizativa de las relaciones de trabajo: el trabajo asalariado.[3]

Aunque durante la campaña para la abolición del trabajo esclavista Inglaterra había jugado un importante papel como elemento de presión externa, de hecho, el régimen esclavista tenía contados sus días: las mismas condiciones internas del Brasil así lo exigían. En verdad, el surgimiento y ascenso de la burguesía agraria, vinculada al sector capitalista del café, ya había creado suficientes raíces en la economía y contaba, incluso, con una razonable mayoría en la jefatura de la política nacional. Por consiguiente, la presión externa, la nueva correlación entre fuerzas económicas e intereses políticos, así como la recién surgida campaña abolicionista de carácter popular, obligaron al gobierno a implantar medidas que, progresivamente, fueron eliminando el

[3] Las haciendas de café según datos estadísticos levantados por Monbeig, presentaban en el frente pionero proporciones menores de esclavos en relación con los centros cafetaleros más antiguos. En relación a estos últimos, el censo de 1872 arrojaba los siguientes porcentajes para la población de esclavos: *Bananal* con 55% de esclavos, *Barreiros* con 44%, *Areias* con 33%. Para los centros de producción azucarera en São Paulo: *Itu* con 32%, *Porto Feliz* con 20%; en regiones donde el café entrara en producción: *Araras* con 35%, *Jundiai* con 23%; regiones donde el café estaba todavía en su etapa inicial: *Amparo* con 18%, *Araraquara* con 19%, *Jaboticabal* con 11%, *Ribeirão Preto* con 15%, *Barretos* con 7% y *São Domingos* con 3%. Ver Pierre Monbeig, *op. cit.*, pp. 89-90.

trabajo esclavista. El factor más importante quedaba salvaguardado: la abolición no iba a afectar a la economía cafetalera que, por entonces, representaba el 70% de las exportaciones brasileñas. La implantación de la ley antitráfico, por ejemplo, que prohibía la transportación de esclavos desde Africa, se tradujo para el sector cafetalero en una especie de ley de subsidios. De hecho, las erogaciones que en la balanza de importaciones ocupaban altas cifras bajo el renglón "compra de esclavos", pasaron a figurar como capital liberado en términos de excedente disponible para fines e intereses más productivos en manos del grupo económico más fuerte, los *fazendeiros do café*. Al circular con desahogo dentro de un sector más dinámico de la economía, esos excedentes, una vez aplicados, trajeron consigo un mayor incremento en el propio desarrollo de las inversiones directa o indirectamente vinculadas con la economía cafetalera, o sea: la mecanización agrícola, la ampliación de las vías de comunicación, el establecimiento de consorcios financieros y bancarios, etc.[4]

No obstante, la campaña abolicionista significó el golpe de gracia para la debilitada economía del noreste esclavista. Mientras que los *fazendeiros do café,* en São Paulo, se adaptaban a una situación nueva y financiaban inmigraciones europeas hacia sus haciendas, los productores azucareros del noroeste se acercaban a una situación de ruina irremediable por el simple hecho de que el gobierno central había tomado las medidas preliminares y graduales para abolir el trabajo esclavista. Además, el noreste brasileño no tenía posibilidades de admitir al inmigrante europeo como un sustituto del esclavo, ya que con respecto al sur, sus condiciones climáticas resultaban poco propicias y su economía estancada.

[4] Caio Prado Junior, *op. cit.,* p. 197.

Las inmigraciones extranjeras

La inmigración extranjera al Brasil presenta dos etapas marcadamente distintas. La primera, que se podría considerar propiamente "oficial" y cuyo propósito era radicalmente opuesto al de la segunda, abarca la inmigración realizada antes de la independencia, cuando el gobierno colonial aún no se enfrentaba a problemas de orden económico tan agudos como la sustitución del trabajo esclavista por el asalariado. En esta época, la organización laboral cafetalera todavía no había tomado forma. La corte consideraba que la inmigración constituía una medida de carácter político-militar, cuyo propósito fundamental era el de establecer algunos núcleos o colonias militares que garantizaran el desarrollo y la defensa de los sectores más vulnerables de la extensa frontera brasileña. No obstante, a partir de 1808, con los cambios político-administrativos ya mencionados, la inmigración oficial devino en procedimientos cuya orientación política consideraba, ante todo, el incremento de la población del país.

Sin embargo, de mayor importancia fue la otra etapa, la del Brasil independiente, principalmente en la segunda mitad del siglo pasado. A partir del Segundo Imperio surgió una doble tendencia, dictada por dos políticas diferentes: por una parte, el Gobierno buscaba alentar y patrocinar las inmigraciones extranjeras bajo el sistema de "colonias", con la entrega de parcelas para ser pobladas, medida que incrementaría en el sur del país las pequeñas y medianas propiedades de los colonos portugueses y alemanes; por otra parte, la política patrocinada por la iniciativa privada, los *fazendeiros do café*, con el propósito de atraer inmigrantes hacia las haciendas, con miras a sustituir el trabajo esclavista.

Estos inmigrantes venían contratados primero como aparceros y, posteriormente, como asalariados agrícolas.[5]

El ciclo del café, con su rápida expansión en territorio paulista, provocó importantes cambios en los órdenes económico y político. Abrió perspectivas enteramente nuevas para el proceso de desarrollo y alteró notablemente la relación de fuerzas en el control del centro de decisiones. Sin embargo, la nueva mentalidad empresarial del oligarca del café no había aún conseguido despojarse de los vestigios de una conciencia de *barão feudal* o de "señor de esclavos", habituado a otro tipo de relaciones humanas.

Al establecerse en haciendas en donde la mano de obra negra representaba aún el motor principal de la producción, los primeros inmigrantes europeos tuvieron que enfrentarse a la tirantez de una "intercomunicación" forzada del *status;* las condiciones de trabajo eran radicalmente diferentes. Esto no podía dejar de producir inevitables choques sociales, políticos y económicos en el interior de las haciendas, de las aldeas, de las *vilas,* de las ciudades e incluso habría de reflejarse en la organización del propio imperio. Por una parte, el esclavo, al actuar como objeto vendible, carecía de libertad, de ambiciones, de personalidad, de vida indi-

[5] Manuel Diégues Junior, *Regioes Culturais do Brasil.* INEP. Ministério da Educacão e Cultura, Rio de Janeiro, 1960. (Pág. 384) dice que: "el sistema de aparcería ha sido señalado como el elemento que ha facilitado la transición del trabajo esclavo hacia el libre; de hecho, según Rubens Borba de Morais, 'el sistema de aparcería tuvo influencia enorme sobre las condiciones subsecuentes del trabajo en las haciendas. Sirvió como experiencia, como método provisional, hasta que hacendados y colonos lograran una fórmula de contrato que sastificiera a las dos partes.' " Ver también Fernando Bastos de Avila, *L'immigration au Brésil.* Ed. Agir, Rio de Janeiro, 1956, p. 61 y Emilio Willems, *Aportaciones Positivas de los inmigrantes.* UNESCO, 1961, p. 131, cap. IV.

vidual; por otra parte, el inmigrante, recién llegado de Europa, traía la influencia de una industrialización efervescente, poseía las "virtudes de la época": libertad, ambición de ganancias, conciencia de vida individual e, incluso, el germen de la moderna reivindicación social.[6]

Consecuentemente, las inmigraciones, en su fase inicial, atravesaron por una serie de vicisitudes producidas por la transición del antiguo sistema de explotación agrícola, de carácter colonial, al nuevo tipo de explotación capitalista. Los conflictos y el descontento llegaron incluso a provocar medidas restrictivas por parte de algunos gobiernos: el de Alemania, en 1859, prohibió la emigración de sus nacionales hacia el Brasil y el de Portugal la disminuyó en un 50%.[7] El cierre de las fronteras a la inmigración no afectó al estado de São Paulo, dado que para esa época (1860-1870) la disminución de las jornadas cafetaleras en el Valle del río Paraiba y la decadencia de las minas de oro y diamantes en Minas Gerais habían provocado una gran transferencia de mano de obra hacia São Paulo. Sin embargo, a partir de 1870 se incrementó nuevamente la inmigración extranjera, en parte como resultado de la política de restricciones inmigratorias implantadas por los Estados Unidos y también como consecuencia de las luchas internas de Italia.

[6] Pierre Monbeig, *op. cit.*, p. 139.

[7] Thomaz Davatz, emigrado alemán, en sus *Memorias de un Colono en Brasil*, escritas en 1850, decía que: "los colonos que emigran, recibiendo dinero adelantado, se vuelven, pues, desde el comienzo, una simple propiedad de Vergueiro y Cía. Y, en virtud del espíritu de ganancia, para no decir más, que anima a numerosos señores de esclavos y también la ausencia de derechos en que acostumbran vivir esos colonos en la provincia de San Pablo, solamente les resta conformarse con la idea de ser tratados como simple mercancía o como esclavos." (Citado por Emilio Willems, p. 131).

Con todo, la *marcha pioneira* del café, a medida que se alejaba de la órbita geográfica de las viejas haciendas esclavistas, se fue acercando con mayor fluidez, y hasta por necesidad, al estilo capitalista de relaciones de trabajo. Ya en el *frente pioneiro* hacendados e inmigrantes, apartados de la influencia del esclavismo, habían alcanzado un equilibrio en sus relaciones; habían transitado del sistema de aparcería al trabajo asalariado. A su vez, en la estela del *frente pioneiro* tomaba cuerpo una nueva clase, la de los pequeños y medianos propietarios rurales, la mayoría de los cuales eran extranjeros, entre los inmigrantes y sus descendientes.

La marcha pioneira

Con la introducción y expansión del cultivo del café en el estado de São Paulo (se siguió el curso natural del río Paraíba), la planta alcanza su productividad natural óptima: en la meseta de Campinas se localizaba el tipo de tierra ideal para el producto. El *pioneirismo*, en la historia de la economía paulista, surgió como consecuencia del descubrimiento de la mejor tierra para el café (la *terra roxa)* y, a su vez, constituyó una avanzada en la conquista de nuevas regiones. Sin duda, esta experiencia representó un factor de importancia decisiva para asegurar y consolidar la hegemonía de la burguesía agraria paulista. Sus líderes y precursores, provenientes de las familias más tradicionalistas de la vieja aristocracia rural paulista (los Almeida Prado, Toledo Piza y otros) inauguraron el ciclo de expansión viajando desde sus hacienda-base en Itu y Capivari hacia la sierra de Botucatu en busca de la *terra roxa* de la región de Jau. Como es natural, no se hizo esperar un notable ascenso económico de estas familias aristócratas transfor-

madas en *pioneiras,* dado que el cultivo del café en gran escala y en las mejores tierras les proporcionó el control y dominio de vastos latifundios, del comercio en las ciudades del interior y en la capital del estado, del incipiente sistema bancario y de los medios de comunicación. Además, les aseguró el control del poder político de São Paulo y del imperio.[8]

En las nuevas regiones conquistadas, al lado de esas grandes familias de plantadores estaban los *fazendeiros* medianos que, si bien aparentemente compartían los mismos objetivos con los grandes hacendados, no alcanzaban a entender que los intereses más profundos y últimos de aquéllos no coincidían con los suyos. Desprovista de capital, esa capa intermedia de propietarios hasta la fecha constituye el blanco más vulnerable de los efectos y consecuencias de las depresiones que sufre la economía cafetalera.

Al extenderse por el interior paulista con el afán de abrir nuevos frentes, el movimiento *pioneiro* introdujo vías de ferrocarril, carretersa, fundó *vilas* y produjo, en consecuencia, un intenso movimiento de población en las áreas recién conquistadas. No obstante, las corrientes migratorias que acompañaban al movimiento, al sentirse económicamente marginadas frente a la estabilidad e integración relativas alcanzadas por las nuevas haciendas y por los núcleos instalados, visualizaban reducidas posibilidades de llegar a ser, en un futuro cercano, medianos propietarios o, más remotamente, grandes propietarios. En consecuencia, se apartaron de aquellos centros ya consolidados y buscaron trabajo en la vanguardia de la *coluna pioneira,* ya sea en calidad de contratados, o bien como aparceros, jornaleros o asalariados. Es decir, al encontrar obstáculos

[8] Pierre Monbeig, *op. cit.,* pp. 123-124.

para ascender económicamente, la inmigración respondió con una movilidad espacial superior a la que representaba el propio movimiento *pioneiro*.

En sus etapas de avance y penetración, el movimiento *pioneiro* se caracterizó por dos fases bien definidas durante 1900-1905 y 1929. Un lapso de tres décadas sirvió para diferenciar ampliamente dichas fases en términos de expansión geográfica, hegemonía económica de uno u otro grupo social, sistema de tenencia de la tierra, relaciones de trabajo y de producción y, principalmente, participación de inmigrantes extranjeros.

En el transcurso de la primera fase del movimiento, se localizaban 123 000 inmigrantes en las haciendas paulistas, de los cuales, aproximadamente 50 000 se distribuían por los municipios de mayor actividad *pioneira:* Ribeirão Preto, São Simão, São Carlos, Araraquara y Jau. Durante la segunda fase (que tuvo su clímax en 1929) el estado de São Paulo absorbió aproximadamente 234 000 inmigrantes entre los años de 1926 y 1930, de los cuales el 84% se localizaba en las haciendas de la meseta paulista occidental, que comprende los municipios de Araçatuba, Lins, Pirajui, Assis, Presidente Wenceslau, Paraguaçu Paulista y Presidente Prudente.

En la primera fase de expansión *pioneira,* el monopolio de la tenencia de la tierra estuvo siempre en manos del grupo de familias tradicionales provenientes de las haciendas de Campinas, Itu y Capivari. No obstante, en el transcurso de las décadas posteriores y principalmente en la segunda fase, surgió un nuevo protagonista del *pioneirismo*. Corren los años 30. El advenimiento de ese grupo (los *loteadores)* estuvo íntimamente relacionado con crisis de producción y exportación dentro de la economía cafetalera paulista. Ante las dificultades para sobrevivir una o más zafras, y ante la imposibilidad de solventar compromisos anteriormente adquiridos, mu-

chos *fazendeiros* se veían obligados a vender parte de sus propiedades. A su vez, las compañías fraccionadoras, controladas por los *loteadores,* adquirían esas propiedades y se encargaban de fraccionarlas en pequeños *sitios* y *chácaras* que eran vendidos a los inmigrantes. Dicha región, que en un principio había sido el centro más floreciente de la producción del café, inauguraba, en la segunda fase del *pioneirismo,* un nuevo proceso de tenencia de la tierra y de relaciones de producción. Las propiedades pasaban a manos de los inmigrantes extranjeros por conducto de las compañías fraccionadoras y de los *loteadores.* Paulatinamente, ese grupo de inmigrantes dio forma a una clase media rural que se estableció en las regiones interiores de São Paulo.[9]

Papel similar en ese proceso de aparcelamiento de la propiedad desempeñaron los *grileiros,* individuos que, aprovechándose de la situación jurídica irregular o dudosa de ciertas tierras, conseguían a través de documentación falsa apoderarse de ellas, y llegaban por ese conducto al control de extensas zonas que, por lo general, fraccionaban.

El *fazendeiro* tradicional decidió radicarse en São Paulo, donde ya poseía fuertes intereses capitalistas en la industria, en el comercio y en las finanzas. Las haciendas que no fueron vendidas y divididas en parcelas, permanecieron bajo el control de los "administradores" o mayordomos que se encargaban de manejar los negocios y cuidar de los intereses del grupo ausente. El comisario, primitivo intermediario en el comercio de compra y venta del café, acabará por ceder, en definitivo, su posición y su función a las organizaciones exportadoras capitaneadas por la "Brazilian Warrant Co." anteriormente *Companhia Paulista de Armazens Gerais* (1905).

[9] Emilio Willems, *op. cit.,* p. 149.

Entre una y otra fase del *pioneirismo* paulista sobrevinieron esas alteraciones que, si por una parte eran una consecuencia previsible del empuje capitalista iniciado por los propios *fazendeiros,* por otra parte, eran el resultado de mecanismos incontrolables que se generaban en el seno de la economía paulista y brasileña. Para esa época ya se había acentuado la fase de dependencia del Brasil en relación con el proceso capitalista mundial.

III. LA INMIGRACIÓN JAPONESA AL BRASIL

Introducción

En líneas generales, la inmigración japonesa a ultramar obedeció a una doble situación que prevalecía en la sociedad japonesa de fines del siglo pasado y que siguió perdurando aún en este siglo. Por una parte, fue el resultado de un Japón impregnado de ideales tradicionales que ofrecían una conciencia muy precisa de su superioridad frente al resto del mundo y, por otra parte, era también el resultado de un Japón en vías de modernización, cuyo sistema capitalista ya se enfrentaba a serios problemas de orden estructural.

De hecho, hemos visto en páginas anteriores que gracias, en gran parte, a los factores que se fermentaron en el seno de la estructura agraria del Japón, éste pudo realizar su revolución burguesa de 1868. En lo sucesivo, el sector agrario no sufrirá cambios notables hasta el período de la posguerra, cuando el Comando Aliado de Ocupación impuso al país una nueva formulación de su política agraria en términos bastante radicales.

Por su parte, la burguesía industrial japonesa no intentó elaborar una política de desorrollo del mercado interno (a través, por ejemplo, de medidas como la reforma agraria) porque el precario balance de fuerzas políticas no le permitía crear y sostener un conflicto con los intereses de la aristocracia rural. No importa

si los acontecimientos subsecuentes fueron o no fueron consecuencia de esa imposibilidad de explotar el potencial del mercado interno japonés, pero es un hecho que el sector industrial se lanzó a la conquista de los mercados extranjeros, plenamente apoyado por la política militarista que ya entonces sentía la necesidad de nuevos territorios y, por consiguiente, de nuevos mercados en el exterior.

El éxodo rural provocado por las difíciles condiciones que imperaban en el agro, aunado al alto índice de crecimiento demográfio, creaban una situación de desequilibrio socioeconómico en las ciudades. El sector industrial y de servicios en las zonas metropolitanas resultaba incapaz para absorber los excedentes de mano de obra generados por fuerza de este proceso. Afectadas directamente por esa situación de desequilibrio estructural, las poblaciones campesinas y obreras empezaron a buscar en la emigración una solución que les pudiera abrir otras y mejores perspectivas de carácter socioeconómico.

Al mismo tiempo, el gobierno japonés al intentar realizar sus planes de conquista en Corea, Manchuria e, incluso, parte del territorio chino, sostenía, pues, una política de franca penetración económico-militar. Los primeros grupos de inmigrantes habían llegado a las islas Hawaii (1868) incluso antes de la firma del Tratado de Amistad entre el Japón y Hawaii (1871). Ya en el año de 1880, trabajadores japoneses emigraban hacia los Estados Unidos.

No obstante, el inmigrante japonés, por razón de su profunda vinculación con los valores y normas tradicionales de su ethos (la tradición familiar y el amor a la patria), se limitaba al deseo de salir "temporalmente" del Japón, con intención de regresar tan pronto hubiera ahorrado algún dinero. Eran los *dekasegui,* es decir,

los japoneses que salían en busca de trabajo y más tarde regresaban.

Para satisfacer sus deseos, no podían hallar mejores condiciones que las ofrecidas por los mercados de trabajo en Hawaii, Estados Unidos y Canadá. En 1900, las Islas Hawaii entraron a la jurisdicción norteamericana. En cierta manera, el suceso facilitó la transmigración de los japoneses a los Estados Unidos, hasta el momento en que la política norteamericana cerró sus puertas a las corrientes orientales mediante el *Gentleman's Agreement* de 1908, el cual fue nuevamente sancionado en 1924.

Los orígenes de la inmigración japonesa hacia Latinoamérica (Perú y México, en 1889) se encuentran relacionados a dos hechos: por una parte, son consecuencia de las limitaciones cada vez más estrictas impuestas por el gobierno de los Estados Unidos y, por la otra, se deben al hecho de que, por presiones ejercidas por Inglaterra, el gobierno de España cesara el tráfico de *coolies* chinos con destino a las plantaciones de azúcar en Perú y en Cuba.

Orígenes históricos de la inmigración japonesa a Brasil

En 1894, la emigración japonesa a las Islas Hawaii se hizo responsabilidad de organizaciones particulares, y la *Kichisa Imin Gomei Kaisha,* fundada en 1891, realizó los primeros contactos con la firma brasileña *Prado Jordão* (con sede en São Paulo). Se proyectaba la firma de un contrato para instalar en Brasil a los primeros inmigrantes japoneses. Sin embargo, esas negociaciones no se llevaron a cabo por falta de un Tratado de Amistad entre los dos países.

En 1897 *Kichisa Imin Gomei Kaisha* restableció los contactos con *Prado Jordão* y se llegó a un acuerdo por el cual la Kichisa enviaría al Brasil los primeros inmigrantes japoneses. El trabajo de reclutamiento en Japón comenzó a desarrollarlo una nueva firma establecida con el nombre de *Toyo Imin Kaisha*. Sin embargo, ésta recibió un comunicado de *Prado Jordão* pidiendo suspender el envío de los inmigrantes.[1] La causa: la economía cafetelera de São Paulo sufría una crisis: debían los inmigrantes japoneses dirigirse a otros países de América Latina. Dos tentativas habían fracasado en Brasil.

En 1901, Marcial Sanz fue al Japón con el propósito de firmar acuerdos sobre inmigración y entró en pláticas con las firmas japonesas de emigración *Teikoku Shokumin* y *Kosei Imin Kaisha*. Por aquella época los colonos italianos de Brasil se encontraban en conflicto con los hacendados paulistas. Bajo ese clima de desconfianza, el gobierno japonés tampoco llegó a firmar un contrato con el representante brasileño.

A esta altura de los acontecimientos, tanto el Brasil como el Japón, por vías oficiales, buscaban apoyar a las migraciones. En Brasil se fundó la "Hospedaria de los Inmigrantes" en 1888 y en 1905 la "Agencia de Colonización y Trabajo", con el propósito de facilitar la solución de problemas que pudiesen representar dificultades para las inmigraciones extranjeras al país. En Japón, el Ministerio de Relaciones Exteriores elaboró en 1893 un "Reglamento para la protección de los emigrantes"; en 1896 el Parlamento, a su vez, modificó y aprobó la "Ley de Protección a los Emigrantes".[2]

El camino para un acuerdo entre ambos países se despejó definitivamente en ocasión de una visita a São Pau-

[1] Hiroshi Saito, *O Japonés no Brasil*. Ed. Sociologia e Politica, São Paulo, 1961, pp. 26 y 27.

[2] Hiroshi Saito, *op. cit.*, pp. 26 y 27.

lo de Riyu Mizuno (representante de la *Kokoku Shokumin Kaisha)*, en 1907. Esta visita fue consecuencia del texto enviado al Japón por el ministro plenipotenciario Sugimura para informar sobre las perspectivas económicas del café en Brasil y las posibilidades de que llegaran al Brasil inmigrantes japoneses. El gobierno de São Paulo, a título de experiencia, acordó abrir las puertas del Estado a la inmigración japonesa. Se firmó entonces un contrato entre Riyu Mizuno y dicho gobierno, mediante el cual Japón enviaría a Brasil diez remesas de inmigrantes.[3] El Gobierno de São Paulo, como parte interesada, concedería subvenciones a las compañías japonesas para los gastos de transporte de los inmigrantes. Se inauguraba oficialmente la inmigración japonesa al Brasil.

Los tres períodos de la inmigración japonesa

El primer período de inmigraciones japonesas (1908-1925) se caracterizó por las subvenciones oficiales concedidas por el Gobierno hasta 1914, de acuerdo a los términos del contrato firmado con Riyu Mizuno en 1907. La prescripción de los términos del documento coincidió con el arribo de la décima remesa de inmigrantes (1914). El gobierno paulista alegaba poca adaptabilidad del colono japonés en comparación con el colono europeo. Además consideraba perjudicial dicha inmigración para los intereses del estado y se negó a iniciar

[3] Ese contrato fue firmado el 6 de noviembre de 1907 por Riyu Mizuno, director presidente de la Compañía Japonesa de Inmigración *Kokoku Shokumin* y el doctor Carlos Botelho, secretario de Agricultura del Gobierno del estado de São Paulo. Ver *Emigracão Japonesa no Brasil.* Consulado Geral do Japão en São Paulo, marzo de 1964, p. 1.

nuevas negociaciones para su prórroga. Ante esa actitud, las firmas japonesas interesadas *(Toyo Imin Kaisha, Morioka Imin Kaisha* y *Takemura Imin Kaisha)* se unieron y organizaron en Brasil el consorcio *Brasil Imin Kumiai,* que pasó a hacer gestiones directas con el gobierno de São Paulo. Finalmente, dicha empresa consiguió renovar por más de cinco años los términos del contrato anterior,[4] arreglo que señala el surgimiento de la *Kaigai Kogyo Kaisha.*

El monopolio del movimiento de inmigrantes durante ese período y el subsiguiente corresponde a la *Kaigai Kogyo Kaisha.* De 1916 a 1920 llegaron al país las remesas 11 y 14 (cuadros 1 y 1 A). Pero en 1920, al expirar los cinco años especificados en el contrato, el gobierno de São Paulo resuelve dar por cerradas las posibilidades de seguir subvencionando las inmigraciones japonesas, aunque por interferencias y gestiones de la *Kaigai Kogyo Kaisha* se consiguieran subvenciones para 3 600 inmigrantes más.

Las compañías japonesas, principalmente la *Kaigai Kogyo Kaisha,* al sentir la imposibilidad de negociar nuevos contratos con el gobierno paulista, realizaron entonces gestiones con el propio gobierno de Japón, el cual sí se mostraba interesado en mantener abierto el camino a las emigraciones de sus nacionales al Brasil. Por iniciativa del propio gobierno japonés, se envió al Parlamento un proyecto que solicitaba subvenciones para la *Kaigai Kogyo Kaisha.* Ese proyecto fue aprobado en el mismo año de 1921 y en 1924 el Parlamento aprobó, además, una ley que concedía "subvenciones integrales" para costear los viajes de emigrantes a través de la *Kaigai.* En 1926, se inicia el segundo período de inmigraciones, el cual se prolon-

[4] Hiroshi Saito, *op. cit.,* p. 31.

gará hasta 1941, cuando, a causa de la segunda Guerra Mundial quedan interrumpidas todas las relaciones con el Japón. El tercer período restablece esas inmigraciones a partir de 1952.

El segundo período de inmigraciones (1926-1941) se caracteriza, comprensiblemente, por la protección oficial del gobierno japonés. Este, además de subvencionar los viajes, paga a las compañías una cantidad extra. En 1927 pone en vigor una ley que instituye la *Federación de las Asociaciones Ultramarinas*. Por otra parte, el mismo año de 1927 envía a Brasil al embajador Tatsuki que, al frente de una misión especial, comprueba las ventajas de incrementar la inmigración de los japoneses. En su recorrido, el embajador visita la Amazonia y a su regreso al Japón se organizan la *Amazon Kogyo* y la *Nambei Takushoku* con el propósito de establecer en aquella región brasileña los primeros núcleos de inmigrantes japoneses.[5]

Afectado por la crisis mundial de 1929, el Japón se vio obligado a aumentar aún más el contingente de inmigrantes hacia Brasil. Así, durante el período comprendido entre 1928 y 1934 llegó el 57.3% del total de los inmigrantes que habían entrado durante el primer período (cuadros 1 y 1 A).

Durante los años que abarcan el primer período, la política brasileña no impone ningún tipo de restricciones a los grupos de inmigración de origen oriental. Ese período se caracterizó por toda usa serie de medidas oficiales por parte del gobierno paulista y de las autoridades federales en el sentido de ofrecer el máximo de facilidades a las inmigraciones japonesas. Esta actitud se mantiene a pesar de los problemas iniciales de adaptación y aculturación que se revelaban

[5] Hiroshi Saito, *op. cit.*, p. 35.

más agudos en las corrientes japonesas que en los grupos de inmigrantes de origen occidental. Las metas de la política inmigratoria brasileña no tenían otro propósito que el intento de abastecer un mercado de trabajo en rápida expansión surgido en la región del café.

No obstante, como ya se observó, frente a los primeros resultados, el gobierno y el sector privado japoneses se convirtieron en la parte más interesada en promover y subsidiar a los grupos de nacionales que desearan emigrar al Brasil.

En esta época el Japón logra integrarse a la estrategia económica de las naciones que han adquirido experiencia en la conquista de mercados, principalmente de aquellos mercados que hacen posible el abastecimiento de materias primas. Los intereses japoneses visualizan al Brasil como algo más que un mero territorio que puede solucionar los problemas del excedente humano en el Japón. Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, que controlaba el comercio exterior del café a través de la Compañía Paulista de Almacenes Generales (1905) y de la "Brazilian Warrant Co." (1909) (además de estar vinculada al frente *pioneiro* por intermedio de la Compañía de Tierras Norte del Paraná y de los Ferrocarriles São Paulo-Paraná), los industriales japoneses iniciaron, a partir de este segundo período, una amplia política de inversiones principalmente en el sector agrícola.

Al organizarse como instituciones en que las que el capital y el trabajo eran netamente japoneses, estas empresas estaban destinadas a representar el papel de auténticos enclaves de la economía japonesa en territorio brasileño.

En 1926, Nomura Gomei Kaisha compró la hacienda Nomura; en 1927 se creó la Sociedad Colonizadora del Brasil con haciendas en Bastos, Tiete, Alianza y Tres

Barras. También en 1927, la Tozan Kogyo, subsidiaria del grupo Mitsubichi de Japón, compró haciendas de café y ganadería e incluso comenzó a intervenir en el sector de las finanzas y del comercio exterior. En 1928, la Mambei Takushoku adquiririó haciendas en Acará, Monte Alegre y Castañal, en el estado de Pará, y la Amazon Kogyo compró extensas propiedades en Parintins y Maués (1930-1932) en el estado de Amazonas. En 1931 se organiza el Instituto de la Amazonia.[6] En 1934 llegó al Brasil una misión comercial japonesa con el propósito de estudiar *in loco* las condiciones para el incremento de la producción de algodón y tomar las medidas pertinentes con respecto a su exportación al Japón. Como resultado de los informes positivos de esa misión, en 1936 los grupos textiles japoneses *(Nipaku Menka, Toyo Menka* y *Nippon Menka)* hicieron construir en São Paulo plantas para la preparación del algodón hacia la exportación. Finalmente, en 1937, se organizó la Compañía Nichinan Sangyo con el objeto de controlar toda la exportación algodonera de São Paulo.

Sin embargo, no fueron suficientes el nuevo período de expansión y consolidación de los intereses japoneses en Brasil ni el aumento constante del número de inmigrantes y su concentración en el sector del algodón (61 municipios de São Paulo). Estas experiencias y la pronunciada orientación de carácter expansionista y militar del Japón (con la invasión de Manchuria y, posteriormente, de China) sirvieron para alertar al gobierno brasileño con respecto al peligro que podría representar para el país una política inmigratoria sin restricciones. Con el propósito de anular la amenaza que, en aque-

[6] Kaoru Tanaka, "Japanese Inmigrants in Amazonia and their Future", *Kobe University Economic Review,* núm. 3, 1957.

llas circunstancias, representaba la política de puertas abiertas a los inmigrantes japoneses, el gobierno del presidente Getulio Vargas (1930-1945) adoptó una serie de medidas de carácter restrictivo. El decreto-ley 19 482 de 1930 buscaba proteger a la mano de obra nacional frente a la competencia creada por las corrientes inmigratorias que se establecían sobre todo en las ciudades. No significó una medida tomada directamente en contra de la inmigración japonesa; significó la adopción de una política inmigratoria de carácter general y de acentuado carácter proteccionista. De hecho, el decreto prohibió la entrada al país de aquellos extranjeros que viajaran en navíos de tercera clase y obligó a la industria y al comercio a respetar la disposición de que por lo menos dos tercios de los inscritos en sus nóminas fuesen nacionales.

No obstante, en 1933 se presentó a consideración de la Cámara de Diputados un proyecto que, aprobado en 1934, establecía el régimen de cuotas para las inmigraciones. En 1937, la Constitución del Estado Nuevo fijó estas cuotas en un 2% del total de los inmigrantes entrados al país entre el 1º de enero de 1884 y el 31 de diciembre de 1933. Según ese régimen de cuotas, correspondían al Japón 2 848 inmigrantes anuales. El sistema establecido por la Constitución fue explícitamente apoyado a través del decreto-ley 3 175 del 7 de abril de 1941 y más tarde revocado en mayo de 1945. El régimen de cuotas, aunque no aludía sólo a los japoneses y alemanes, los afectaba directamente. De hecho, podían entrar anualmente al Brasil, 11 374 españoles, 22 854 portugueses, 28 066 italianos, 3 068 alemanes y 2 848 japoneses (cuadro 2). El régimen de cuotas afectaba a los japoneses sin afectar a los demás grupos, ya que normalmente las cifras reales que correspondían a la

entrada de estos grupos al Brasil no llegaban a rebasar el límite establecido por la ley.

La movilidad espacial y el establecimiento de los inmigrantes japoneses

Los tres períodos de la inmigración japonesa correspondieron al proceso de evolución y de las transformaciones que experimentó el país durante la época republicana. El primer grupo de japoneses llega al Brasil cuando ya se habían internado más de dos millones y medio de inmigrantes europeos en el país a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

No cabe duda que los inmigrantes que integraban los primeros grupos del primer período tuvieron que enfrentarse a los más agudos problemas de adaptación al nuevo *habitat*. Provenientes del sector urbano o del sector rural, sus esquemas de valores y sus pautas de conducta estaban profundamente arraigados a la tradición japonesa. A eso se suma el hecho de que los inmigrantes de ese período apenas recibían del gobierno paulista la ayuda necesaria para realizar el viaje del Japón al Brasil. Ya en Brasil, pasaban algunos días en la oficina migratoria del puerto de Santos y después eran enviados a las haciendas cafetaleras del interior de São Paulo. El primer grupo llegó en 1908. Constaba de 830 inmigrantes y fue repartido en seis haciendas. Por las dificultades surgidas, en menos de un año (en septiembre de 1909) sólo el 10% del total de personas permanecía aún en estas haciendas. Hubo casos en que todos los inmigrantes buscaran otros sitios, como por ejemplo el de la hacienda Dumont: de los 201 inmigrantes allí instalados no quedaba ninguno al año siguiente. La mayoría se desplazó a las ciudades en busca de em-

pleo; en São Paulo o en el puerto de Santos pensaban hallar mejores oportunidades; otros se arrimaron a las obras de los ferrocarriles en construcción. El segundo grupo, que llegó en 1910 fue de inmediato colocado en 17 haciendas; el arraigo, en este caso, resultó más alentador: de 948 inmigrantes que llegaron en julio, el 75% aún permanecía en las haciendas en marzo de 1911.[7] Este incremento de la proporción de individuos arraigados a partir del segundo grupo, representa una ampliación en la capacidad del inmigrante para adaptarse, así como una evolución en las relaciones entre hacendados y colonos.

Si es verdad que el impacto inicial se debió al choque de dos grupos caracterizados por un *ethos* cultural en oposición, se podría agregar otro factor que también tuvo mucho peso en la explicación de esa conducta errante del inmigrante japonés. El inmigrante creía que al llegar al país, todas las circunstancias le permitirían ahorrar fácilmente el capital que, a corto plazo, le permitiera regresar al Japón. No obstante, la situación económica brasileña era distinta a la norteamericana e incluso a la japonesa. La mano de obra, en Brasil, era, en precio, inferior a la japonesa. En consecuencia, los inmigrantes se vieron obligados a sujetarse a sueldos bajos, y de ahí su habitual inquietud y preocupación por ir de hacienda en hacienda o del campo a la ciudad, siempre en busca de una mejor perspectiva económica.

Debe mencionarse otro factor que intervino en la estabilidad social del inmigrante japonés. Dispuesto a no admitir a grupos de inmigrantes en los que fuera considerablemente alto el número de elementos improductivos, las autoridades brasileñas y las agencias japonesas encontraron una fórmula que, si bien era racional, no coincidía con la naturaleza de la organización de

[7] Hiroshi Saito, *op. cit.*, pp. 117 y 118.

la familia. De hecho, en los contratos de inmigración se estipulaba una cláusula que, de manera explícita, se refería a "familias en que por lo menos tres de sus miembros fueran económicamente activos y productivos". Con esta medida se intentaba eliminar la posible entrada de niños y ancianos que, de acuerdo con la dinámica natural, también pertenecen a la organización familiar. Rota la espontánea configuración de la familia, se enviaban a Brasil grupos de inmigrantes cuyas nuevas unidades familiares tenían un carácter totalmente artificial. La "familia" quedaba compuesta por individuos carentes de relaciones de parentesco. Como era de esperarse, tan pronto llegaban al país y se establecían en las haciendas, surgían rivalidades y querellas y estas unidades "familiares" tendían a la desintegración.

El estado de São Paulo: principal escenario

El estudio del desarrollo y los desplazamientos de la inmigración japonesa en el estado de São Paulo resulta imprescindible para elaborar la historia de las inmigraciones extranjeras en Brasil. En gran medida, la historia de São Paulo es la síntesis de los acontecimientos correspondientes en el país porque ese estado absorbió el 75% de las inmigraciones. En la actualidad, más del 60% de la población de São Paulo es de origen extranjero. Por otra parte, la concentración de los inmigrantes japoneses en ese estado revela que el 75% de la población japonesa o de ascendencia japonesa en Brasil prefirió São Paulo a otros estados y regiones, por lo que, con mayor razón, el estudio de la inmigración japonesa en Brasil se vincula a la historia de este estado brasileño (cuadro 3). Asimismo, los inmigrantes japoneses reflejaron con mayor exactitud el proceso de desarrollo

histórico y económico paulista a partir de la primera década del presente siglo. La historia de esa inmigración comienza a interrelacionarse profundamente con la dinámica del desarrollo de São Paulo a partir de 1908.

La inmigración italiana fue, por cierto, la más numerosa y también ejerció una influencia decisiva en la vida paulista. No obstante, fue una inmigración que obedeció casi exclusivamente la orientación del café: creció con su cultivo y decayó con su cultivo; después pasó a formar parte de los contingentes urbano y suburbano. Por el contrario, la inmigración japonesa se reveló multidireccional: su establecimiento en la región coincidió con la decadencia del cultivo del café en São Paulo y por tanto los grupos japoneses se unen a las vanguardias *pioneiras* en el oeste y sudoeste paulista, en el Norte y, más tarde, en el oeste paranaense. Simultáneamente, la inmigración japonesa introdujo, perfeccionó y monopolizó el cultivo, la producción y la comercialización del algodón en São Paulo e hizo que se desarrollara la agricultura "suburbana" del *cinturão verde* de las grandes ciudades paulistas. Asimismo, cooperó en el exterminio de muchas de las relaciones paternalistas en el campo y eliminó buena parte de la agritura de subsistencia. En la actualidad, la inmigración japonesa representa el 10% de la población agrícola de São Paulo y contribuye con el 30% de la producción total en ese sector.[8]

En términos generales, el inmigrante japonés se dirigió al interior de São Paulo en los momentos de ascenso de la agricultura paulista y enfiló hacia las ciudades

[8] Datos obtenidos de la Confederación Rural Brasileña en una investigación realizada en 1947 en São Paulo. Ver *Cartilha dos Imigrantes*. Confederación Japonesa de las Asociaciones Ultramarinas, Tokyo, diciembre de 1955, p. 15; *Boletim do Consulado Japonés em São Paulo*. São Paulo, 1964, p. 7.

en los momentos de crisis en el campo o en los momentos de desarrollo del sector industrial. Dominados por la "psicosis" colectiva de "éxito rápido" y de "regreso a la patria", casi todos esos inmigrantes se situaron en los frentes de fuerte expansión de la agricultura, lugares en donde con mayor facilidad y rapidez pudiesen alcanzar el éxito. De hecho, un rápido examen de la distribución demográfica de los inmigrantes japoneses en un mapa de São Paulo nos permite visualizar las etapas de desarrollo económico de la agricultura paulista.

Primer período (1908-1925)[9]

El número total de inmigrantes que llegó a Santos durante el período 1908-1924 fue de 34 939 (cuadro 1). Hasta el año de 1914, los 15 543 inmigrantes desembarcados en Santos bajo la vigencia del primer contrato entre Riyu Mizuno y el gobierno de São Paulo, se dirigieron a las haciendas de café situadas en la zona del Ferrocarril de la Compañía Mogiana (mapa 1).

Las propiedades que se situaban a lo largo de la ruta de la Mogiana pertenecían al grupo de haciendas cuya explotación cafetalera se remontaba a la primera expansión de ese cultivo en el último cuarto del siglo XIX. Las tierras de la región se habían agotado por no emplearse tecnologías adelantadas. Por su bajo rendimiento, no permitían al inmigrante liberarse económicamente del "colonato". Resultado: al terminar su contrato de dos años, o incluso antes de que expirara, el inmigrante japonés abandonaba esas tierras. Muchos regresaron a la

[9] Hiroshi Saito, *op. cit.*, véase el estudio de la movilidad, pp. 131 y *ss.* y "Algunos aspectos da mobilidade de japoneses no Brasil", *Kobe Economic and Business Review*, 6th Annual Report, 1959, pp. 49-59.

ciudad de Santos para trabajar en el puerto; otros se dirigieron a las obras de construcción del Ferrocarril Santos-Juquiá, dando más tarde origen al núcleo japonés de Registro (1913) y al de Siete Barras (1919). Algunos, siguieron la ruta del ferrocarril de la Compañía Mogiana y alcanzaron la parte norte del estado de São Paulo; así penetraron en Minas Gerais. En 1913 iniciaron en ese estado el cultivo del arroz y del café. De 1915 hasta fines del período, los restantes 19 396 inmigrantes que llegaron a Santos vinieron a sumarse a la experiencia de los primeros grupos: pasaron por las haciendas de la Mogiana para, en seguida, tomar el rumbo de la nueva región del Ferrocarril del Noroeste, que, en 1914, ya había sido inaugurado. La línea del Ferrocarril del Noroeste, antes del Ferrocarril Araraquarense y del Douradense —que se situaban en la zona intermedia entre la Mogiana y la del Noroeste— se convirtió en la ruta preferida por los inmigrantes japoneses. Inicialmente, se instalaron en Cafelandia, Birigui (1915) y en Barbosa (1916). Las nuevas tierras, comunicadas con São Paulo por el Ferrocarril del Noroeste, sustituyeron las tierras agotadas de la región de la Mogiana. Además de otras ventajas, la región del Ferrocarril del Noroeste constituía una zona relativamente nueva, carente de la tradición de las propiedades latifundistas semejantes a las grandes "fazendas de café" de las zonas viejas. De esta manera el inmigrante tuvo acceso a la tierra con mayor facilidad y pudo comprar a las compañías fraccionadoras pequeños lotes de 24 hectáreas de promedio.

En una segunda etapa ocupacional, los colonos japoneses se trasladaron a la región de los Ferrocarriles Araraquarense, Douradense y Paulista —zona intermedia entre la Mogiana y la del Noroeste— y formaron los núcleos de Pindorama (1919), Catanduva (1922) y

San José do Rio Preto (-1923). Estas ciudades se situaban sobre el Ferrocarril Araraquarense.

Otros núcleos surgieron en Nueva Europa (1915), Tabatinga e Ibitinga (1919) a lo largo de la Douradense. Gracias a la inauguración del Ferrocarril Paulista, surgió el núcleo de la Colonia Tokyo (1915). En este mismo año se organizó el primer núcleo de inmigrantes japoneses en Cotia, los cuales se ocuparon en una agricultura de tipo "suburbano" que, en los años subsecuentes, sería monopolizada por los japoneses en las demás ciudades de la periferia de la capital paulista.

Sin considerar que un grupo de inmigrantes formó un núcleo en el extremo del Ferrocarril de la Alta Sorocabana (ciudad de Alvarez Machado, 1917), la región de la Sorocabana (entre Avaré y Ourinhos) y de la Alta Sorocabana (entre Ourinhos y Presidente Epitacio) fue ocupada a partir de 1920. El Ferrocarril Sorocabana y la Alta Sorocabana, situados en la parte baja del Noroeste, vinieron a abrir un nuevo frente "pioneiro". Estas tierras, poco propicias para el cultivo del café, orientaron las inmigraciones japonesas hacia el cultivo del algodón. Estos núcleos, situados en Avaré, Cerqueira Cesar y Santa Cruz do Rio Pardo (1920), formaron zonas algodoneras que se configuraron en torno a la ruta del ferrocarril Sorocabana y en Salto Grande (1920) y la Alta Sorocabana. Más tarde, en 1925, siguieron rumbo a Alvarez Machado y formaron los núcleos de Paraguaçu Paulista y Rancharía.

Podría parecer extraño que las corrientes inmigratorias japonesas, vinculadas desde 1908 a las regiones del café (Mogiana, Araraquarense, Douradense y, principalmente, del Noroeste), cambiaran el sentido de sus desplazamientos hacia una zona de tierras nuevas poco propicias para el cultivo del café. Este fue el caso de la región Sorocabana. Sin embargo, se podrían mencionar

por lo menos dos factores que se relacionan con el origen de ese cambio. En primer lugar, la gran helada de 1918, la cual llegó a destruir 400 millones de pies de café en la región productora; en segundo lugar, la circunstancia de que el inmigrante ansiaba liberarse de la tirantez de las relaciones de trabajo que existía en los antiguos frentes de expansión *pioneira*. La propia región del Noroeste, que fuera un frente sin tradiciones y, por consiguiente, una región donde la tierra estuvo más al alcance del inmigrante, al convertirse en la región cafetalera por excelencia, se pobló rápidamente y, en consecuencia, ofreció muy pocas posibilidades para la adquisición de propiedades a bajo precio. Por otra parte, el cultivo del café tenía el inconveniente de vincular al inmigrante a la propiedad por períodos de cinco o más años. Con el descubrimiento de tierras de tipo "massapé arenoso" en el Ferrocarril Sorocabana, aparecieron para los inmigrantes mayores posibilidades de dedicarse a cultivos de ciclo anual. Ya no había necesidad de adquirir propiedades; bastaba con ser "arrendatario". Con la ocupación de las tierras de este nuevo frente, aparecen las promisorias perspectivas del gran ciclo económico del algodón al cual estuvo profundamente vinculada la inmigración japonesa del segundo período.

Segundo período, 1926-1941 (mapa 2)

Hasta el año-límite de 1924, cuando termina el período de las subvenciones del gobierno paulista (cuadro 1), llegaron 34 939 inmigrantes y se inicia la protección y la ayuda oficial del gobierno japonés. Estos hombres dejaban a los futuros 156 349 inmigrantes el legado de sus experiencias como "colonos de café" en la Mogiana; como "formadores de cafezal" y "pequeños propietarios" en la del Noroeste; como iniciadores de una agri-

cultura de tipo "suburbano" en la región periférica de São Paulo y, finalmente, al inaugurar con relativo éxito el cultivo del algodón en la región Sorocabana, como "arrendatarios".

Anteriormente nos hemos referido a los hacendados cafetaleros como expresión de lo que podría considerarse el núcleo de una burguesía nacional, la cual emprendía la tarea de conducir al Brasil a importantes cambios estructurales. Lo hicimos al hablar del surgimiento, en São Paulo, de una aristocracia del café. Entre los años 20 y 30 se percibían ya los resultados de esa tarea, la cual se veía acelerada gracias a la reflagración de la primera Guerra Mundial.

En lo económico, el país sufrió importantes transformaciones al expandirse su incipiente industria; en lo político, surgió una inquieta clase media que habría de expresar su descostento y su inclinación por la revuelta. Sus líderes serían precisamente los portavoces militares de los años 1922 y 1924; finalmente, estos mismos líderes conseguirían la victoria para la burguesía en la revolución de 1930.

Cuando más ardua y radical era la tarea de la aristocracia del café sobrevino esa revolución que, paradójicamente, significó el fin de su "República del Café". Una de las primeras medidas del nuevo presidente revolucionario (Getulio Vargas) fue el decreto 19 688 que impuso una tasa de 1 000 *reis* por pie de café que se plantara en los siguientes cinco años, a partir de 1930. Si bien entre los argumentos que justificaban el decreto se mencionaban medidas de saneamiento para que el país se enfrentase a la crisis de sobreproducción de los años 1929/30, no dejó el decreto de significar un profundo golpe para los productores de café.

Por otra parte, no hay que olvidar que el gobierno japonés se trazó una estrategia más activa y directa en

sus relaciones económicas con el Brasil. Esa estrategia abarcaba no sólo mayor protección y variados incentivos a los grupos de inmigrantes japoneses, sino también una franca política de inversiones en el sector agrícola. De esa manera, al organizarse en 1928 la Sociedad Colonizadora del Brasil (Bratac), siguió la compra de grandes propiedades agrícolas en São Paulo, Paraná y otros estados brasileños. A lo largo del Ferrocarril del Noroeste fueron adquiridas las haciendas de "Tiete" (114 000 hectáreas), en el municipio de Pereira Barreto, y las tres haciendas "Alianza" (16 300 hectáreas) en el municipio de Mirandópolis. En la región central, entre los Ferrocarriles del Noroeste y de la Sorocabana, fue comprada la hacienda "Bastos", en el municipio del mismo nombre; en el estado de Paraná, cerca del río Tibagi, fue adquirida la hacienda "Tres Barras" (44 664 hectáreas), del municipio de Assaí. Por su parte, la Nambei Takushoku y la Amazon Kogyo habían comprado ya extensas tierras en los estados de Pará y de Amazonas.

En líneas generales, estos fueron los elementos utilizados por los inmigrantes del segundo período (1926-1941) para insertarse en São Paulo y Paraná. Es decir, en el fenómeno quedaban sintetizados el primer período, los cambios estructurales por que pasaba el país y, finalmente, la nueva estrategia de la política japonesa en Brasil.

Hasta el año de 1928 se llevó a cabo un progresivo desplazamiento de inmigrantes japoneses de la región Mogiana hacia otras regiones. El número de los inmigrantes japoneses en esa región (cuadros 4 y 4 A y mapas 3 y 4) se redujo de 12 651 en 1923 a 11 792 en 1928. En cambio, en la región del Noroeste, pasó de 9 047 inmigrantes a 19 188. En la región recién abierta a lo largo del Ferrocarril Sorocabana, se elevó de 2 830 en

1923 a 5 900 en 1928. Con todo, a partir de 1930, en parte, debido a la legislación impuesta sobre el cultivo del café en São Paulo, la Compañía de Tierras del Norte de Paraná compró extensas propiedades en la ruta del Ferrocarril São Paulo-Paraná (ambas empresas de capital inglés) e inició el Núcleo Internacional cerca de Londrina. Esa punta de lanza de los intereses y de la iniciativa del capital inglés abrió el camino a los inmigrantes japoneses. En tierras del estado de Paraná, el inmigrante japonés (directamente llegado del Japón o transmigrado de São Paulo) formó los núcleos de Bandeirantes (1930), Jataí (1932) y más tarde alcanzó la ciudad de Londrina (1933). Todas esas poblaciones se sitúan en la ruta del Ferrocarril São Paulo-Paraná. Simultáneamente comenzó a ocuparse la región del Ferrocarril de la Alta Paulista con el establecimiento de los núcleos de Piratininga (1927) y de Marilia (1930); después de 1930 fueron ocupadas otras ciudades más allá de Marilia.

La agricultura suburbana, iniciada en Cotia, Juquerí, Taipas y Morro Grande durante el primer período, se expandió (a partir de 1930) a las ciudades situadas en el eje São Paulo-Río de Janeiro, a lo largo de Ferrocarril Central del Brasil (Itaquera, São Miguel, Suzano, Mogi das Cruzes, Jacareí, Taubaté, Tremembé, y Pindamonhangaba) y también al eje São Paulo-Paraná (São Roque, Vargem Grande, Itapecerica da Serra e Ibiuna). Con ese tipo de explotación agrícola nació la organización por sistema cooperativo. Esas cooperativas agrícolas, formadas por los inmigrantes japoneses, surgieron en Cotia (1927), Juquerí (1928), y en Itaquera, Suzano y Mogi das Cruzes.[10]

[10] La Cooperativa Agrícola de Cotia fue creada por 83 inmigrantes en 1927. En la actualidad posee más de 5 000 asociados. Ver *Cartilha dos Inmigrantes*, p. 16. Para un cono-

El índice de movilidad de estos grupos en el área del estado de São Paulo se podrá apreciar en el mapa 4 y en el los cuadros 4 y 4 A. Comparándose las distribuciones y posiciones de los inmigrantes en 1928 y en 1932 se observará que la región de la Mogiana (hasta entonces en descenso demográfico) creció substancialmente en números absolutos de 11 792 en 1928 a 22 681 inmigrantes en 1932. La región del Noroeste (en vertiginoso crecimiento) pasó de los 19 188 en 1928 a los 42 644 en 1932, lo que significa un aumento de más de 100%. La región del Ferrocarril Central de Brasil (en el eje São Paulo-Río de Janeiro), hasta entonces carente de población japonesa, contó con 3 867 inmigrantes. La ciudad de São Paulo y el área del litoral sur del estado siguieron creciendo progresivamente, pero sin presentar saltos bruscos.

A partir de 1931 se localizaban nuevos núcleos japoneses dedicados al cultivo del algodón en las ciudades de Lins y Birigui (Noroeste), en Marilia y Pompeia (Alta Paulista), en las colonias del bajo Tieté, en Bastos y en Assaí (Paraná).

En 1933, año de mayor entrada de inmigrantes japoneses en Brasil (24 494) se inauguró la prolongación del Ferrocarril São Paulo-Paraná hasta la ciudad de Londrina. En ese mismo año llegó al Brasil una misión industrial japonesa interesada en la compra del algodón brasileño. Se iniciaron, además, los primeros desplazamientos de inmigrantes japoneses hacia la región situada entre la Sorocabana y el Noroeste (más precisamente, en la región comprendida entre la prolongación del Fe-

cimiento del Cooperativismo de los inmigrantes japoneses en Brasil, véase también los cinco estudios sobre "O Cooperativismo na Regiao de Cotia: estudo de transplantacão Cultural", Hiroshi Saito, *Sociologia*, São Paulo, vol. XVI (3) y vol. XVII (1, 2, 3 y 4).

rrocarril de la Alta Paulista, a partir de la ciudad de Marília, y la región del Ferrocarril Noroeste), donde los japoneses, en poco tiempo, monopolizaron la producción algodonera.

En una segunda etapa de esa movilidad de los inmigrantes se podrá apreciar sus nuevos desplazamientos. Reveladora resulta la comparación del desarrollo demográfico entre los años de 1932 y 1939 (cuadros 4 y 4 A).

La región de la Mogiana pasó de 22 681 en 1932 a 15 573 en 1939. Esta disminución fue una consecuencia del decreto 22 121 de 1932 que prohibía el cultivo de café en São Paulo durante cinco años. A su vez, en la región del Noroeste el incremento fue desde los 42 664 en 1932 a los 63 365 inmigrantes en 1939; la región del Sorocabana recibió 21 793 en 1932 y 36 317 en 1939. En términos comparativos puede registrarse que se redujo la proporción de población japonesa en todas las regiones, excepto en la región algodonera de la Sorocabana, en donde aumentó en un 6.6% con relación al período de 1932.

No cabe duda que el segundo período de inmigraciones japonesas transcurrió en base a un notable dinamismo de los grupos que las integraban: se generalizaron los desplazamientos físicos. Sin embargo, el período se caracterizó principalmente por el destacado papel que desempeñó la inmigración japonesa en la producción del algodón. Mientras que en el decenio 1924/33 (cuando aún los japoneses no se dedicaban al cultivo del algodón en São Paulo), el promedio anual de exportaciones del producto fue de 18,784 toneladas, a partir de 1934, se alteró notablemente el cuadro de las exportaciones: en 1934 se exportaron 126 548 toneladas; en 1935, 138 630 toneladas; en 1936, 200 313 toneladas; en 1937, 236 181 toneladas, en 1938, 268 719

toneladas y en 1939, 323 519 toneladas.[11] En 1938, 32 000 familias japonesas cultivaban el algodón y ocupaban un área de 175 139 hectáreas que producía 394 062 toneladas (cuadro 5). O sea que la producción proveniente de los inmigrantes japoneses superó en más de 100 000 toneladas lo que había exportado el país en aquel año.

No obstante, con la aprobación del sistema de cuotas, la entrada de nuevos inmigrantes, que en 1933 había alcanzado su más alta cifra, decreció progresivamente. Al entrar en vigor la Constitución del Estado Nuevo (1937), la inmigración japonesa había ido reduciéndose paulatinamente; en 1941 se registran sólo 1 548 inmigrantes y casi en seguida cesa en definitiva la entrada de japoneses al Brasil. Solamente se restablecería a partir de la nueva autorización concedida por el Instituto Nacional de Inmigración y Colonización (INIC) en 1950.

Tercer período: 1942 hasta nuestros días (mapa 5)

Interrumpidas las relaciones con el Japón; imposibilitados de hacer cualquier pronóstico sobre su regreso rápido a la patria; impuestas una serie de medidas de control sobre los núcleos japoneses en São Paulo; cerradas prácticamente las actividades de las compañías colonizadoras y las actividades exportadoras de los japoneses, no les quedaba a los inmigrantes más remedio que ajustarse a las nuevas perspectivas, que de cierto modo habían de alterar el proceso de su movilidad espacial en Brasil.

El monopolio de la producción y exportación del algodón cae fuera del control de los japoneses: las com-

[11] Caio Prado Junior, *op. cit.*, p. 281.

pañías *Nippaku Menka, Toyo Menka* y *Nippon Menka* pierden su posición en favor de los grupos norteamericanos *Anderson Clayton* y *MacFaden*. Aun así, en 1945 los inmigrantes japoneses, concentrados principalmente en la región sur de la Noroeste y en el norte de la Sorocabana, cultivaban el 22% del área productora de algodón y trabajaban plantaciones en más de 60 municipios de esa "franja pioneira" (mapa 6), entre los que destacan los siguientes: Promissão (en la Noroeste): 59% de la producción; Birigui (Noroeste): 59%; Pereira Barreto (Noroeste): 51%; Bastos (norte de la Sorocabana): 57%; Alta Sorocabana: 30%; Marilia (Alta Paulista): 40%; Getulina (Alta Paulista): 40%; Pompeia (Alta Paulista): 40%; Rinopolis (sur de la Noroeste): 30%; Parapuá (sur de la Noroeste): 17%; Oswaldo Cruz (sur de la Noroeste): 23%; Lucélia (norte de la Sorocabana): 14%; Andradina (Noroeste): 22%; Mirandopolis (Noroeste): 22%; Valparaíso (sur de la Noroeste): 12%; Bilac (sur de la Noroeste): 21% Avanhandava (Noroeste): 18% y Penapolis (Noroeste): 19% de la producción algodonera.[12]

En términos de movilidad espacial, ciertamente afectada por una movilidad socioeconómica, los inmigrantes japoneses han participado en dos tipos de movimientos migratorios: un movimiento en el sentido *rural-urbano* y otro en el sentido *São Paulo-otros estados*.

La primera Guerra Mundial obligó al Brasil a desarrollar su aún incipiente industria. Sin embargo, la segunda Guerra definió el camino de desarrollo de esa industria en todos sus aspectos. El grupo industrial de la ciudad de São Paulo entró en un franco ascenso y los pequeños núcleos industriales de su periferia se integraron a las ciudades del *A.B.C. Paulista* (San Andrés,

[12] Pierre Monbeig, *op. cit.*, pp. 264-265.

San Bernardo y San Cayetano). La expansión industrial paulista, en São Paulo y en las ciudades fuera de los grandes ejes agrícolas, abrían las puertas a un consumo cada vez mayor de mano de obra. En 1920, el 66% de la población de San Pablo vivía de las actividades agropecuarias y sólo el 34% se vinculaba a la industria; en 1949, el 52% dependía del primer sector mencionado, mientras que el 47% vivía de la industria. En 1960 sólo el 35.6% se dedicaba a las actividades agropecuarias, mientras que el resto de la población, un 64.4%, trabajaba en la industria.

En 1932, el 93.6% de la inmigración japonesa se dedicaba a la agricultura y sólo el 6.4% a las actividades industriales y comerciales. Para 1958, el 60.7% se ocuparía en actividades agropecuarias y el 33% en actividades industriales y comerciales (cuadro 6). Estas cifras revelan que la diferencia ocupacional entre los 48 848 inmigrantes llegados entre 1952 y 1961 ayudó a que los contingentes japoneses alcanzaran cierto predominio en las ciudades.

La población de São Paulo (cuadros 4 y 4 A y mapa 7), que en números absolutos venía sufriendo un ligero crecimiento de grupos japoneses, aumenta de 12 640 inmigrantes en 1939 a 106 919 en 1958, representando este fenómeno un incremento de casi 800%. De esta manera, la capital paulista se convierte en región-líder con respecto a las otras regiones en que se distribuyen los inmigrantes japoneses.

Obsérvase igualmente un reforzamiento de los núcleos de agricultura suburbana, situados a lo largo del Ferrocarril Central de Brasil y de las principales ciudades del "cinturón verde" de la capital paulista.

El movimiento de expansión de los inmigrantes desde el estado de São Paulo hacia los demás estados se realiza en las direcciones que en seguida se indican:

de Bragança Paulista hacia el sur de Minas Gerais; siguiendo por la Central de Brasil en dirección del Valle del río Paraiba de Sur (estado de Río de Janeiro); alcanzando el extremo oeste y sudoeste del estado de São Paulo (entre el río Paranapanema y la Alta Sorocabana) llegan los inmigrantes a la ciudad de Dourados (estado de Mato Grosso) y de ahí siguen para el norte del estado de Mato Grosso (Aquidauana). Las corrientes japonesas situadas en el eje Ourinhos-Londrina pasan a ocupar el valle del río Tibagi y siguiendo por el valle del río Ivaí alcanzan el río Paraná, en el extremo oeste del estado de Paraná (1958). A partir de 1940, se establecen los principales núcleos en el "cinturón verde" de Curitiba (Paraná) y se dirigen al puerto de Paranaguá en el mismo estado de Paraná.

Al aplicarse la nueva política migratoria del INIC el Gobierno Federal distribuye a los inmigrantes de posguerra en los núcleos oficiales de colonización consignados en el cuadro 7.

En el sector de la iniciativa privada (cuadro 8), la *JAMIC* (Inmigración y Colonización) adquiere en 1956 las haciendas de "Varzea Alegre" en Campo Grande (estado de Mato Grosso), la de "Guatapará" en Ribeirão Preto (São Paulo), la de "Jacareí" en Jacareí (São Paulo), la de "Funchal" en Cachoeira de Macacu (Río de Janeiro), la de Pinhal" en Pilar do Sul (São Paulo) y la hacienda de "Santo Antonio" en Lorena (São Paulo). En 1959, *K. Adachi* adquiere la hacienda de "Goiabal" o "Sakura" en Guararema (São Paulo); en 1958 la hacienda "Gurupaí" en Dourados (Mato Grosso), la de "Mococa" en Mococa (São Paulo), la de "Nikko" en Umuarama (Paraná) y la hacienda de "Nuevo Mundo" en Ourinhos (São Paulo). En suma: un total de once nuevas haciendas adquiridas en la posguerra por grupos de japoneses y veintiún colonias

agrícolas federales; en ellas se distribuyen las inmigraciones extranjeras que llegan al Brasil durante ese período.

Réstanos una palabra sobre la población japonesa y sus descendientes *niseis* y *sanseis* en Brasil, cuyos datos del censo podemos ver en el cuadro 3. El total de los inmigrantes japoneses que entraron al Brasil desde 1908 hasta 1961 es de 237 463 personas (cuadro 1). Según los datos obtenidos por el censo del Consulado Japonés de São Paulo, realizado en ocasión del L aniversario de la inmigración japonesa (1958), los japoneses y sus descendientes *niseis* y *sanseis* alcanzaban una cifra de 546 963 personas. El dato revela que el 75.8% de la población japonesa y sus descendientes en el Brasil se encuentran establecidos en el estado de São Paulo. En lo que a población de origen japonés se refiere, el estado de Paraná ocupa un segundo lugar con 85 842 inmigrantes y descendientes, cifra que representa el 15.69% del total de inmigrantes japoneses radicados en el Brasil.

IV. LOS AGRICULTORES JAPONESES EN BRASIL

Introducción

En esta cuarta y última parte analizaremos la participación económica, social y política de la inmigración japonesa en Brasil y hasta qué punto esta participación puede revelarse y considerarse como una expresión integrada, paralela u opuesta, al proceso de desarrollo y cambio de las estructuras económicas y sociales en el Brasil.

Para exponer el tema habremos de examinar las siguientes cuestiones:

1) Si la inmigración japonesa se ha ajustado al cuadro económico brasileño y se ha insertado en él como un factor importante de la dinámica de las fuerzas productivas de la sociedad brasileña; si ha alterado las primitivas relaciones de producción y participación en las contradicciones inherentes a la estructura brasileña, puede decirse que la inmigración japonesa es un fenómeno que se integra al proceso socioeconómico de cambio en el Brasil.

2) Si esta inmigración asume una conducta sociopolítica desligada totalmente de la sociedad brasileña (como un *apartheid* o una "minoría discriminada"); si juega un papel económico aislado en el conjunto de fuerzas productivas y relaciones de producción en Brasil, será entonces un fenómeno paralelo, por no decir aislado, del proceso socieconómico de cambio.

3) Finalmente, si la inmigración japonesa se sitúa dentro del cuadro de la realidad brasileña, como fuerza económica autónoma; si como corriente socio-política representa un enfrentamiento radical al proceso de transformación que actualmente se lleva a cabo en el Brasil, podremos inferir que se trata de un fenómeno opuesto al proceso antes mencionado.

Desde el punto de vista de la política internacional, éste es uno de los aspectos menos observados, o tal vez, deliberadamente omitidos en lo que respecta al fenómeno de la inmigración. Si observamos, por ejemplo, la situación de los trece millones de chinos que radican en los diversos países del sureste asiático, considerados como minorías étnicas en el conjunto de la población, descubriremos que suscitan la franca oposición de las comunidades "nativas". Pero esta oposición, lejos de ser una oposición fundada en argumentos étnicos, religiosos, culturales o aún políticos, lejos también de tener su explicación en los índices demográficos de mortalidad o natalidad, encuéntrase fundamentalmente basada en el hecho de que las minorías chinas se oponen hoy al proceso de cambios sociales porque detentan las riquezas. Podríamos afirmar, por consiguiente, que si la capacidad de absorción de la población de inmigrantes en un país estuviera en función inversa de su densidad demográfica, la viabilidad de las inmigraciones dentro de ese mismo país estaría en función directa de la capacidad de integración de los inmigrantes al proceso de transformaciones sociales.

Estructura del sector agrario en São Paulo

Orígenes y desarrollo del sistema de tenencia de la propiedad agrícola en São Paulo

La *sesmaria* del período colonial consistía en el otorgamiento jurídico de títulos por parte de la Corona de Portugal. Estos títulos garantizaban el derecho de usufructo a quienes se comprometieran a explorar grandes extensiones de tierra. La implantación de este sistema constituyó la raíz de la propiedad rural en Brasil.

Más tarde, los títulos acreditaron a sus poseedores como legítimos propietarios. A partir de esta institución colonial pudo establecerse la diferencia entre tierras con propietario y tierras *devolutas* (es decir, terrenos de baldío). En base en la *sesmaria* surgió la poderosa clase de los *fazendeiros do café*, grupos que ocuparon la región del valle del río Paraiba (Bananal, Areias, Lorena, Guaratinguetá, Taubaté), la región de Piracicaba e Itu y, finalmente, el eje comprendido entre Campinas, Limeira y Casa Branca. A ese grupo pertenecían las familias tradicionales de la aristocracia rural paulista: los Prado, los Queiroz, los Queiroz Telles, los Toledo Piza, los Alves de Lima, etc.

Al inaugurar la *marcha pioneira* en la segunda mitad del siglo pasado, los Almeida Prado y los Toledo Piza salieron desde Itu y Capivari rumbo a regiones que, por una parte, revelaban la existencia de *terra roxa* y, por otra, no presentaban mayores dificultades para su proceso de legalización en el futuro.

Sin embargo, a diferencia de ese primer grupo, la etapa siguiente de la *marcha pioneira* consistió en la ocupación de tierras del oeste paulista a través de los *grileiros*. A éstos les interesaba la calidad del terreno

y no les preocupaba su carácter propiamente legal. Por eso se explica que en ese período los grandes hacendados y las familias tradicionales de los plantadores de café hayan evitado expandirse por las regiones *griladas:* preferían evitar las dificultades jurídicas que implicaba la legalización de aquellas propiedades.

Para 1900, al final de la primera fase de la marcha hacia el oeste paulista, surgieron los vendedores de tierras, predecesores de las grandes compañías fraccionadoras. Por lo general, la especulación inmobiliaria surgía en la culminación de las crisis cafetaleras paulistas. Como no podía hacerle frente a esas crisis, el hacendado se veía obligado a fraccionar su propiedad y retirarse a la ciudad. Por otra parte, en la medida en que se resolvían los conflictos y las disputas en torno a la legalización de propiedades *griladas,* los vendedores y las compañías colonizadoras compraban estas tierras para dividirlas en pequeños *sitios* de más o menos 24 hectáreas cada uno. Los inmigrantes japoneses se hacen propietarios precisamente de este tipo de *sitios* (24 hectáreas de promedio) durante los recesos en las crisis del café, o bien en sus momentos más agudos. Son los momentos que coinciden con la apertura de nuevos frentes por las compañías fraccionadoras. Es el tipo de tenencia usual en la región del ferrocarril del Noroeste paulista.

En resumen: la tenencia de la tierra en São Paulo se caracterizó por tres grandes movimientos de expansión *pioneira* dirigidos por los *fazendeiros do café,* por los *grileiros* y, finalmente, por las compañías fraccionadoras. A partir de la *sesmaria,* la división de la propiedad pasó por sucesivas etapas: las grandes haciendas de las zonas viejas fueron divididas en pequeñas haciendas; otras se fraccionaron frente al impacto de las crisis del café. En aquellos lugares en donde no existía la pro-

piedad tradicional, surgieron grandes *glebas* que dieron origen al sistema de fraccionar en pequeñas y medianas propiedades. En la actualidad, la ocupación y aprovechamiento de las tierras de São Paulo ofrece la siguiente configuración (cuadro 9).

División de la propiedad agrícola en São Paulo

La estructura agraria brasileña se apoyaba en el latifundismo. Según las características del desarrollo económico de la región, debiera considerarse a São Paulo ajeno al latifundismo, pues, por una parte, las relaciones de tipo capitalista intervinieron de manera decisiva durante las primeras etapas de su desarrollo agrícola; por otra parte, era de esperarse que los grupos de inmigrantes extranjeros forzaran y aceleraran la división de la propiedad latifundista, ya que el inmigrante buscaba, ante todo, obtener su propia parcela de tierra. Sin embargo, las estadísticas oficiales revelan que, en la actualidad, la concentración de la propiedad agrícola en el estado de São Paulo presenta índices superiores a los nacionales. De hecho, para el año de 1950 se estimaba para São Paulo una población activa (más de 10 años de edad) de 6 191 114 habitantes. A su vez, la Secretaría de Agricultura del Estado informaba que la población rural era de aproximadamente 1 500 000 habitantes así distribuidos (cuadro 10).

Esto significa que en São Paulo el 74.8% de la población agrícola (1 117 000) no poseía tierras en 1950 y que sólo el 25.2%, o sea 378 000 habitantes, era de propietarios. Más del 55% de la superficie de las tierras ocupadas está concentrado en manos de propietarios que pueden calificarse de "latifundistas", considerando que en el estado de São Paulo el latifundio abarca propiedades de 300 y más hectáreas. En 1956,

en el estado había 243 334 propietarios para una superficie de 23 674 000 hectáreas. Las propiedades estaban distribuidas de la siguiente manera (cuadro 11).

Puede observarse que en estos cálculos no se tomaron en cuenta los 60 614 propietarios con menos de tres hectáreas. Podría concluirse, por tanto, que 12 802 propietarios, o sea el 5.3% de la población agrícola, detentaban 13 671 000 hectáreas, es decir, el 57.8% del área total del estado. Por otra parte, los 195 836 propietarios de tierras hasta de 30 hectáreas (dos terceras partes de la población agrícola del estado) ocupaban apenas 2 013 000 hectáreas, que representaban menos del 10% del área total del estado.

Considerando el proceso natural de diferenciación de clases y de grupos, y con base en el actual sistema de tenencia de la propiedad, la población agrícola de São Paulo presentaría la siguiente configuración: los latifundistas estarían representados por 12 802 propietarios, es decir, por el 5.3% de la población agrícola del estado; los agricultores ricos (propietarios de 100 a 300 hectáreas) estarían representados por los 25 584 propietarios que ocupan un área de 4 285 000 hectáreas de la cual el 22.5% es de tierras cultivadas, el 13.6% de bosques y el 50% de pastos. Habría que tomar en cuenta que, de acuerdo a cada zona específica del estado, se consideran agricultores ricos también a aquellos que son propietarios de 30 a 100 hectáreas. Los agricultores medianos, propietarios de 3 a 10 hectáreas, estarán representados por los 48 307 agricultores que ocupan 288 000 hectáreas; es decir, corresponderían al 20% de la población rural. Los campesinos pobres quedarían situados entre aquellos con menos de tres hectáreas (en 1956 llegaban a ser 60 614 propiedades que hacían un total de 60 000 hectáreas). Finalmente, el proletariado rural, formado por asalariados del campo, jorna-

leros, colonos y destajistas, estaría representado por 599 000 personas, o sea más del 50% de los campesinos pobres del estado de São Paulo (1 117 000).

Los ciclos de producción en el campo

El ciclo del café, considerado como el origen de la riqueza y del desarrollo capitalista de São Paulo, experimentó algunos puntos de coincidencia con el ciclo de la caña de azúcar del nordeste brasileño. Sin embargo, las diferencias se hicieron más notables a medida que en São Paulo fueron organizándose tanto los centros productores como los centros de exportación del café. La riqueza que se generaba en la producción y exportación simultáneas del producto, retenida casi exclusivamente por el grupo paulista, servía para revitalizar el propio sector del café, además de permitir la aplicación de los excedentes del capital en nuevos sectores de la industria, del comercio y de las finanzas de São Paulo. Gracias a ese doble mecanismo de circulación del capital, se modificaban las estructuras vigentes en el seno de las fuerzas productivas; asimismo surgían nuevas formas de relaciones de trabajo. Por otra parte, la política de inversiones en la ciudad sentaba las bases del desarrollo del sector burgués, industrial y financiero.

A su vez, el desarrollo de la economía algodonera, por su importancia en el comercio de exportación, vino a representar importante papel en el equilibrio de la balanza exterior, cuya diversificación significaba siempre un factor positivo frente a crisis no-globales de la economía mundial. Además, el avance de ese nuevo sector de la economía agrícola paulista contribuyó para acelerar el proceso de industrialización a través de la industria textil. Al igual que la del café, la producción de algodón propició, a partir de los años veinte, el sur-

gimiento de nuevos elementos de explotación capitalista en el campo. De ahí en adelante, el café y el algodón desempeñarían papeles similares en el desenvolvimiento de la economía paulista, además de ofrecer un mecanismo de compensación más estable en las pérdidas y ganancias que resultaban de las oscilaciones de la Bolsa en el mercado de Santos.

Para dibujar un cuadro más completo, cabría mencionar el desarrollo de la ganadería, actividad que pasó a ocupar las tierras que anteriormente habían sido objeto de explotación agrícola. Los ranchos ganaderos se situaban en la región norte y noroeste del estado y la ciudad de Barretos era, y aún lo es, la capital ganadera del estado de São Paulo.

Mientras tanto, el propio desarrollo industrial y el acelerado proceso de urbanización se reflejaban directamente en el surgimiento de la producción agrícola del *cinturão verde*. La de este sector, a diferencia de la agricultura de subsistencia, tenía por objeto el abastecimiento de los mercados urbanos. Gracias a ella se desarrolló el cooperativismo agrícola en las principales ciudades-satélite de la zona industrial paulista.

A esos ciclos de la economía rural de São Paulo, parte integrante de su desarrollo económico, estuvo supeditada la configuración de las clases y de los grupos sociales, cuya base económica dependía directamente de la agricultura del café, del algodón, de los cultivos del *cinturão verde* y, más tarde, de la economía azucarera.

En las grandes propiedades cafetaleras nació el *colonato*, cuyas relaciones fueron profundamente alteradas con la llegada de los inmigrantes extranjeros a las haciendas de café. Del *colonato* surgió, por una parte, el *formador de café*, primer paso hacia el *status* del pequeño propietario y, por otra parte, el asalariado agrícola. Por su parte, la economía del algodón dio origen a

la pequeña propiedad en el frente *pioneiro*, en cuyas plantaciones predominaron las relaciones de arrendamiento. Por lo general, los inmigrantes japoneses y los emigrados del nordeste brasileño constituyeron la mayoría de los pequeños propietarios y arrendatarios de ese sector.

La economía ganadera intervino como elemento primordial en la concentración de la propiedad de la tierra en la parte norte y noroeste del estado; fue esta actividad la que unificó antiguas haciendas cafetaleras y la que hizo que se exploraran grandes extensiones de terreno en la región limítrofe con el "Triángulo Mineiro" (región del estado de Minas Gerais). Desde el punto de vista de las relaciones de trabajo en el campo, el ciclo ganadero actuó sobre todo en el sentido de abastecer de mano de obra a las ciudades en que se desarrollaba la industria de la carne y sus derivados o, incluso, a otras regiones de cuño acentuadamente agrícola.

De manera parecida al ciclo ganadero, surgieron en el interior paulista importantes centros azucareros. Esta actividad ocupó zonas que otrora se dedicaban a la producción del café. Alrededor de Piracicaba y de la Mogiana se estableció la gran propiedad del *usineiro* con la característica de aglutinar en su periferia una cantidad considerable de pequeñas parcelas de tierra, cuyos propietarios formaban el grupo de plantadores y abastecedores de los ingenios de azúcar. El establecimiento de las *usinas* azucareras en esa región intensificó las relaciones de tipo capitalista con el consecuente incremento de un importante sector netamente proletario.

Finalmente, la agricultura de tipo suburbano, formada por la pequeña y mediana propiedad, dio lugar a una forma de explotación que se racionalizó a través del sistema de cooperativas de productores agrícolas que, en

la actualidad, coordina y controla casi toda la producción dedicada al consumo de las ciudades más pobladas e industrializadas de São Paulo.

Los agricultores japoneses en la estructura agraria de São Paulo

En páginas anteriores hemos afirmado que la inmigración japonesa en Brasil, principalmente en São Paulo, con mayor intensidad que las inmigraciones europeas, siguió el camino de ocupar las tierras y desarrollar las relaciones de producción. Por tanto, se puede entender la historia del proceso de desarrollo de São Paulo hasta la época actual, a través del estudio del comportamiento y del desenvolvimiento de las etapas de movilidad espacial, ocupacional y de *status* de esas inmigraciones en São Paulo.

Un primer examen nos lleva a concluir que la población japonesa de São Paulo, considerada desde el punto de vista ocupacional, ha pasado por un proceso de urbanización más acentuado que el de la población del estado.

El cuadro 12 presenta algunos aspectos de la movilidad de *status* de los agricultores japoneses en diferentes épocas. Los datos, proporcionados por el profesor Saito, se relacionan con el proceso de ocupación y división de la propiedad agrícola.

Podemos, ahora, hacer algunas consideraciones y sacar conclusiones: hasta 1952 hubo una sensible disminución del número de asalariados agrícolas y un notable aumento de los propietarios rurales. En el período 1952-1958 hubo una apreciable caída del número de "arrendatarios" (semiasalariados) que, hasta entonces, registraban una disminución en favor del grupo de los pro-

pietarios, los cuales habían representado desde un 15.8% en 1952 a un 40.3% en 1958.

El cuadro 13 nos permite hacer la misma observación, excluyéndose el sector suburbano. Los datos revelan, por ejemplo, que en el sector del interior, hasta 1952, el número de propietarios japoneses aumentó al incorporarse en sus filas contingentes de la categoría "arrendatarios", grupo que había sufrido un descenso. De 1927 a 1958, los asalariados agrícolas, que al principio representaban el 47%, pasaron al 2% en 1958, lo que demuestra un cambio del *status* del asalariado en favor de la categoría de semiasalariado o "arrendatario". No obstante, para el año de 1958 los propietarios habían disminuido al igual que los trabajadores agrícolas, fenómeno que, en consecuencia, representa un notable aumento de la categoría arrendatarios. El hecho puede interpretarse como una progresiva proletarización del inmigrante japonés, cuya tendencia general había consistido en penetrar en la categoría de los propietarios agrícolas.

En nuestro intento de relacionar la inmigración japonesa con el sistema de tenencia de la tierra en São Paulo podríamos obtener algunos resultados positivos a partir de un examen de los porcentajes que obtuvo el profesor Saito a través de una muestra del tamaño de las propiedades agrícolas entre los inmigrantes japoneses.[1] Con respecto a la población japonesa y sus descendientes en São Paulo (313 669 en 1958) se podría calcular que el 60% (188 196) se dedicaban a actividades del sector primario. De esta población rural (188 196), el 57% pertenecería a la categoría de propietarios (108 380) y el 43% a la categoría de campesinos sin tierra (79 816). Al aplicarse los índices de porcentaje de tenencia de la tierra, podría inferirse que

[1] Hiroshi Saito, *op. cit.*, p. 184.

en 1952 el 60% de los propietarios agrícolas poseía tierras cuyo tamaño promedio variaba entre 12 y 48 hectáreas. Es decir, 65 028 inmigrantes y sus descendientes pertenecerían a la categoría "clase media rural". Asimismo, tan sólo el 2% de los propietarios (2 166) caería dentro de la categoría "latifundistas" con propiedades de 240 a 480 hectáreas. Los restantes 32 000 propietarios (tierras de 48 a 240 hectáreas) se situarían en la clase media rural y en el grupo de campesinos ricos. Como el estado de São Paulo, según datos de 1956, tenía 156 524 propietarios de tierras (10 a 100 hectáreas), resulta fácil deducir la elevada proporción que representarían en esa cifra los 65 028 medianos propietarios japoneses.

Los agricultores japoneses en el marco del proceso global de la sociedad paulista

A partir del análisis anterior podemos elaborar algunas conclusiones útiles para entender la situación y el grado de participación de la inmigración japonesa en el proceso de desarrollo global de la sociedad paulista y, por ende, de la sociedad brasileña.

El inmigrante japonés, lejos de pertenecer a la categoría de los grandes terratenientes, se aproxima más al grupo de propietarios que constituyen una clase media rural. Sin embargo, parece ser que ese grupo sufrió un proceso de proletarización a partir de 1952. Ese sector intermedio, que en 1952 agrupaba al 79% de propietarios, pasó al 58% en 1958 en provecho del porciento de los arrendatarios, grupo que durante los mismos años aumentó del 11% al 38%.

El sistema de tenencia de la tierra en São Paulo, al diferir poco del que prevalece en el resto del país, pre-

senta los mismos obstáculos en lo que se refiere a la concentración y al monopolio de la propiedad por los latifundistas. En realidad, la estructura latifundista de tenencia en São Paulo, a pesar de una mayor interrelación con el desarrollo capitalista de los sectores urbanos e industriales, no deja de engendrar, y hasta de preservar, elementos que son en sí un obstáculo al propio desarrollo capitalista. Esa estructura guarda, en buena medida, una correspondencia con el desarrollo y la agudización de contradicciones en el seno de la agricultura paulista y al nivel global de la sociedad.

Parece ser que en el escenario de las contradicciones existentes en el campo, el inmigrante japonés y sus descendientes desempeñaron el papel de amortiguadores. De alguna manera intervino en las tensiones socioeconómicas. De hecho, el porcentaje de 87% de inmigrantes japoneses (que en 1927 eran considerados campesinos pobres) sufrió un ininterrumpido descenso hasta alcanzar la cifra de 20% en 1952. Es decir, el inmigrante japonés, sin proletarizarse, pero tampoco sin ajustarse a la clase de los grandes propietarios, se insertó en la clase media rural. Es este sector el que tiene la función de amortiguar el enfrentamiento de los grandes propietarios latifundistas con el campesinado sin tierra. Actúa como amortiguador en la medida en que atenúa la agudización de contradicciones, poseyendo una elevada proporción de área cultivada en relación con las pequeñas y grandes propiedades. Por otra parte, ofrece los más altos porcientos del valor total de la producción agrícola y ofrece uno de los más acusados índices de rendimiento por hectárea cultivada.

Las causas de esa rápida movilidad ascensional en el seno de las inmigraciones japonesas en Brasil podrían situarse al nivel de la psicología original del inmigrante y en el marco de los propios objetivos del go-

bierno y de las empresas privadas del Japón con respecto a los propios inmigrantes.

El inmigrante había llegado al Brasil con el propósito de ahorrar al máximo y regresar al Japón. Este condicionador psíquico fue el motor que lo impulsó a desarrollar una excesiva movilidad espacial. El deseo de ganar grandes cantidades de dinero lo obligó a salir del círculo cerrado y sin perspectivas económicas del *colonato*, e irse en busca de un nuevo *status*, ya fuera como arrendatario, aparcero o formador de cafetal. Al apartarse de los sectores y esferas de influencia de las antiguas haciendas de café, el inmigrante japonés se alejó de la órbita de relaciones de trabajo semiesclavistas que todavía existían en aquella región. Al alcanzar el frente *pioneiro* consiguió, mediante una intervención masiva y dinámica, imponer un nuevo tipo de relaciones de trabajo.

Al insertarse en un régimen de economía y ahorro forzados, llevó una vida modesta como *formador de café*. Después se hizo pequeño propietario y, en consecuencia, contribuyó en el parcelamiento y fraccionamiento de la propiedad en las zonas recién abiertas del noroeste de São Paulo.

Sin embargo, no fueron suficientes estos factores de orden intrínseco o de naturaleza psíquica. Algunas circunstancias de orden externo habrían de intervenir para que el inmigrante hiciera frente al proceso natural de proletarización de los pequeños y medianos propietarios, amagados por una estructura general latifundista y por el monopolio de la producción y de la exportación agrícola que ejercían unos cuantos.

En realidad hay un factor que consideramos de suma importancia para entender la supervivencia de la inmigración japonesa como clase media rural. Recuérdese que las inmigraciones fueron financiadas por el go-

bierno japonés a partir de 1925 y que a partir de esta fecha coincidieron en Brasil los intereses de los empresarios japoneses y del gobierno japonés: surgieron empresas de compañías colonizadoras, se emprendió la compra de haciendas cafetaleras, se impulsaron el cultivo intensivo y extensivo del algodón, se monopolizaron la producción y la exportación de ese producto. En suma: a la dinámica de la actividad psicológica ("éxito rápido") se agregaron la ayuda económica externa y el apoyo al desarrollo de la inmigración.

Al estallar la segunda Guerra Mundial el inmigrante se sintió aislado de su país. Ya no tenía motivos para sostener la psicología del "éxito rápido" y del "regreso a la patria". Además, carecía del apoyo financiero y económico de las empresas que habían representado los intereses japoneses en Brasil. De ahí en adelante, el inmigrante japonés quedó inmerso en el proceso de urbanización y tuvo que hacer frente por sí solo a las presiones del latifundio sobre la pequeña y mediana propiedad. Hubo, igualmente, de enfrentarse a los monopolios que controlaban las exportaciones agrícolas, etc. Es a partir de ese momento cuando el inmigrante japonés, como clase media rural, fue ajustándose al proceso de radicalización social, el cual produciría una progresiva disminución del grupo como integrante de la clase media rural y su incorporación al sector proletario.

El desarrollo político del sector rural y la participación del inmigrante japonés

Para hacer más clara la relación entre el fenómeno de proletarización y el proceso de radicalización política en el sector rural, sería conveniente presentar, aun-

que de manera somera, el cuadro general de la evolución política del medio rural brasileño.

El desarrollo político brasileño ha sido un reflejo de la propia estructura económica del país. Ahora bien, esta estructura no ha sido la misma desde el período colonial, sino que ha sufrido cambios por la acción e interrelación de factores externos, o bien por factores generados por las mismas condiciones objetivas en el transcurso de la historia global de la sociedad brasileña.

El ciclo cafetalero y la industrialización del Centro-Sur a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cambiaron la polaridad del desarrollo y han dado una línea política casi definitiva al Brasil actual: la instauración de una república controlada por la oligarquía del café.

En el Nordeste, el movimiento de *canudos* (1897), bajo el liderato de Antonio Conselheiro, junto con los movimientos de sus contemporáneos (Padre Cícero, Lampeão, Beato Lourenzo y otros) ofrecen al historiador la primera manifestación seria de un movimiento de masas oprimidas. Estos grupos, al desconocer los factores que originan y condicionan su desnutrición, analfabetismo y miseria, atraviesan el *sertão* brasileño en busca de una solución que su ideología, arcaica y primitiva, había puesto en el milenio divulgado y alimentado por sus líderes. Ese movimiento de masas campesinas significó la *señal manifestativa* de factores en fermentación, los cuales anunciaban cambios en el seno de la sociedad brasileña. En realidad, estos movimientos no entorpecieron su fidelidad a la historia sino que fueron los portavoces de una ideología que resulta primitiva por carecer de un sistema más racional de ideas para iniciar una revolución.

A su vez, en el centro-sur del país, surgieron movimientos de clase media bajo la dirección de un grupo

de tenientes del ejército que, al situarse fuera de las luchas entre los intereses de la oligarquía rural que controlaba el poder económico y político, sentían en carne propia las consecuencias de la acción política, económica y social de la oligarquía. Con los instrumentos proporcionados por su inconformidad y con alguna preparación militar, pero carentes de una ideología revolucionaria, hicieron estallar varias revueltas, como es el caso de la célebre "Columna Prestes" (1924).

El desarrollo industrial se generaliza a partir de los años veinte y, como hemos visto, se relaciona bastante estrechamente con el sector agrario paulista. Este fenómeno propicia factores más radicales que se encargarán de poner en marcha movimientos organizados entre obreros y campesinos. Por su parte, el propietariado urbano se separará de la estructura corporativa del estado Nuevo de Vargas y, a partir de la posguerra, se hará presente en el escenario político como fuerza organizada y con el claro propósito de actuar en el proceso de cambio de la sociedad brasileña. En etapas posteriores, también como resultado del desarrollo y la confrontación de los elementos del capitalismo en marcha, se iniciará la organización de las masas campesinas. La primera etapa se identifica con el modelo del sindicalismo urbano. No obstante, por carecer de protección legal y por estar fuera de la legislación del trabajo, los campesinos organizados en asociaciones de asalariados agrícolas y de arrendatarios con ojetivos más defensivos que ofensivos, iniciaron una movilización general dentro de los límites asignados por el Código Civil, por la Constitución de 1946 y por algunos párrafos de las Leyes del Trabajo.

La agudización de determinadas condiciones que ya existían en el sector agrario, principalmente en el nordeste brasileño, significaron el inicio de una segunda etapa que se caracterizó por la movilización y agitación

de las masas campesinas. Este nuevo tipo de movimiento culminó con la formación de las "Ligas Campesinas" del nordeste, bajo la dirección de Francisco Julião.

A partir de 1955, el movimiento campesino (sea organizativo, sea de agitación y movilización en gran escala) se generalizó en todo el país. El movimiento culminó, años más tarde, con la instauración de un organismo oficial para la Reforma Agraria y con la Ley del "Estatuto del Trabajador Rural". Esto implicaba una política de abierto compromiso por parte del gobierno federal que, en realidad, pasó a ofrecer protección y apoyo oficiales a la organización de sindicatos rurales en todo el país.

No obstante, si por una parte, el proletariado urbano y, principalmente el rural se organizaba y radicalizaba, por otra parte, los intereses claramente amenazados del latifundio se movilizaron y ofrecieron una contrapartida igualmente radical a través de sus propios organismos clasistas, dirigidos por la Confederación Rural Brasileña.

Así se configuraban y se definían en el sector rural dos líneas de choque dentro del proceso político del país: por un lado, los campesinos, organizándose, movilizándose y agitándose con el propósito de destruir una estructura agraria predominantemente latifundista y, por el otro, la clase de los hacendados y latifundistas, también en vías de organización, de movilización y de radicalización para realizar la defensa intransigente de una estructura agraria latifundista y arcaica.

Cabría ahora definir en ese proceso político el papel que desempeñarían las clases medias rurales; pues ni participaban en el sistema latifundista de tenencia de la tierra ni pertenecían al proletariado rural. Se observó, incluso, que estos estratos medios de propietarios rurales se situaban en una posición de equilibrio entre el lati-

fundio (cuyos índices económicos estarían representando un obstáculo al desarrollo) y los semiasalariados y asalariados agrícolas (cuyos índices económicos representaban un obstáculo para su propia supervivencia y a la vez significaban un factor negativo para el desarrollo). Estos últimos no ofrecían posibilidades de incrementar el mercado de consumo.

Ajenos a la lucha existente entre campesinos sin tierra y latifundistas, los elementos de la clase media rural difícilmente podían entender que el proceso de concentración de la propiedad en Brasil los excluía a causa del monopolio ejercido por los grandes propietarios en el mercado agrícola. Se les dificultaba cada vez más conservar su margen de viabilidad económica como clase media. En esta situación estaría la explicación del fenómeno de la proletarización inconsciente pero efectiva de los sectores medianos en el campo.

Dada su posición económicamente inestable e, incluso, continuamente amenazada, esa clase media rural podía, a través de un proceso de toma de conciencia política, aliarse con el sector asalariado y semiasalariado agrícola, en cuanto que ambos estarían, de hecho, bajo la explotación de un mismo latifundio. Pero por paradójico que parezca, frente a la radicalización existente en el campo, la clase media rural, en términos de posición política, tiende a defender los intereses del latifundista contra los del campesino sin tierra. De hecho, esa duplicidad de actitudes ha sido hábilmente explotada por el latifundista en la preservación del *statu quo* de la estructura agraria brasileña.

En esos términos, dado que la inmigración japonesa y sus descendientes en Brasil estarían tipificados en esos sectores intermedios, fácilmente se puede deducir su papel en la vida política del país. En realidad, mientras no les afecte de manera más directa y global el fe-

nómeno de la proletarización, los inmigrantes japoneses y sus descendientes se alinearán en el frente político conservador y tenderán a considerarse aliados, aunque provisionales, de los grandes terratenientes. Se considerará provisional su actitud dado que también lo será su situación económica, característicamente inestable. Con todo, hay que hacer hincapié en el hecho de que el agricultor japonés estaría entre los últimos grupos afectados por la proletarización, pues debe tomarse en cuenta la interferencia de factores externos, provenientes de la ayuda económica de organizaciones oficiales y privadas japonesas instaladas en el Brasil en la posguerra.

La estructura socio-cultural propia de los inmigrantes japoneses no puede constituir por sí misma un arma suficiente para que estos grupos se encuadren definitivamente a la vanguardia del cambio socio-político en Brasil. Esto se debe a que la estructura agraria del Japón, como hemos visto en la primera parte, no aporta *mutatis mutandis* nuevos datos para la solución del problema. La estructura agraria japonesa participa hasta cierto punto de las características fundamentales de la estructura agraria brasileña y principalmente del sistema de relaciones de trabajo.

En cuanto fuerza política, o expresión político-partidaria, los descendientes de los inmigrantes japoneses no poseen ningún ideario original. Encuéntranse afiliados a los partidos conservadores brasileños y su filiación a las corrientes de extracción popular es muy reducida comparada con el número notable de *niseis* y *sanseis* que actúan en la política como "vereadores municipales", "alcaides", "diputados de Estado" o "diputados federales", o sea en la esfera más alta de la política brasileña.

Para concluir, volvemos al punto de vista inicial,

cuando deseábamos saber hasta qué punto la inmigración japonesa y sus descendientes en Brasil se revelan como una expresión integrada, paralela u opuesta al proceso brasileño: podemos afirmar que se trata de un grupo cuyos miembros están integrados en la vida brasileña, insertos en el escenario de las actuales contradicciones económico-sociales del país y que en el presente desempeñan un papel cuyos términos de radicalización política no puedan ser definidos, pues quedan situados en las llamadas clases medias rurales y urbanas.

Cuadro 1

Entradas de los japoneses en Brasil (1908-1961)

Período I		*Período II*		*Período III*	
Año	*Inmigrantes*	*Año*	*Inmigrantes*	*Año*	*Inmigrantes*
1908	830	1926	8 407	1946	6
1909	31	1927	9 084	1947	1
1910	948	1928	11 169	1948	1
1911	28	1929	16 648	1949	4
1912	2 909	1930	14 076	1950	33
1913	7 122	1931	5 632	1951	106
1914	3 675	1932	11 678	1952	261
1915	65	1933	24 494	1953	1 928
1916	165	1934	21 930	1954	3 119
1917	3 899	1935	9 611	1955	4 051
1918	5 599	1936	3 306	1956	4 912
1919	5 022	1937	4 557	1957	6 147
1920	1 013	1938	2 524	1958	6 586
1921	840	1939	1 414	1959	7 123
1922	1 225	1940	1 268	1960	7 749
1923	895	1941	1 548	1961	6 824
1924	2 673	1942	–		
1925	6 330	1943	–		
		1944	–		
		1945	–		
Total período I	41 629	Total período II	147 346	Total período III	48 851
Total acumulado	–	Total acumulado	188 615	Total acumulado	237 466

Fuente: Instituto Nacional de Inmigración y Colonización (INIC), en: *Emigração japonesa no Brasil*, Consulado General del Japón. São Paulo, 1964, p. 6.

Cuadro 1 A

ENTRADAS DE LOS INMIGRANTES JAPONESES EN BRASIL (1908-1961)

Período I		*Período II*		*Período III*	
Año	*% de los cuatro períodos*	*Año*	*% de los cuatro períodos*	*Año*	*% de los cuatro períodos*
1908	0.34	1926	3.54	1946	0.00
1909	0.01	1927	3.82	1947	0.00
1910	0.40	1928	4.70	1948	0.00
1911	0.01	1929	7.01	1949	0.00
1912	1.22	1930	5.92	1950	0.01
1913	3.00	1931	2.37	1951	0.04
1914	1.54	1932	4.91	1952	0.10
1915	0.02	1933	10.31	1953	0.81
1916	0.06	1934	9.23	1954	1.31
1917	1.64	1935	4.04	1955	1.70
1918	2.35	1936	1.59	1956	2.06
1919	1.27	1937	1.91	1957	2.58
1920	0.42	1938	1.06	1958	2.77
1921	0.35	1939	0.59	1959	3.00
1922	0.51	1940	0.58	1960	3.26
1923	0.37	1941	0.65	1961	2.87
1924	1.12	1942	—		
1925	2.66	1943	—		
		1944	—		
		1945	—		
Total período I	17.38	Total período II	62.05	Total período III	20.57
Total acumulado	—	Total acumulado	—	Total acumulado	100.00

Fuente: Instituto Nacional de Inmigración y Colonización (INIC), en: *Emigração japonesa no Brasil*, Consulado General del Japón. São Paulo, 1964, p. 6.

Cuadro 2

CUOTA ANUAL LEGAL Y ENTRADAS EFECTIVAS DE LOS PRINCIPALES PAÍSES DE EMIGRACIÓN EN BRASIL

Año	*Alemania*	*España*	*Italia*	*Japón*	*Portugal*
	Cuota: 3 068	Cuota: 11 374	Cuota: 28 066	Cuota: 2 848	Cuota: 22 854
1935	2 423	1 206	2 127	9 611	9 327
1936	1 226	355	462	3 306	4 626
1937	1 642	1 150	2 946	4 557	11 417
1938	2 348	200	1 882	2 524	7 435
1939	1 975	174	1 004	1 414	15 120
1940	1 155	409	411	1 268	—
1941	458	125	89	1 548	—
1942	9	37	3	—	—
1943	2	9	1	—	—
1944	—	30	3	—	—
1945	22	74	180	—	—
1946	174	203	1 059	6	—
1947	561	653	3 284	1	—
1948	2 308	965	4 437	1	—
1949	2 123	2 197	6 352	4	—
1950	2 650	3 581	7 091	31	—

Fuente: *Anuário Estadístico do Brasil*, 1951. *L'Immigration au Brésil* F. B. Ávila, p. 66.

Nota: a partir de 1939, los portugueses son excluidos del régimen de cuotas.

Cuadro 3

Distribución de los inmigrantes Japoneses y sus descendientes en Brasil (año 1958)

Unidades de la Federación	*Población*	*%*
Brasilia (DF)	1 750	0.32
São Paulo	415 000	75.87
Paraná	85 842	15.69
Santa Catarina	236	0.04
Río Grande do Sul	2 387	0.43
Mato Grosso	12 500	2.28
Goias	1 500	0.27
Minas Gerais	2 000	0.36
Río de Janeiro	4 000	0.73
Guanabara	1 500	0.27
Espirito Santo	100	0.01
Bahía	896	0.16
Sergipe	5	0.00
Alagoas	26	0.00
Pernambuco	346	0.06
Paraiba	30	0.00
Río Grande do Norte	101	0.01
Ceará	39	0.00
Piaui	15	0.00
Maranhão	191	0.03
Pará	5 991	1.09
Amapá	65	0.01
Amazonas	1 531	0.28
Roraima	93	0.01
Acre	75	0.01
Rondonia	131	0.02
Total	546 963	100.00

Fuente: Censo realizado por el Consulado General de Japón en São Paulo, 1958.

Cuadro 4

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE ORIGEN JAPONÉS EN EL ESTADO DE SÃO PAULO (1923-1958)

Zonas	*1923*	*1928*	*1932*	*1939*	*1958*
(*)					
1. São Paulo y suburbios	3 037	4 165	5 137	12 640	106 919
2. Central de Brasil	—	—	3 006	3 867	18 256
3. Litoral Sur	5 796	7 021	10 031	12 264	22 038
4. Mogiana	12 651	11 792	22 681	15 575	5 368
5. Araraquara	672	3 014		8 104	13 139
6. Noroeste	9 047	19 188	42 664	65 365	45 316
7. Paulista	674	2 565	18 451	13 101	18 992
8. Alta Paulista	—	—	—	21 830	51 955
9. Sorocabana	2 830	5 900	21 793	36 317	32 686
Total	34 707	53 645	123 763	187 061	313 669

Fuente: *O Japones no Brasil*, de Hiroshi Saito, p. 160.

(*) Las zonas siguen el sistema de ferrocarriles en el estado de São Paulo.

Cuadro 4 A

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DE ORIGEN JAPONÉS EN EL ESTADO DE SÃO PAULO EN PORCIENTOS (1923-1958)

Zonas	*1923*	*1928*	*1932*	*1939*	*1958*
(*)					
1. São Paulo y suburbios	8.8	7.8	4.2	6.7	34.1
2. Central de Brasil	—	—	2.4	2.1	5.8
3. Litoral Sur	16.7	13.1	8.1	6.6	7.0
4. Mogiana	36.4	22.0	18.3	8.3	1.7
5. Araraquara	1.9	5.6	—	4.3	3.9
6. Noroeste	26.1	35.7	34.5	33.9	14.4
7. Paulista	1.9	4.8	14.9	7.0	6.6
8. Alta Paulista	—	—	—	11.7	16.6
9. Sorocabana	8.2	11.0	17.6	19.4	10.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: O Japones no Brasil, de Hiroshi Saito, p. 160.

(*) Las zonas siguen el sistema de ferrocarriles en el estado de São Paulo.

Cuadro 5

Producción de algodón en São Paulo por los agricultores japoneses (1932 y 1938)

(Toneladas)

Regiones	*1932*	*1938*
Sorocabana	11 467 695	93 252 500
Paulista y Alta Paulista	4 566 165	133 492 500
Araraquara	5 931 075	43 515 000
Douradense	3 317 870	28 296 000
Noroeste	2 179 695	46 872 000
Mogiana	229 170	29 497 500
Otras	41 400	3 064 500
Total	27 732 510	394 062 750

Fuente: Datos adaptados de *O Japones no Brasil*, de Hiroshi Saito, p. 142.

Cuadro 6

La población japonesa en Brasil según la actividad sectorial en los años de 1932 y 1958

(Porcientos)

Actividad	*1932*	*1958*
Primaria	93.6	60.7
Secundaria	2.2	4.6
Terciaria	4.2	34.7
Total	100.0	100.0

Fuente: *O Japones no Brasil*, de Hiroshi Saito, p. 177.

Nota: Los datos de 1932 se basan en estadísticas del Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón, y los de 1958 son una muestra de 5 520 familias originarias de Okinawa.

Cuadro 7

Inmigrantes japoneses en núcleos de colonización oficial

	Colonias	*Estado*	*Familias*
1.	Pío XII	Maranhao	4
2.	Piun	Rio Grande do Norte	9
3.	Pinau	Rio Grande do Norte	13
4.	Río Bonito	Pernambuco	11
5.	Kubitschek	Bahia	109
6.	Ituberá	Bahia	8
7.	Una	Bahia	23
8.	Monte Alegre	Pará	44
9.	Guamá	Pará	42
10.	Paia de Carvalho	Pará	23
11.	Bela Vista	Amazonas	58
12.	Efigenio Sales	Amazonas	55
13.	Rosario	Maranhao	16
14.	Murai	Maranhao	11
15.	Quimari	Acre	11
16.	13 de Setembro	Rondonia	22
17.	Matapi	Amapá	8
18.	Campo Verde	Amapá	6
19.	Taiano	Roraima	13
20.	Dourados	Mato Grosso	50
21.	Ramos	Santa Catarina	4
		Total	539

Fuente: *Emigração Japonesa no Brasil*, Consulado General de São Paulo, 1964, pp. 4 y 5.

Cuadro 8

Núcleos de colonización japonesa en Brasil (particular u oficial)

Año	*(Clave)*	*Nombre del núcleo o hacienda*	*Estado*	*Ciudad*
1913	a	Juqueri	São Paulo	Franco da Rocha
1914	b	Hirano	São Paulo	Cafelandia
1917	c	Vale del Ribeira	São Paulo	Jipovura
1917	c	Registro	São Paulo	Registro
1917	c	Sete Barras	São Paulo	Sete Barras
1917	c	Quilombo	São Paulo	Quilombo
1917	c	Juquiá	São Paulo	Juquia
1917	d	Vae e Ven	São Paulo	Alta Sorocabana
1918	e	Brejao	São Paulo	Alta Sorocabana
1918	f	Uetsuka	São Paulo	Promissão
1918	f	Uetsuka	São Paulo	Lins
1928	g	Bastos *	São Paulo	Alta Paulista
1928	g	Tieté *	São Paulo	Pereira Barreto
1928	g	Alianza *	São Paulo	Mirandópolis
1928	g	Tres Barras *	Paraná	Assai
1928	h	Acará	Para	—
1928	h	Monte Alegre	Para	—
1928	h	Castañal	Para	—
1930	i	Kotaku	Amazonas	Parintins
1932	i	Esc. Ultramarina de Col.	Amazonas	Maues
1956	j	Varzea Alegre	Mato Grosso	Campo Grande
1956	j	Guatapará	São Paulo	Ribeirão Preto
1956	j	Jacaréi	São Paulo	Jacarei
1956	j	Funchal	Río de Janeiro	Cachoeira Mac.
1956	j	Pinhal	São Paulo	Pilar do Sul
1956	j	Santo Antonio	São Paulo	Lorena
1958	—	Curupaí	Mato Grosso	Dourados
1958	—	Mocooca	São Paulo	Mocooca
1958	—	Nikko	Paraná	Umuarama
1958	—	Nuevo Mundo	São Paulo	Ourinhos
1959	k	Del Goiabal (Sakurá)	São Paulo	Guararema

Fuente: *Emigração Japonesa no Brasil*, Consulado General del Japón, São Paulo, 1964.

Claves: a, Choju Akiyama; b, Umpei Hirano; c, Kaigai Kogyo Kabushiki Kaisha; d, Kenichiro Hoshina; e, Naoe Okassawara; f, Shuei Uetsuka; g, Soc. Colonizadora del Brasil; h, Nambei Takushoku; i, Amazon Kogyo (Tsukasa Uetsuka); j, JAMIC-Inmigración y Colonización; k, K. Adachi

* Sólo los núcleos marcados con (*) son de fundación oficial; los demás son particulares.

Cuadro 9

UTILIZACIÓN DE LA TIERRA EN EL ESTADO DE SÃO PAULO
(Miles de hectáreas)

Tierras inaprovechadas	2 750
Tierras cultivadas	4 790
Tierras con bosques naturales	4 030
Tierras con pastos (ganado)	12 130
Tierras "Devolutas"	1 000
Área total	24 700

Fuente: Secretaría de Agricultura del Estado de São Paulo (Sección de Levantamientos Económicos de la División de Economía Rural), año de 1960.

En *Revista Brasileira de Estudos Políticos*, Núm. 12, año 1961, p. 102.

Cuadro 10

LA POBLACIÓN RURAL EN EL ESTADO DE SÃO PAULO

Categorías	*Miles de habitantes*	*%*
Propietarios	378	25.2
Arrendatarios	230	15.3
Aparceros	288	19.2
Jornaleros	175	11.6
Jornaleros por mes	79	5.3
Destajistas	106	7.2
Colonos	239	16.2
Total	1 495	100.0

Fuente: *Boletim da Divisão de Economia Rural da Secretaria de Agricultura de São Paulo*, 1960.

Cuadro 11

Número de propietarios agrícolas en São Paulo y área respectiva de sus propiedades

División por hectáreas	*Propietarios*	*% del total*	*Superficie (miles de hectáreas)*	*% de la superficie*
De 5 a 10	48 307	19.8	288	1.2
De 10 a 50	86 915	35.7	1 655	7.0
De 50 a 100	69 609	28.6	3 765	15.9
De 100 a 300	25 594	10.6	4 285	18.1
De 300 a 1 000	9 781	4.0	5 093	21.5
De 1 000 a 3 000	2 475	1.0	4 009	17.0
De más de 3 000	646	0.3	4 569	19.3
Total	243 334	100.0	23 674	100.0

Fuente: Secretaría de Agricultura del Estado de São Paulo, Sección de Levantamientos Económicos de la División de Economía Rural, 1960. En *Revista Brasileira de Estudos Politicos*, Núm. 12, año 1961, p. 101.

Cuadro 12

La población de los agricultores japoneses en Brasil *(porcientos)*

Categorías	*1927*	*1932*	*1952*	*1958*
Propietarios	53.6	27.3	76.7	57.6
Semiasalariados	53.6	47.2	15.8	40.3
Asalariados	46.4	25.5	7.5	2.1

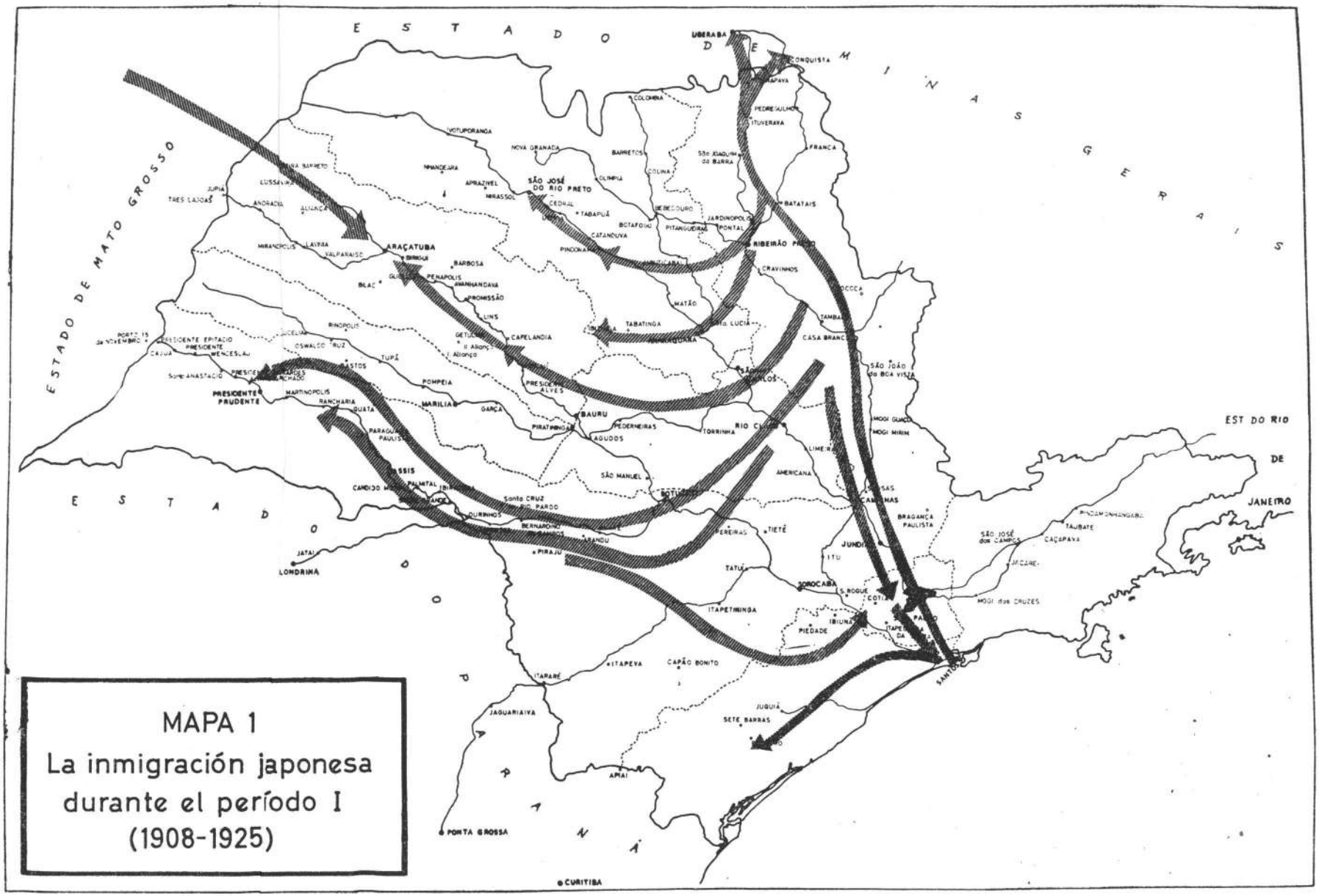
Fuente: *O Japones no Brasil*, de Hiroshi Saito, p. 182.

Cuadro 13

POBLACIÓN DE AGRICULTORES JAPONESES EN EL INTERIOR DE SÃO PAULO
(Porcientos)

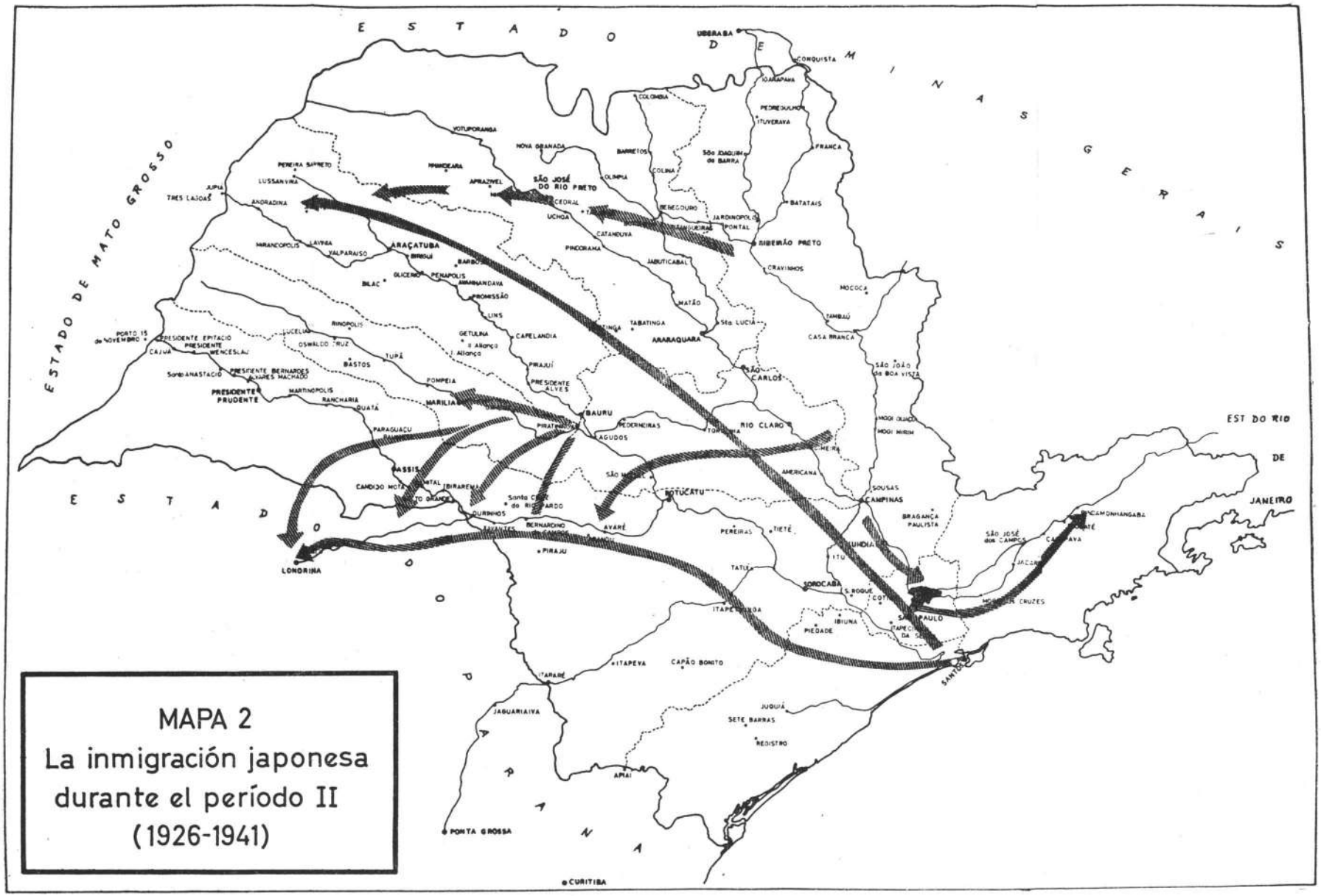
Año	*Propietarios*	*Sin tierra*		
		Arrendatarios	*Asalariados*	*Total*
1927	12.0*	40.6*	47.4*	88.0
1939	52.7	32.3	15.0*	47.3
1952	79.6	11.3	9.1	20.4
1958	58.7	38.7	2.6	41.3
1932	27.5	45.3	27.2	72.5

Fuente: *O Japones no Brasil*, de Hiroshi Saito, p. 160.
* Datos estimados.

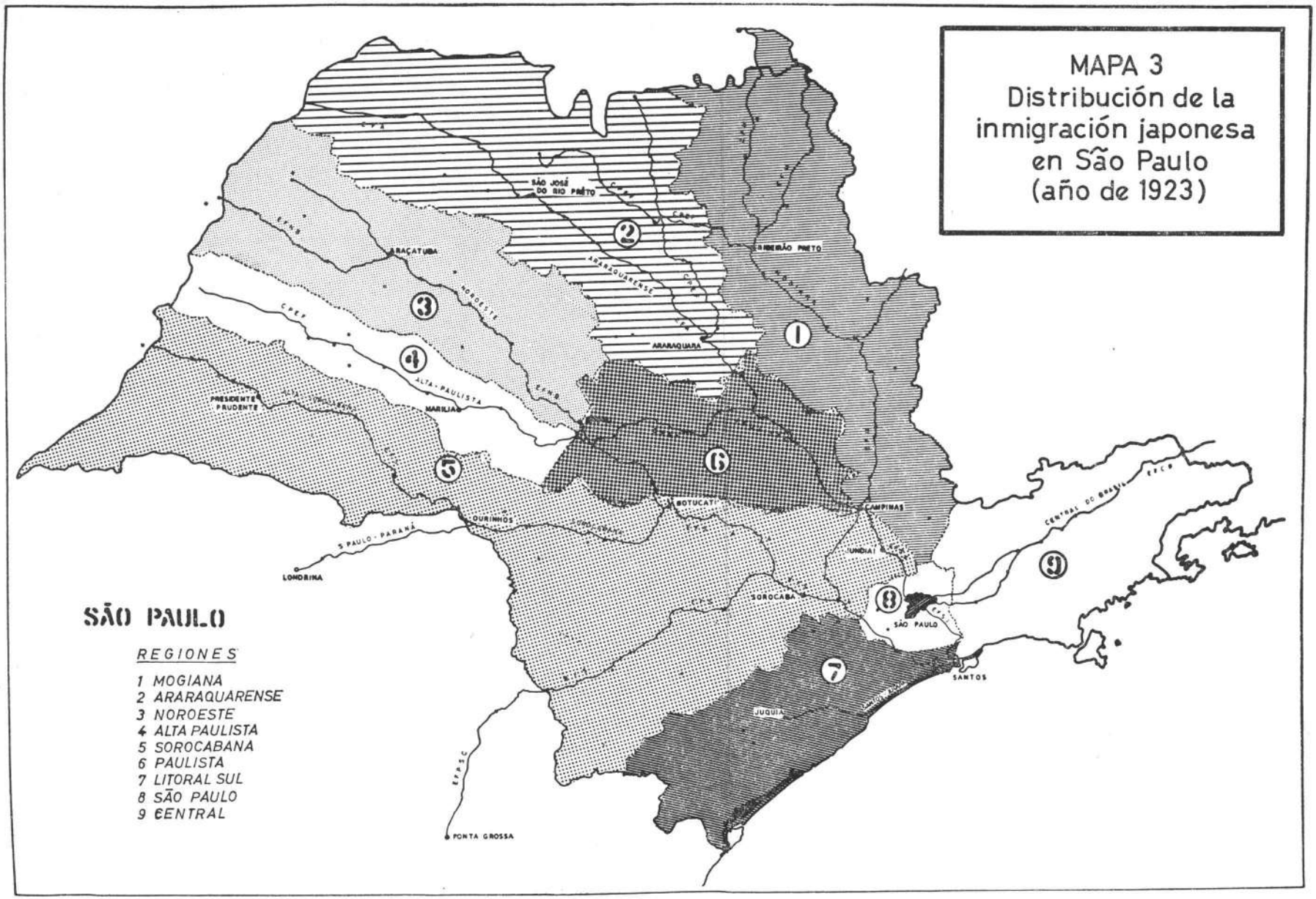


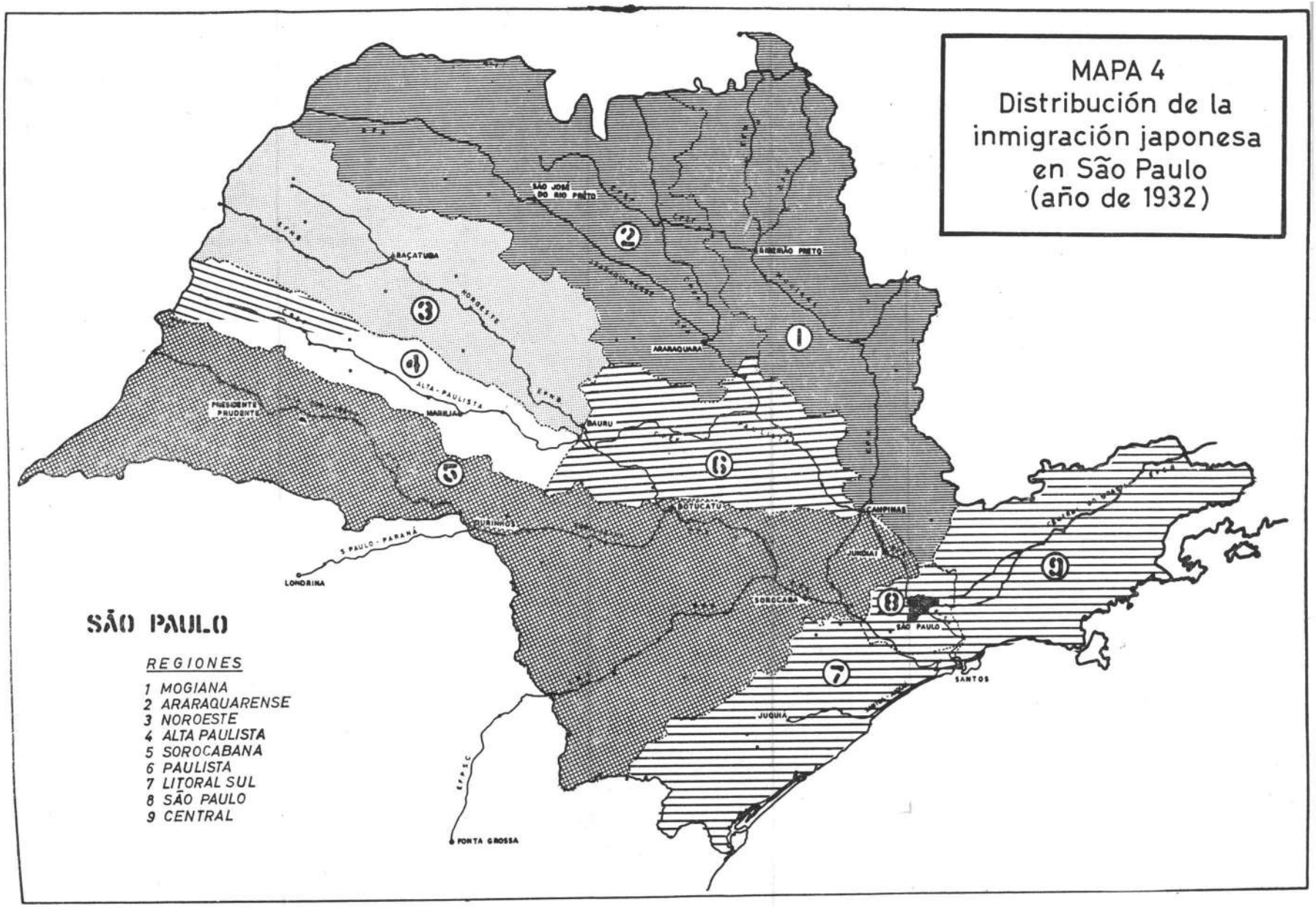
MAPA 1

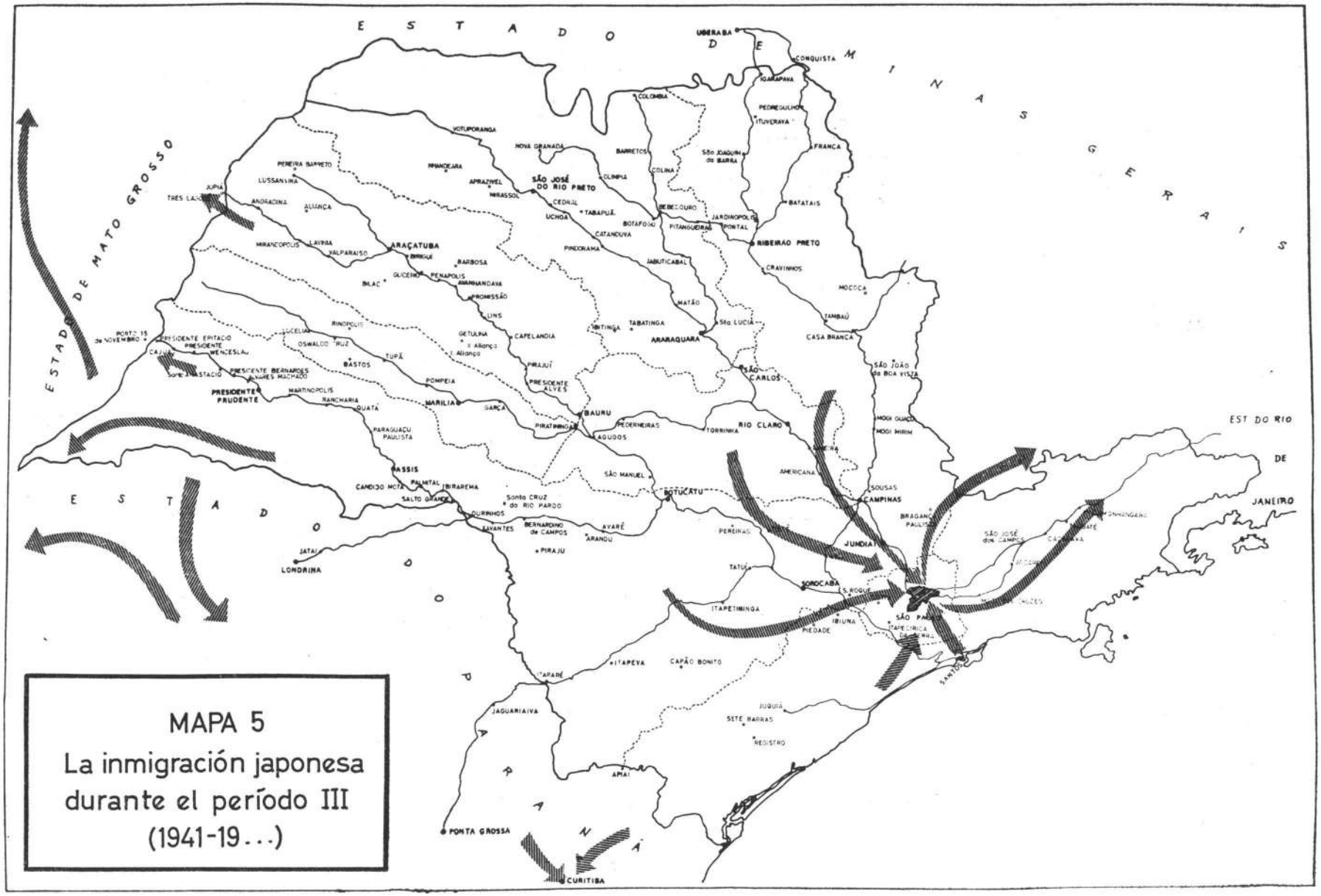
La inmigración japonesa durante el período I (1908-1925)



MAPA 2
La inmigración japonesa
durante el período II
(1926-1941)

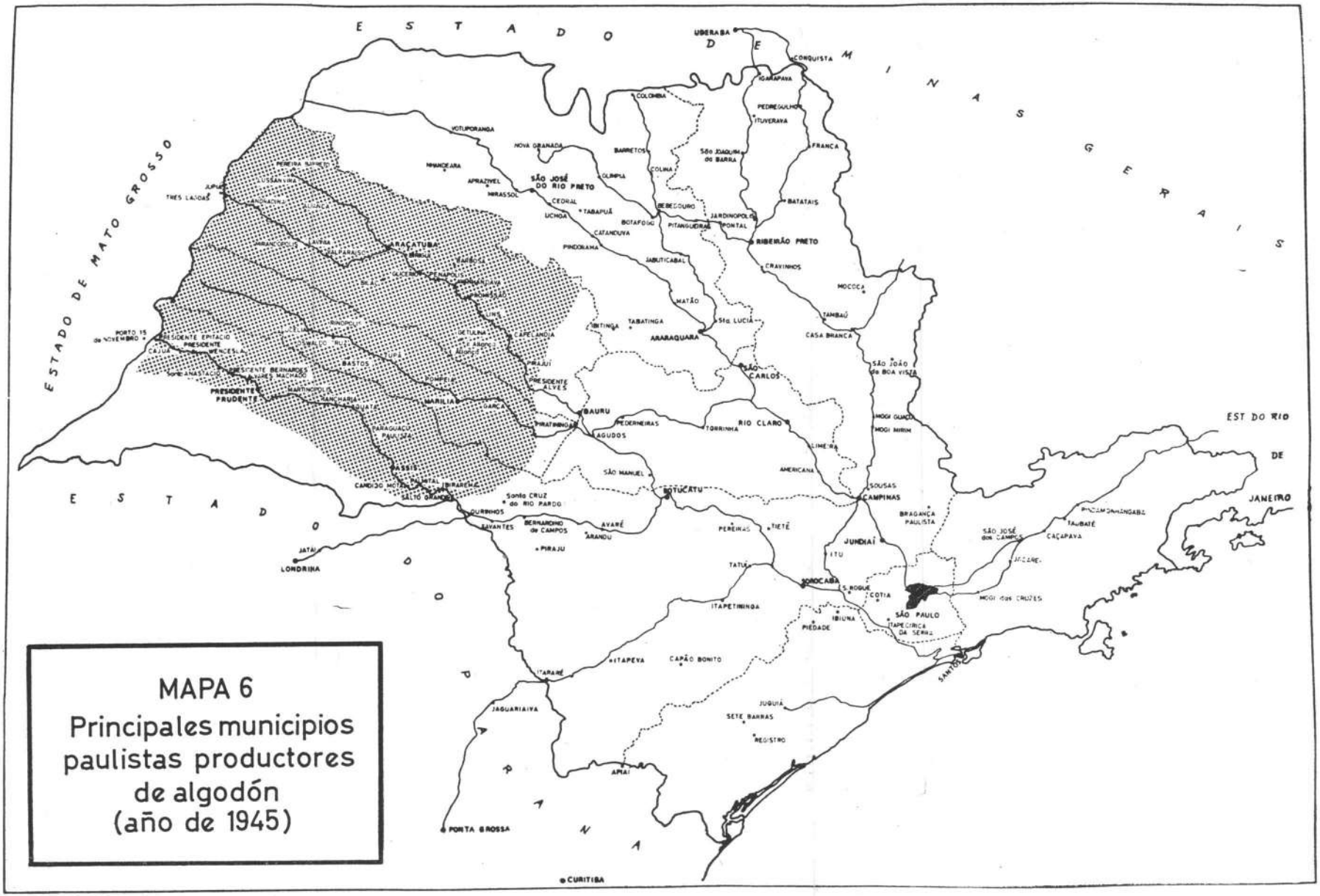

MAPA 3
Distribución de la inmigración japonesa en São Paulo (año de 1923)
SÃO PAULO
REGIONES
1 MOGIANA
2 ARARAQUARENSE
3 NOROESTE
4 ALTA PAULISTA
5 SOROCABANA
6 PAULISTA
7 LITORAL SUL
8 SÃO PAULO
9 CENTRAL
SÃO JOSÉ DO RIO PRETO
RIBEIRÃO PRETO
ARARAQUARA
BRAÇATUBA
PRESIDENTE PRUDENTE
MARILIA
BOTUCATU
CAMPINAS
OURINHOS
LONDRINA
SOROCABA
SÃO PAULO
SANTOS
JUQUIA
PONTA GROSSA

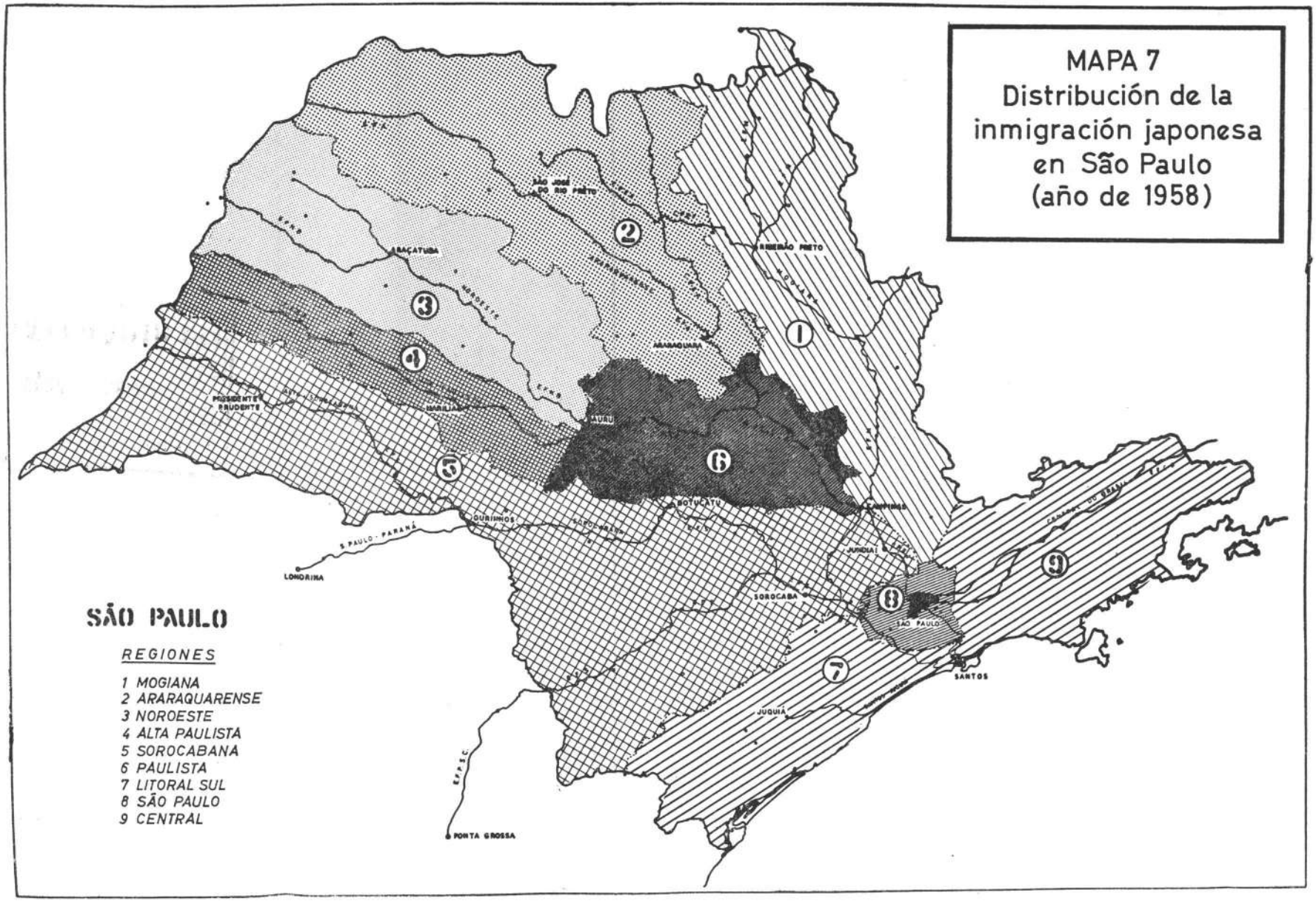

MAPA 4
Distribución de la inmigración japonesa en São Paulo (año de 1932)
SÃO PAULO
REGIONES
1 MOGIANA
2 ARARAQUARENSE
3 NOROESTE
4 ALTA PAULISTA
5 SOROCABANA
6 PAULISTA
7 LITORAL SUL
8 SÃO PAULO
9 CENTRAL
SÃO JOSÉ DO RIO PRÊTO
RIBEIRÃO PRETO
ARAÇATUBA
ARARAQUARA
BAURU
MARILIA
PRESIDENTE PRUDENTE
BOTUCATU
CAMPINAS
SOROCABA
SÃO PAULO
SANTOS
JUQUIA
LONDRINA
PONTA GROSSA
S. PAULO - PARANÁ
ALTA PAULISTA
NOROESTE



MAPA 5

La inmigración japonesa durante el período III (1941-19...)


MAPA 6
Principales municipios paulistas productores de algodón (año de 1945)
ESTADO DE MATO GROSSO
ESTADO DE MINAS GERAIS
ESTADO DO RIO DE JANEIRO
ESTADO DO PARANA
UBERABA
CONQUISTA
COLOMBIA
IGARAPAVA
PEDREGULHO
ITUVERAVA
VOTUPORANGA
NOVA GRANADA
BARRETOS
SÃO JOAQUIM da BARRA
FRANCA
NHANDEARA
COLINA
APRAZIVEL
SÃO JOSÉ DO RIO PRETO
GUAPIA
TRES LAGOAS
MIRASSOL
CEDRAL
TABAPUÃ
BEBEDOURO
BATATAIS
UCHOA
BOTAFOGO
JARDINOPOLIS
PONTAL
CATANDUVA
PITANGUEIRAS
RIBEIRÃO PRETO
ARAÇATUBA
PINDORAMA
JABUTICABAL
CRAVINHOS
MOCOCA
MATÃO
TAMBAÚ
IBITINGA
TABATINGA
Sta. LUCIA
ARARAQUARA
CASA BRANCA
PORTO 15 de NOVEMBRO
CAPELANDIA
SÃO JOÃO da BOA VISTA
PRESIDENTE EPITACIO
PRESIDENTE VENCESLAU
SÃO CARLOS
PRESIDENTE BERNARDES
PRESIDENTE PRUDENTE
PRESIDENTE ALVES
BAURU
MOGI GUAÇU
MOGI MIRIM
PIRATININGA
FEDERMEIRAS
AGUDOS
RIO CLARO
TORRINHA
LIMEIRA
AMERICANA
SÃO MANUEL
SOUSAS
CAMPINAS
BOTUCATU
BRAGANÇA PAULISTA
PINDAMONHANGABA
TAUBATÉ
SÃO JOSÉ dos CAMPOS
CAÇAPAVA
Santa CRUZ do RIO PARDO
OURINHOS
BERNARDINO de CAMPOS
AVARÉ
PEREIRAS
TIETÊ
JUNDIAÍ
JATAI
LONDRINA
PIRAJU
ITU
JACAREI
TATUÍ
SOROCABA
S. ROQUE
COTIA
MOGI das CRUZES
ITAPETININGA
IBIUNA
SÃO PAULO
PIEDADE
ITAPECIRICA da SERRA
ITAPEVA
CAPÃO BONITO
ITARARÉ
JAGUARIAIVA
JUQUIÁ
SETE BARRAS
REGISTRO
APIAI
PONTA GROSSA
CURITIBA


MAPA 7
Distribución de la inmigración japonesa en São Paulo (año de 1958)
SÃO PAULO
REGIONES
1 MOGIANA
2 ARARAQUARENSE
3 NOROESTE
4 ALTA PAULISTA
5 SOROCABANA
6 PAULISTA
7 LITORAL SUL
8 SÃO PAULO
9 CENTRAL
RIBEIRÃO PRETO
BAÇATUBA
ARARAQUARA
SÃO JOSÉ DO RIO PRETO
PRESIDENTE PRUDENTE
MARILIA
MARILIA
BOTUCATU
CAMPINAS
JUNDIAÍ
SOROCABA
SÃO PAULO
SANTOS
JUQUIÁ
LONDRINA
PONTA GROSSA
S. PAULO - PARANÁ
EFNOB
EFSJRP
EFA
EFSFC

EL COLEGIO DE MEXICO

3 905 0370570 U

Se terminó de imprimir esta obra el día 3 de julio de 1971 en los Talleres de Fuentes Impresores, S. A., Centeno 4-B, México 13, D. F. Se tiraron 1 000 ejemplares, empleándose en la composición tipos Garamond 10:11 y 8:9 puntos.

Cuidaron la edición:
El autor y *Carlos Fco. Zúñiga*

Diseño tipográfico, portada
y supervisión: *Jan Reuter*

Hasta el presente pocos son los especialistas que han dedicado su atención al tema de la migración internacional sobre todo desde una perspectiva histórico-sociológica. El profesor Cintra utiliza todos los materiales históricos y sociológicos existentes además de su experiencia personal en el campo brasileño, analizando con profundidad aquellos factores que auspiciaron la corriente migratoria del Japón al Brasil a partir de los principios del presente siglo. También estudia los problemas derivados de la integración de esa corriente migratoria en la sociedad brasileña, así como su impacto en la estructura social. La utilidad del presente trabajo no se limita al especialista en cuestiones brasileñas o japonesas, porque en su intento por explicar el fenómeno de la migración japonesa llega a conclusiones que pueden ser de interés para todo estudioso del cambio social y la modernización.